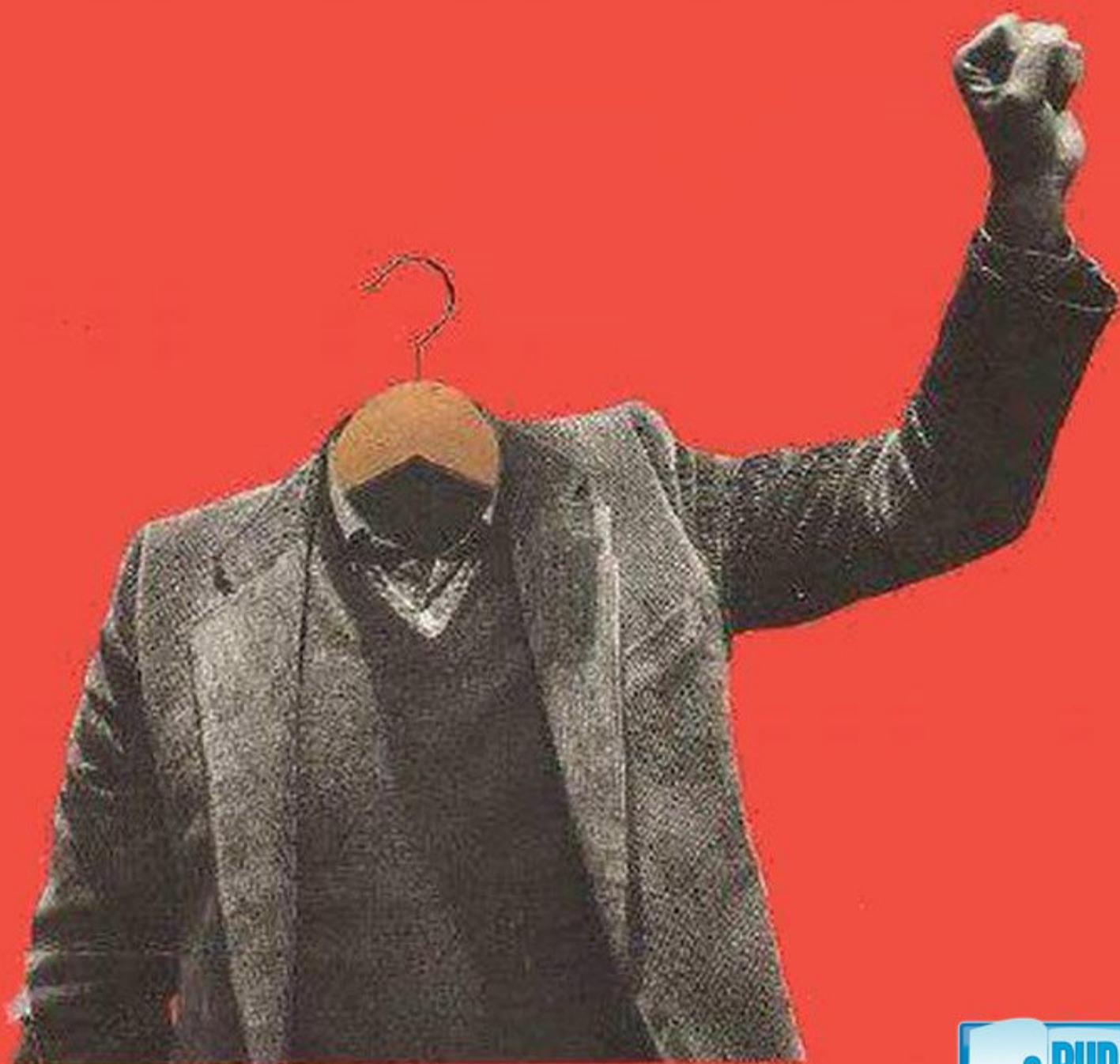


Francisco Umbral

El socialista sentimental

Una novela sobre el desencanto político



El socialista sentimental narra, de manera crítica y con una segura ideología progresista, las contradicciones internas del PSOE en catorce años de gobierno. Francisco Umbral no ha creado personajes-ensayo sino seres reales, unos famosos y conocidos, otros fabulados y reconocibles, aunque todos ellos con vida propia y peripecia personal. La novela, ambientada en un pequeño pueblo de la provincia de Madrid, nos permite observar, como el científico con su microscopio, a los pequeños seres de las bases del partido y sus pequeños problemas, que no son sino el vivo reflejo de los grandes problemas nacionales que ha vivido y sigue viviendo España.

Asís y Bustarviejo, joven socialista ilusionado el uno y veterano militante marginado por su heterodoxia el otro, quedarán como una pareja novelesca perdurable y muy española. Y con ellos, todo un mundo de personajes, amores y conflictos que constituyen la pequeña y lozana vida del pueblo real o imaginado y de sus despiertos y actualísimos habitantes.

El socialista sentimental es una novela insólita dentro de la obra de Francisco Umbral, quien inventa un nuevo realismo para reflejar el desencanto de las bases del PSOE.



Francisco Umbral

El socialista sentimental

ePub r1.0
Becha15 02.12.14

más libros en epubgratis.org

Título original: *El socialista sentimental*
Francisco Umbral, 2000
Editor digital: Bacha15
ePub base r1.2



A Inés

Es la hora sagrada del regreso

MIGUEL HERNÁNDEZ

La primera bronca política que tuvimos la Susan y yo, qué cosas, fue por una camiseta. Yo, aunque me esté mal el decirlo, siempre he usado camiseta de tirantes, desde chico, que decía el médico de casa que el sudor no es bueno que se enfríe sobre la piel, debe empaparla la camiseta, aquellos médicos de antiguamente, sin seguro ni nada, sí que eran médicos, y en esto que la Susan, hecha una Juana de Arco, de modo que anda Alfonso Guerra haciendo la revolución de los descamisados y tú por ahí en camiseta, vaya un socialista de mierda, pues sí que me he casado yo con un descamisado de los cojones, espera, mujer, si es sólo por el invierno, mira, lo cual que no se daba a razones, todas tus asquerosas camisetas se las voy a dar al traperero, cuando pase, y olvídate del tema, machirulo, pero mujer, ahora con el socialismo, ya no va a haber traperos, que ésas eran profesiones parasitarias, lo dice en los informes comerciales del banco, que lo traen todo y le están ayudando mucho a Felipe, los banqueros, o sea, a hacer un Estado fuerte, y en esto la Susan, que parece tonta pero las ve venir, huy, la Susan, ésa ve crecer la hierba:

—No me gusta a mí un pelo que Felipe ande en tratos con la banca, aunque seas del oficio, los bancos no regalan duros a cuatro pesetas y lo que le den al socialismo se lo cobrarán mañana crecido y aumentado, parece mentira que estés en el tema y no hayas caído, descamisado.

La Susan llevaba razón, no creas, digamos que cierto busilis sí tenía su explicoteo, en la sede del partido, que voy yo algunas tardes a codearme con los compañeros, nos habían dicho que esto era la nacionalización de la banca, la revolución del puño y la rosa, y ahora resulta que, nada más ganar por goleada, los jefes dándose el pico con mis jefes, el pico y la lengua, como decía la otra tarde Bustarviejo, que es un socialista histórico de los de antes, y habla sin pelos en la lengua. De modo que me quedé pensando lo que había dicho mi señora, o sea la Susan, y con la camiseta ocean en la mano, o lo que sea, sin saber si quitármela o ponérmela, que a Marlon Brando le he visto yo en camiseta en la tele, algo de un tranvía, y eso con ser Marlon Brando, me miro el torso en el armario de luna, regalo de la madre de Susan, una antigualla que no pega en esta casa, en este adosado, pero hace su servicio, me miro el torso y no me veo mal cuerpo, habrá que lucirlo, que la Susan es capaz de mearme la cama si me presento en camiseta, lo del torso aprendí a decirlo de ella, que en casa a lo de los hombres le decíamos tetillas, pero llega la Susan y se pone que lo moderno es el torso, los hombres tenéis torso y las mujeres tenemos tetas, qué pasa, me encantan los torsos de los tíos, tú qué sabrás, y déjate de tetillas, que no has salido de las faldas de tu madre, eres un niño falandero, vergüenza debería darte, a fin de cuentas he ganado unas elecciones, pero he perdido una camiseta, no hay mal que por bien no venga, y la Susan erre que erre, los socialistas tenéis torso, tetillas tienen los señoritos, qué risa tía Felisa.

Lo que les decía, que por culpa de una camiseta tuvimos nuestro primer rifirrafe político, una cosa ideológica, digamos, que en lo demás andábamos a quién más rojo, que la Susan y yo nos conocimos en la mani contra el tejerazo, un millón de madrileños en el paseo del Prado, allí nos hicimos novios y empezamos a meternos mano en los macizos de los jardines, que no es que pasásemos de mani, pero estábamos haciendo la revolución y lo único que me cortaba a mí era el banco, si me diña alguien del banco a ver qué digo yo mañana a don José, el interventor, ya le veo venir, de modo que usted, pollo, nos ha salido revolucionario, y no podría contestarle que Felipe también se veía con Escámez, o sea al revés, Escámez con Felipe, porque me habría contestado pero usted no es Escámez, pollo, y ahora a pasar esos apuntes, que lleva usted el libro de transferencias muy atrasado, así fueron las cosas en realidad, los grandes se entendían por arriba y los pequeños estábamos pillados por abajo, que don José, el

interventor, tenía la costumbre de llamarme pollo, por humillarme, claro, y sólo cuando me iba a pedir un trabajillo extra me llamaba Asís, que es mi nombre de pila y no se me caen los anillos.

El armario de mi señora suegra, decía. Es un armario que no va con el adosado, pero la Susan se empeñó en meterlo en el dormitorio matrimonial, que la Susan es que es de ideas fijas y su familia lo primero. A mí el armario no es que me moleste por mi señora suegra, que me molesta por mi señor suegro, que en paz descansa, pues el mueble huele todavía por dentro, al tabacazo de aquel hombre (yo no fumo, que me quité del vicio cuando ganamos las elecciones, a ver una promesa), y lo mal que le olía la ropa, yo creo que se meaba las braguetas, todos los viejos tienen la orina floja, una mezcla de olores que no veas, pues el armario era de uso casi exclusivo de mi señor suegro que en paz descansa, de profesión el Catastro, como todos los españoles de antes, y hasta los zapatos le olían mal, mucho betún los domingos y mucho no lavarse los pies, es lo que me dijo Bustarviejo, el compañero, el más viejo de la cosa, una vez que estuvo a ver la casa, mira, Asís, huele, este armario huele a España antigua, a aquella España que no se lavaba los pies ni la cabeza, y por eso no pensaban o sólo pensaban cosas sucias, la nicotina les había tapado las neuronas, es como asomarse al franquismo y todo lo anterior, Asís, el compañero Bustarviejo es que habla muy culto, muy literario, en seguida le saca punta a las cosas, tienes un armario franquista, le digo yo a la Susan, repitiendo lo de Bustarviejo, y la Susan se pone hecha una furia, como una basilisca, que a su padre no le falta nadie y que dejemos que los muertos entierren a sus muertos, estas progres van bien en la cama, por descaradas y liberadas, pero luego sacan un genio que es como para darles una hostia, y a ver cómo le das con la mano a una socialista, es capaz de montar un congreso extraordinario del partido, menuda es la Susan, para llamarme machista y que me expulsen.

Bueno, por un armario tampoco vamos a reñir, pero antes de casarnos, que vivía yo de pensión, la Susan me decía siempre que salíamos, hijo, hueles a aceite frito que es una peste, se conoce que su padre no olía a aceite frito, menos mal que el socialismo está quitando los malos olores, mira qué pronto lo notó Bustarviejo, el compañero más veterano, y que ha leído un rato, yo creo que hasta escribe, «Asís, hijo, aquí huele a la España de Cánovas, qué asco», la Susan dice que ese tío barbas no vuelve a pisar esta casa, buena es la Susan, y eso que no le he dicho a Bustarviejo, el compañero veterano, que el padre de la Susan, o sea, mi señor suegro, era del Catastro y votaba Gil-Robles.

«OTAN, de entrada, no». Estuvimos la Susan y yo pegando carteles, todavía me recuerdo, antes de casarnos por lo civil, que vivíamos ya enrollados, como todo el mundo, a ver, y la Susan y yo formábamos un comando de trabajo, ella desenrollaba los carteles y yo los pegaba en la pared, por Maravillas y Malasaña, que era el barrio que nos había tocado, los dejas todos arrugados, vaya una mierda de carteles, me dijo dice la Susan, y cogiendo la brocha se puso a pegarlos ella, la Susan era muy bravita, por entonces, yo es que no he nacido para pegar carteles, macha, uno es un bancario y no un obrero manual, qué te habías creído, y la Susan que esto no es un curro, Asís, que esto que estamos haciendo es política, mierda para la OTAN, la OTAN no va con Felipe ni con nosotros ni con el socialismo, y el gusto que me da a mí ver cada cartel pegado, un No como una casa, y se echaba para atrás mirando el cartel, como los pintores cuando miran el cuadro que están haciendo, la Susan iba en vaqueros, con una camisa de batista o algo, tacones altos y el pelo corto, yo lo que estaba deseando era acabar con los carteles para irnos a la cama a echar un casquete, ya me dirás, a ver si no, colega, que es lo tuyo, o sea, lo propio.

Y por todo Madrid la movida de los carteles, que daba gusto ver al personal, qué noche más hermosa, extraños en la noche, hasta me puse a silbar lo de mis tiempos.

Al día siguiente, Bustarviejo y yo nos tomamos unos vinos a la caída, como siempre, en el bar que hay frente al banco, o Rioja o del Duero, que estos antiguos, aunque sean republicanos socialistas, saben elegir el vino, el pescado y todo. Le conté lo de la noche anterior. Bustarviejo tiene la cabeza grande, el cuerpo fuerte, y gasta media barba, gafas de cuatro ojos y la cara seria y como preocupada, siempre. Sólo el riojita le anima un poco:

—En ese eslogan hay una trampa, Asís. Eso es un juego de palabras. Quiere decir que de entrada no, como cuando se dice a un vendedor ambulante, de momento no, pero voy a pensarlo, a lo mejor otro día. Tiempo al tiempo, ya te acordarás de esto que te digo y de los carteles que habéis pegado.

—No hay que ser tan negativo, Bustarviejo. Ya sé que esto no es la Segunda República, pero tampoco hay que ser tan negativo.

—Lo que no hay que ser es tonto. ¿Por qué han retorcido tanto la frase? Bastaba con decir que OTAN no. En ese «de entrada» está el truco. Parece decir que de entrar nada, pero también dice que de entrada —de momento—, no. Luego ya veremos. Es una frase ambigua, Asís, no tiene la rotundidad requerida, es el viejo barroquismo del lenguaje político español, como cuando Cisneros decía «estos son mis poderes», pero no se sabía bien qué poderes. ¿Los cañones, la Iglesia...? Bustarviejo se rascaba dulcemente la barba, se complacía en sus rizos, hablaba con los ojos casi ciegos en el vacío, parecía haberse olvidado de mí. Me decía yo que eso era mucho pesimismo y ganas de darle vueltas a las cosas, pero no tenía el habla de Bustarviejo para llevarle la contraria, y además que el tipo me imponía un respeto, a ver.

—Bueno, Asís, ¿hace otro riojita? Nos vamos a casa y mañana será otro día.

No veas cuando llegué a casa y se lo conté a la Susan, que ese viejo es un aguafiestas, que no vuelvas a salir con él, que te está comiendo el coco, a lo mejor es un comunista infiltrado, ya me está jodiendo a mí el anciano, no hace más que llenarte la cabeza de viento, pero cómo se puede hablar así de una cosa tan bonita como lo de anoche, pues que se vaya del partido y nos deje a todos en paz, ése tiene la fijación de la República porque entonces era joven, aunque ese tío yo creo que nunca ha sido joven, y además es un resentido, eso, un resentido, que anda jodido y amargado porque no le dan nada en el partido, ningún carguete, el intelectual de mierda, para hacer la revolución no necesitamos intelectuales, Asís, lo que yo te diga.

Y en este plan. Me fui a la cama y me dormí pensando en el día siguiente, que don José estaría ya enterado de la pegada de carteles y me diría no vuelva usted a meterse en política, pollo, los bancos no hacen política, le vamos a poner a usted unas notas en

el historial, que lo suyo no es el engrudo, lo suyo es la contabilidad, pollo, que pegando carteles no se llega a ministro.

A la mañana siguiente, tal cual. Don José que se me acerca, con su cara de gato y sus ojos claros y serios, va usted a tener que corregirse, Así, se lo digo por su bien, usted no está aquí para pegar carteles, los bancos no hacen política (yo no creo que hagan otra cosa), lo suyo no es el engrudo, con el engrudo no se llega a ministro, lo suyo es el ordenador, que no se le daba a usted mal el ordenador, pollo, ¿qué dice su señora de esas locuras políticas?, mi señora viene conmigo a pegar carteles, don José, sí, las mujeres tienen mucha culpa de estas cosas, pero dígame de mi parte a su señora que no sea ambiciosilla, que lo seguro es un banco y que se deje de OTAN sí o no, eso allá los políticos, el dinero no tiene color, y aquí se le paga a usted bien ¿no?, no me puedo quejar, don José, pues eso, hombre, pues eso, no se hable más y quiero verle al ordenador.

A la Susan no le cuento nunca mis problemas con el banco, pues buena es, no sé por dónde puede salir, siempre fue vivaracha, a lo mejor me dice que deje el banco, o que mande a don José, el interventor, a la mierda, ella no sabe lo que es el interventor de una sucursal como la nuestra, tiene mucho poder, todo el poder, no veas, de modo que prefiero aguantar los chaparrones de don José a tener otra tarascada con la Susan, en sentido contrario, el único que me entiende es Bustarviejo, pero a Bustarviejo le veo yo poco porvenir en el partido, lo cual que el socialismo me tira cada día más, pero no sabía yo que esto era tan complicado, la culpa la tiene Felipe por andar dándose la lengua con los bancos, Escámez, Pedro Toledo y todo eso, el Central, el Bilbao, el Vizcaya, la verdad es que Felipe es grande y se mueve entre los grandes, el otro día le vi en la tele, con una trinchera azul, porque llovía, pasando revista a las tropas, como un capitán general, olé tus cojones.

Hablando de Bustarviejo, el otro día me dio una pasada en el bar, a la salida de la sede, mientras recorríamos la ribera del Duero, y qué cabrones de vinos, cómo tiantan, mira, Asís, en ti hay un desdoblamiento, ¿un desdoblamiento?, sí, un desdoblamiento, que se dice en psicología, por una parte eres socialista de buena fe, que yo respondo de tu buena fe, y por otra parte quieres hacer carrera en el banco, quizá llegar a director de sucursal para seguir engañando a los pobres, ¿no es eso un desdoblamiento de personalidad?, piensa que si triunfa el socialismo tu carrera de bancario se ha acabado, o trabajarás para el Estado, con mucho menos sueldo, y si lo que triunfa es el capitalismo, habrás triunfado tú también e irás de director a una gran sucursal para seguir robando el dinero a los pobres, a la pequeña industria, hasta arruinarla.

Lo de Bustarviejo estaba muy claro, no crean, y me quedé pensando un rato, hasta aparté la copa por pensar más claro. Eso es lo que se llaman las contradicciones internas, todos las tenemos. Ah.

Piénsalo, hijo, pero cualquier día tendrás familia y no sería yo quien te aconsejase dejar la banca. A Bustarviejo le gustaba más decir la banca que los bancos, parece que estas cosas, cuando se ponen en femenino, tienen como más fuerza, la banca, la industria, la agricultura, la empresa, todo ese mal rollo.

Y la Susan, al llegar a casa, ¿qué, de copas con el Bustarviejo?, ése te va a secar los sesos, no querrás que al salir del partido me vaya de putas, pues no sería lo peor, mira, la Susan es que es muy vivaracha, ella trabajaba en unas oficinas antes de conocerla yo, exportación e importación de grúas, me parece, una cosa que viene del franquismo, o sea, que el jefe tiene que ser un poco fascista, pero la Susan es lista y me trae su dinerito a casa, ha ascendido a secretaria particular del director, don Gabriel Garay, o sea, que me metí en el váter a meditar, ¿la Susan también tiene una contradicción interna?, trabaja para el viejo capitalismo franquista y pega carteles contra la OTAN pero, si vamos a eso, Felipe se codea con Escámez y luego habla de hacer la revolución social y nacionalizar la banca, ¿Felipe también tiene contradicciones internas?, no creo, el gran político, por lo que voy viendo, y el hombre que triunfa, es el que no tiene contradicciones internas, que dice Bustarviejo, al pan pan y al vino vino, la Susan yo creo que tiene contradicciones internas, pero no seré yo el que se lo explique, como no lo sabe vive feliz, o por lo menos va lanzada, y de eso se trata, de que lo nuestro marche, y claro que marcha, el otro día era su santo y le compré una braguita de encaje, blanca, con lacitos azules en las caderas, una cosa sexy, que me daba un algo pedirla en El Corte Inglés, se lo expliqué a la dependienta, el cumple de mi señora, ya sabe, no fueran a pensar que era un vicioso, tenemos tarjeta de El Corte Inglés y eso hay que cuidarlo.

A la Susan le hizo ilu la braga, aunque no tanto como yo esperaba, que siempre ha sido hembra dada a caprichos y no le ha faltado nunca de nada, ahí está lo que ella y su madre heredaron del viejo del armario maloliente, un fortunón, que lo del Catastro era una tapadera, mi señor suegro era el vinculero del cacique de su pueblo, no pongo nombres por no señalar, y entre los dos apaleaban los duros. Mi señora suegra, ahora, vive viuda en el pueblo y no nos da la lata, no le gusta venir a Madrid, demasiadas calles, dice, qué le habrán hecho a ella las calles, pero vive pendiente de que no nos falte de nada, o sea, que llego a la conclusión de que yo pegué un braguetazo, sin comerlo ni beberlo, pues bien sabe Dios que lo mío era el amor por la Susan, lo encoñado que me tenía, y jamás pensé en los duros del señor suegro, más bien les creía una familia pobre, como las de todos los funcionarios.

Ahora tenemos una cartillita que no está mal en el banco, y por eso me respeta a mí don José, que si no yo creo que me habría tratado a patadas, incluso estoy pensando proponerle a la Susan de hacernos accionistas modestos, que hay ofertas, que eso aumenta el capital y de paso (esto no se lo digo a la Susan) mejora mi posición ante

don José, que este señor la tiene tomada conmigo y no hay día que no me pegue una bronca, Así, esto, Así, lo otro, claro que blando no es con nadie, para eso está donde está, para traer al personal a punta de látigo.

Pero el dinero no se acecina en el banco, crece y crece, y entonces es cuando pensó la Susan de comprar una casita por la sierra, o sea, en el campo, y empezamos a salir los fines de semana, los puentes mayormente, con el fotingo de la Susan, que lo lleva como una loca, porque es lo que hace todo el mundo y por ir viendo urbanizaciones, que en la sierra están construyendo mucho y total estás a tres pasos de Madrid.

Así es como dimos con una urbanización que nos gustaba a los dos, chalecitos adosados en construcción, una cosa mona para una pareja sin hijos (la Susan no quería niños de momento, eso ya lo contaré), con piscina colectiva y buenas comunicaciones, el tren para bajar yo al banco por las mañanas y la Susan con el fotingo para ir a la oficina.

Hice todos los trámites a través del banco, que siempre es un resguardo, y don José en seguida empezó con la coña, ha debido usted heredar, pollo, que eso es un lujo de millonarios, de modo que un chalecito en la sierra, ahora a por la parejita, que su señora es joven y está en la edad, y yo sé lo que quieren los bancos, que todos nos casemos en seguida y nos llenemos de hijos y de deudas, para así tenernos más sujetos, más esclavos, un hombre con tres niños no le levanta la voz al jefe, pero yo le dije digo, mire usted, don José, eso de la familia, o sea, los niños, es cosa mía, y no me voy yo a poner a fabricar niños los días que usted me diga, en mi señora mando yo y haremos lo que nos dé la gana, siempre con el consentimiento de mi señora.

Bueno, Así, pollo, no se ponga usted así, que no era más que un comentario, le pone usted mismo la transferencia a la inmobiliaria y luego a pagar plazos el tiempo convenido, poco a poco hila la vieja el copo, ahora pásame esos apuntes, pollo. Qué razón tienen Felipe y todos los socialistas, por algo entramos la Susan y yo en el partido, si no fuera por el socialismo estos de los bancos te comen por un pie, cada día estoy más contento de ser socialista, quitando fuera parte de la ilusión del adosado, que a la Susan la tiene en un sueño y a mí también, es lo que le dije el otro día, ahora es cuando empieza nuestro matrimonio, Susan, no contaba yo con que ella se iba a traer al adosado el armario de su santo padre, ese armario que huele a rayos, a la España de Cánovas, como dijo aquel día Bustarviejo, menuda frase.

Pasados unos meses, mientras seguíamos pagando plazos y letras, llegó una carta a mi nombre, de la inmobiliaria, citándome para entregar cien mil pesetas a cambio de la entrega de las llaves.

—Me llaman para entregarme las llaves, Susan. El chalet está terminado.

En las excursiones de fin de semana, alguna vez nos habíamos asomado la Susan y yo a mirar la marcha de las obras, y nos parecía que siempre estaban igual, paradas, esto va a ser la obra del Escorial, decía la Susan todas las semanas.

O sea, que me fui a General Sanjurjo, no sé si se sigue llamando así, que hasta las calles les han quitado a los generales, o sea, la democracia, que allí estaban las oficinas de la inmobiliaria. Me hicieron esperar, una señorita me preguntó muchas cosas que ya sabían de sobra y al fin me pasó al despacho de un hombre joven, ancho, de ojos azules, peinado a raya, delante del cual la señorita, que no valía nada, me tomó y recontó el dinero, mientras él me alargaba un manojito de llaves y un llavero que era una minúscula rueda de neumático, como si yo fuese un niño y me estuviera regalando caramelos de menta.

Nada más salir de allí cogí un taxi y me fui al pueblo a tomar posesión de mi verdadero hogar, que hasta entonces vivíamos en un piso viejo que mi señora suegra nos había cedido, y de donde procedía el armario con olor a Cánovas del Castillo.

Cuál no sería mi sorpresa cuando llego al chalet y me encuentro en la puerta una cortina de saco.

¿Y para qué coños se necesitan llaves para vivir con una cortina de saco en la puerta? El primer cabreo fue de infarto, luego se me ocurrió mirar otros chalets por si yo me había equivocado de número, pero de eso nada, monada. Los otros ni siquiera tenían saco. Di la vuelta a toda la urbanización, pagué el taxi y me fui andando solitario hasta el bar de la estación, a tomar un vaso, porque necesitaba pensar. En seguida caí. Lo que pasa es que el contrato marca un plazo para la entrega de llaves y los tíos han cumplido el plazo, yo ya tengo las llaves, pero de puertas no dice nada el contrato. Joder con la política de la vivienda, estas cosas tenía que saberlas Felipe González.

Pero después del vaso dejé de politizar el tema, esto es una cosa comercial y económica, ahora mismo vuelvo a General Sanjurjo, o como coños se llame esa calle, y me van a oír, tomé el primer tren que pasaba para Madrid y luego otro taxi, que mi impaciencia no estaba para autobuses y por la zona no había metros, entré en la oficina muy decidido y me fui al despacho del guapito de cara, mientras la secretaria fea me seguía pegando gritos y carreras de gallina, tome usted, señor inmobiliario, y le eché las llaves sobre la mesa del despacho, con el llaverito de rueda de coche, ¿para qué quiero yo esa mierda de llaves si lo que hay en la puerta es una cortina de saco, que vengo de verlo hace menos de una hora mismamente? El tipo me mandó sentar, me ofreció rubio, gracias, no gasto, se sentó frente a mí sin mirar ni tocar las llaves para nada, señorita, déjenos solos, y me acariciaba con sus ojos azules, como si fuéramos maricones, pero no le dejé hablar, mire usted, esos adosados los están haciendo ustedes con un crédito de mi banco, el banco donde trabajo y soy accionista, puedo hacer que les retiren el crédito y se acabe esta estafa, esto lo va a arreglar el socialismo en cuatro días y entonces van ustedes a vender peines en la Puerta del Sol, el tipo fumaba muy fino y me miraba frío y casi sonriente, pero yo notaba que le estaba haciendo efecto, que se me acojonaba, verá usted, dijo, revolviendo papeles, sin duda ha habido un error, un pequeño error, nada, su vivienda está prácticamente terminada, ni error ni leches, lo que pasa es que el contrato les obliga ya a la entrega de llaves por estas fechas, y las están entregando sin puertas, nos toman por gilipollas, mire usted, don Asís, yo le prometo que su puerta está colocada en una semana, las puertas están ya hechas, pero tenemos a los cerrajeros y carpinteros muy atareados en otra urbanización, le prometo que una semana antes de que hable usted con el director del banco, de hoy en ocho días, ya no me recuerdo cómo salí de allí, estaba deseando

contárselo a la Susan, ¿y no les has pedido las cien mil?, qué huevón que eres, si soy yo le arranco los ojos azulitos al tipo, que ya sé quién dices, mañana sábado vamos a ver el efecto, de todos modos, una llave sin puerta, parece de los hermanos Marx, la Susan es muy leída.

Al día siguiente, sábado, cogimos el fotingo y nos fuimos derechos a nuestro nido de amor, que de momento sólo era una casa sin terminar y con una cortina de saco. Las dos plantas estaban bien distribuidas, aquello parecía más espacio del que era, la Susan me explicó por dónde entraba el sol y por dónde salía, cosa que a mí me ha tenido siempre sin cuidado. O sea, que me la suda. Si hay sol te da de todos modos y si no hay sol qué más da por dónde salga. Aquello olía a cemento mojado, a cal y humedad, pero los retretes eran de mucha higiene.

La Susan me estuvo explicando también cuál era nuestro dormitorio y cuál el de servicio, aunque no íbamos a tener servicio, y cuál la cocina y las ventajas que le veía al adosado, como si ella fuese la vendedora y yo el comprador, pero la Susan es que es muy explicoteadora y si la escuchas un rato aprendes, lo que pasa es que yo me distraigo, y a ver si aquí no me meas la tabla, como en casa, que hay que ver cómo me la tienes, no se quita ni con estropajo, luego me enseñó por una ventana el camino de la estación, y el que iba a tomar ella para coger la carretera, por las mañanas, el garaje era lo justo para el auto de la Susan y yo quería tener un gato, pero la Susan que no, que los animales sólo traen enfermedades y ladran mucho por la noche, yo no he tenido nunca un gato que ladre, pero a la Susan conviene no llevarle la contraria porque es peor, lo primero nuestra nueva vida, que ahora empezaba de verdad, como me parece que ya he dicho, en un país socialista y en un pueblo serrano donde respiras salud, oyes, salvo el armario de mi señor suegro, que Madrid tiene un hongo de contaminación, lo cual que volvimos muy satisfechos de la visita y el saco de la puerta ya era lo de menos, se nos había olvidado, el chalet era una monada, como decía la Susan, hasta podemos recibir gente, amigos, me dijo dice, como las marquesas de Madrid, o dar guateques, y yo pensaba que mi amigo era Bustarviejo (en el banco no tenía ninguno) y que Bustarviejo y el armario de mi señor suegro se llevaban muy mal, no quise recordarle esto a la Susan por no estropear un sábado tan alegre, lo que no he contado, porque quería dejarlo para el final, es que allí en el adosado, con las paredes desnudas, sobre el santo suelo, bajándonos los vaqueros, echamos un caliqueño muy gustoso y yo dije cuando terminamos, poniendo la voz de Fraga, queda inaugurado este chalet, y la Susan, «bendigo cada rincón de esta casa», la verdad que un poco rojos sí que somos, Así, la Susan es que tiene unas salidas.

Una vez fuimos a la fiesta del PCE, en la Casa de Campo, que eran los primeros tiempos y se ponía a tope, una idea de la Susan, claro, cómo no, pero nosotros no somos comunistas, Susan, nosotros no somos nadie, Asís, y nadie nos va a decir nada, al fin y al cabo, comunistas y socialistas, primos hermanos, es una fiesta muy alegre, va mucho personal y hay comidas variadas de todas las regiones españolas, y mucho vino, que a ti te va la priva, luego están los discursos de Carrillo, Pasionaria y todo el rojerío, un espectáculo, pero no hay que tenerles miedo, ya ves los votos que han sacado, están en la cola, pero hay que conocerlo todo en esta vida, Asís, que es que siempre te quedas corto, lo cual que fuimos a la Casa de Campo, una multitud, no veas, luego dijeron los periódicos que un millón de personas, aquello no parecía comunismo ni nada, allí estaba Ana Belén, guapísima, aunque es lo que decía la Susan, qué tendrá ésa que no tenga yo, y un gentío que lo mismo podía ser sociata, por qué no, muchos padres con los niños a hombros, muchas madres dando la teta mientras tiraban del porrón, y sitios donde comer, muy variados, y carteles de cuando la guerra por todas partes, es lo que tienen los comunistas, que están ceguerones con la guerra aquella que hubo, siempre vuelven a lo mismo, lo suyo es una fijación y así les va, pero alegría sí que vi yo, alegría a tope, en plan revolución pacífica que había tomado la Casa de Campo.

Dimos vueltas hasta cansarnos, comimos y bebimos, y en una de éstas el pabellón de los Hexágonos, el sitio donde se reunía el Politburó de la cosa, que estuvimos allí, en una mesita, mirando a los jefazos que habían matado tanto cuando la guerra, imponer sí que imponían, que los vienes viendo en los papeles y en el cine de toda la vida, Pasionaria, muy señora, Carrillo, el de la peluca, uno que hace películas, corpulento él, y un hombre de melena blanca y cabeza así como de profeta, que me sonaba, pero yo no caía, o sea que le pregunté a la Susan:

—Ése es Federico García Lorca —me dijo.

Ya decía yo que me sonaba, la Susan es que está a todo, con nosotros no se metió nadie, quitando algunos que nos decían como de toda la vida, buen provecho, camaradas, o compañeros, según, se estaba bien en el pabellón de los Hexágonos, que también vaya nombre, a mí es que me parecía mentira estar tomando unas tapas en el cuartel general de los comunistas, digamos, con todos los famosos al lado, nadie diría que aquéllos iban a arrasar España y entregársela a Rusia, los mismos que habían puesto fotos de Lenin y Stalin en la Puerta de Alcalá.

Volvimos a seguir vagabundeando por la Casa de Campo, un pinchito aquí, una copita allá, hasta la hora de los mítines, al atardecer, y había muchos conjuntos tocando música y la cosa regional, si con los mítines se enrollan mucho nos marchamos, dijo la Susan, lo malo va a ser encontrar ahora el coche.

A la entrada del pabellón de los Hexágonos me recuerdo que había una rueda de hierro, grande, con muchas figuras raras, y me dijeron que la había hecho Alberto, un panadero de Toledo que salió comunista y se fue a Moscú cuando la guerra, que si no aquí lo apiolan los fachas, sí, hombre, Alberto, Alberto Sánchez, te tiene que sonar mucho, compañero, estuve sentado en la hierba, con un porrón de Valdepeñas, mirando la rueda de Alberto y pensando cosas, la Susan se había ido a por unas sardinas asadas que vendían los comunistas vascos, la verdad es que me había impresionado el ver de cerca a los santones del bolchevismo, tan pacíficos, y toda aquella movida alrededor, ellos eran los rojos, y no sólo porque llevasen pañuelos de ese color por todas partes, ¿entonces nosotros, los del puño y la rosa, qué coños éramos?, ya sabía yo que había dos izquierdas, la nuestra y los bolcheviques, y por los votos se veía que el pueblo estaba con nosotros, pero éstos no eran unos tristes, como parecía mirando las estadísticas, sino que tenían una marcha total y unos jefes históricos, o sea, que estaban ya en la historia de España, digamos, de modo que dejé de estar en posesión de la verdad, tengo que preguntarle a Bustarviejo, ¿con qué se

come esto?, me han impresionado todos, claro que uno es socialista de familia, por parte de un tío de mi padre que murió en el exilio, pero éstos imponen, coño que imponen, ¿y no estaría más completa la izquierda, y más fuerte, si se unieran los Alberto Sánchez con los Felipe González?, pero eran ya demasiadas preguntas, el descubrimiento del comunismo en crudo me había aguado la fiesta, de modo que hay muchas cosas pendientes, no somos los amos del mundo, éstos pueden levantarse cualquier día, y si son los de ley ¿por qué el público no les vota?, me sentía menos cómodo con mi carnet de socialista, como si dijéramos, aunque con el carnet entre los dientes me lanzo yo contra todo comunista y todo fascista, lo cual que las cosas son más complicadas de lo que parece, a todo este gentío no se le puede olvidar como le olvidamos en el partido, Bustarviejo me dirá, ahora tengamos la fiesta en paz, el sol tardío pasaba por las filigranas de la rueda de Alberto y hacía bonito, la Susan llegó con las sardinas asadas, que eran grandes como tiburones, y yo, aunque estaba hasta arriba, me las metí para adentro con pan y el porrón de Valdepeñas, y la Susan también se despachó, no sabía yo si contarle mis malos rollos políticos, sólo porque habíamos visto a Pasionaria y a García Lorca, esto mejor a Bustarviejo, me dije, la Susan pasa total, está aquí de romería y me va a decir lo de siempre, que votos son amores, empezaban los mítines y había mucho silencio, venía el relente de la sierra y sin decir nada nos fuimos a buscar el coche, la voz de Pasionaria llegaba desde todas partes, enérgica y temblorosa, la vieja tiene un par, dijo dice la Susan, menudas salidas tiene la Susan.

En casa nos quitamos la ropa llena de polvo y nos duchamos juntos, yo estaba ya pensando en el caliqueño, pero la Susan no estaba por la labor, estoy muy cansada, vaya por Dios.

Lo que más me recuerdo es el día que hicimos huelga de bocadillo en el banco, o sea, que el cuarto de hora que te daban para almorzar el bocata, hacia las once, lo ampliaban los socialistas a media hora, pero don José volvió a aquello de que la banca no hace política, y algunos ya se bajaban al sótano/archivo, como siempre, de prisa, que no quedaba ni un minuto para mear, cuando Moreno, uno bajito con mucha nariz, que había estado en la División Azul y ahora era socialista, cogió la dirección contraria, hacia la calle, con el bocadillo en la mano, en alto:

—¿Adónde va usted, Moreno?

—A la calle, don José, a comerme el bocata. Todos nos quedamos de piedra.

—Venga, tíos, el que tenga huevos que me siga, esto es la revolución.

Y unos cuantos, después de dudarlo, nos fuimos desfilando hacia la calle, con el bocadillo agarrado, yo pensaba que era un gesto de rebeldía socialista y que en la Federación no lo verían mal.

Moreno salió por la puerta giratoria y se sentó en la acera, el gesto cayó bien y otros varios hicimos lo mismo, de modo que pronto fuimos veinte o treinta tíos sentados al borde de la acera, en una hora de mucho tráfico, al filo de los coches que pasaban, y comíamos con seriedad y alegría, controlando la media hora para no pasarnos, hasta que Moreno diese la voz de regreso. La gente nos miraba y algunos nos aplaudían.

—Don José y el director están como locos al teléfono, llamando a la policía.

—Moreno fue de la División Azul y alguien dirá que esto es el fascismo contra una banca democrática.

Unos hablaban del caso y otros hablaban de fútbol, ya que llevábamos el bocadillo envuelto en el *Marca*, y luego lo doblamos, grasiento, el *Marca* me refiero, y lo guardamos en el bolsillo, había que dar ejemplo y no ensuciar la calle, éramos socialistas o rebeldes, pero no unos gamberros.

Era una mañana de sol y se estaba bien allí, respirando el humo de los autobuses y comiendo el bocata, charlando a gritos y saludando a quienes venían a darnos la mano, o sea, que se sumaban a la huelga. A la media hora justa estábamos de vuelta, cada uno en su mesa, don José de pie, muy blanco, me miraba con furia, más que un gato ahora parecía un tigre, pero sólo dijo hemos pasado noticia a la Central, el director y yo, y pronto sufrirán ustedes las consecuencias, a mí Moreno no me caía bien, era listo y divertido, podía tener detalles como aquél, pero recordé lo que me dijo una vez Bustarviejo, «la revolución es una cosa científica», ¿habíamos hecho el gamberro?, todo el mundo trabajaba con la cabeza más baja que de costumbre, pero el número del bocata se repitió varios días, hasta que una nota interior nos comunicó que teníamos media hora diaria, a partir de las once, para el almuerzo de media mañana, «en el lugar acostumbrado y nunca a la vista del público».

Había sido una victoria del proletariado contra el poder de los banqueros, esto tengo que contárselo a Bustarviejo, me dije, como lo de la excursión a la fiesta del pecé, lo que menos me gustaba era la capitanía de Moreno, a quien algunos periódicos definieron como «un agitador profesional». Era un tipo con carisma, capaz del liderato, pero ideológicamente no estaba nada claro. Un aventurero. Un anarquista, ¿un fascista?, yo sabía que la Falange había estado contra la banca, lo malo de la política es que nunca es blanco y negro, sino que hay muchos matices y luego los tipos que lo revuelven todo y los que pescan en río revuelto, y así nunca te aclaras y lo mejor es seguir las consignas del partido lo más claro posible, que por libre siempre te pierdes, te la dan o se te hace la picha un lío.

Bustarviejo, en el bar, me explicaba así lo de la fiesta del pecé:

—Razón que te sobra, Asís. Comunistas y socialistas somos primos hermanos. Si se produjera esa unión, el Frente Popular que se decía cuando la guerra, la izquierda estaría en el poder, España sería socialista con un socialismo u otro, pero somos como esas familias que se matan por los muebles del abuelo, así nunca llegaremos a nada,

Felipe se atiene a los votos y no quiere repartir poder, pero habéis hecho bien en ir a la Casa de Campo, así vas conociendo toda la realidad.

—Pero imponen, Bustarviejo, te prometo que los jefes imponen. Toda una vida viéndolos en el cine, en los carteles, en todas partes, a mí es que me imponen, se lo decía a la Susan.

—Claro, hombre, cómo no van a imponer, tienen detrás la revolución soviética, quizá la más grande de la historia, tienen la URSS, tienen el monopolio de la izquierda, Felipe hizo mal quitando a Marx del imaginario socialista, todos los socialismos vienen de Marx, que además se ocupó de denunciar a los falsos profetas. Pero no por eso te vas a hacer comunista de repente. El socialismo español tiene un gran historial, nosotros hemos cometido errores, pero ellos también, les llevamos la ventaja de estar más cerca de la democracia, tenemos mucho que aprender de ellos, y ellos de nosotros.

A Bustarviejo es que daba gusto oírle hablar, Bustarviejo era corrector de pruebas en una imprenta, o sea, el que corregía a los autores de los libros, un sabio, pero en el partido no miraban bien a los hombres de la guerra, a los antiguos, a Bustarviejo le veían casi como un comunista, como un tipo de otra época, Bustarviejo vivía solo, supongo que viudo o separado, y se estaba en casa leyendo o escribiendo, cuando salía de la imprenta, un día te tengo que llevar a mi casa, me había dicho, tengo cosas curiosas del socialismo español, y te dejaré algún libro, me parece que lees poco, eso de haber confundido a Federico García Lorca es una prueba de que lees poco, la poesía es importante, y la historia, pero sobre todo es importante el decoro, hay que mantener siempre el decoro, ahora, con el triunfo, me parece que lo estamos perdiendo.

Las primeras veces que le oí hablar a Bustarviejo del decoro me pareció que estaba hablando de la decencia, la honestidad, esas cosas de las señoras antiguas, que la que no tenía decoro era una puta, y estuve a punto de preguntarle a la Susan, oye, Susan, ¿tú tienes decoro?, pero luego me aclaré que Bustarviejo se refería al decoro político, a la fidelidad, la fe en el partido, la honradez, la educación de izquierdas, todo eso, un señor con decoro, para él, era don Antonio Machado, un poeta que hacía versos andaluces, Bustarviejo sí que era un líder, y no el fantasmón de Moreno, que había estado en la División Azul matando rusos, todavía no sé si estuvo bien o mal lo de los bocadillos, pero la media horita no nos la quita nadie, en el partido lo que pasa es que va habiendo más socialistas a lo Moreno que a lo Bustarviejo, cien años de honradez, dicen, yo eso lo veo en Bustarviejo y su barba y su chaqueta con caspa, que es todo un hombre, pero me parece que ahora en el PSOE nos hemos quitado la caspa, son otros tiempos, a ver.

Una noche fuimos la Susan y yo a una movida de don Enrique Tierno Galván, nuevo alcalde de Madrid, era en la plaza del Dos de Mayo y allí estaban los progres como sardinas, chicos y chicas, como en un concierto de los Rolling, sólo lucían las candelitas de los mecheros y había porros y botellas en cantidad, se estaba a gusto entre aquella multitud, nos hacen viejos, Susan, le dije digo a la Susan, los habría hasta de quince años, con su porro trompeta, que no sabían hacérselo, un olor a maría que tiraba para atrás, cuando llegó el profe, o sea, el viejo profesor, tuvo una ovación como los roqueros, igual, y le enfocó la tele y llegaba con su chaqueta cruzada y sus gafas tan limpias, como un señor antiguo o un procurador, se metía la mano derecha debajo de la solapa y con la izquierda actuaba, quiero decir que la movía como un cura, despacio pero con elegancia, «¿estáis todos colocados, hijos míos?, síííí... ¿bien colocados?, síííí, pues hale, a colocarse todos a gusto», y él subido en una tarima y miles de punkis alrededor, don Enrique, el único socialista a quien llamábamos de usted, hablaba de la justicia, la libertad, la cultura, el poder, y a los socialistillas nuevos los llamaba «esos chicos calvitos», Bustarviejo me tenía dicho a mí que Tierno era un marxista mecanicista, y eso con qué se come, en esto que la Susan me pasa un porro manchado de carmín, con las puntas de los dedos, la Susan no se pintaba de modo que suyo no era el carmín, pero había que tirar para adelante, le di una chupada y se lo pasé a una anoréxica rubita que estaba a mi lado, don Enrique seguía hablando y hasta cantó algo de gregoriano, toda la plaza cantó gregoriano, vaya movidón, Susan, y nosotros también, aquello parecía un entierro de un rey, pero en cachondeo, y así pasamos la noche y luego anduvimos por los cafés de Malasaña, Manuela y eso, donde daba clases de griego García Calvo, que vino cuarentón de París, ni mayo del 68 ni *goche divine* ni hostias, nada como las movidas de don Enrique, nos acostamos de madrugada y echamos un caliqueño sin comerlo ni beberlo, que andábamos flotantes, es lo que me decía Bustarviejo al día siguiente, sí, Asís, Tierno es un marxista mecanicista, en efecto, pero es además un socialista culto, inteligente, que sabe conquistar a las masas, aquí en el partido no le quieren, lo ven peligroso, los intelectuales no tenemos nada que hacer con Felipe, salvo los cuatro que él lleva a la bodega, pero en todo partido está prohibido el pensar, el tipo con iniciativas, el heterodoxo, Marx condenó el «aventurerismo revolucionario», como decía él, y en eso se basan para prohibir a la gente que piense, que se salga de la disciplina, que tenga ideas, pero todos los partidos son iguales, ya te digo, y el comunista peor, lo de Tierno es una aventura personal que se acabará en él, como eso que me cuentas del bocadillo, seguramente ese Moreno es un hombre de mérito para la revolución, y algo ha conseguido de momento, pero en la Federación empezarán a controlarle y, por otra parte, tu banco no creas que se lo va a perdonar, ése ya no hace más carrera, la verdad es que un intelectual no puede vivir ni dentro ni fuera del partido, y ahí veía yo en Bustarviejo al resentidillo, al hombre que quería un carguete, o publicar sus artículos y sus versos en los órganos del partido, y me daba como pena de él, y quién soy yo para tener lástima de este cráneo privilegiado, como dicen en el teatro, si no hago más que aprender cosas de él, el bar donde acudíamos estaba pintado de verde, con la televisión al fondo, sin sonido, y tenía una actividad continua, pero no ruidosa, buena para hablar allí con los vasos en el zinc, y material de mucho picar debajo de la cristalera, y una cueva de jamones al fondo, Bustarviejo, ¿hace un huevo duro para cada uno?, y nos tomábamos el huevo duro con sal y el riojita y a mí me parecía que ésa iba a ser toda la cena de mi amigo, solo en su casa, que yo creo que no cenaba nunca, como los hidalgos de los libros, por la escuela mayormente, al bar acudían también otros grupos de la sede, cuando salían de alguna reunión, y nos saludaban como compañeros, a ver, pero distantes, una vez me pareció oír a mis espaldas «ese Bustarviejo le está comiendo el coco a Asís», y otro, «a Asís no hay quien le coma el coco, que lo tiene muy duro», me llené de valor y de rabia pero no me volví, si me

vuelvo le doy con la mano, quieto, Asís, me dije, que te expulsan del partido, y me sentía más unido a Bustarviejo, que no era un hortera porque la sede de mi barrio estaba llena de horteras.

Una tarde fue a visitar la sede Alfonso Guerra, que no tenía el carisma de Felipe, pero podías hablar con él más sencillo, más abierto, y estuvo viendo los locales por encima y los compañeros le pidieron que nos dijese algo y Guerra estuvo improvisando, dijo que aquí en los barrios, en los pueblos de Madrid, en estas sedes y entre el vecindario, es donde se hace el verdadero socialismo y que en el Parlamento y esos sitios la gente va a lucirse, que le gustaba mucho estar entre nosotros porque él era un socialista de base, bueno, hizo un poco de populismo y demagogia, pero Bustarviejo me decía luego:

—No creas, él es así, está más cerca de nosotros, Alfonso es el que llevó a Felipe al partido, en Sevilla, Alfonso ama el partido, Felipe lo utiliza, por cierto que ahora no andan muy bien entre ellos, Felipe es una creación de Guerra y eso nunca lo perdona el que ha sido creado, es lo del aprendiz de brujo, bueno, ya se nota que yo le tengo un especial cariño a Alfonso ¿no? Guerra había reconocido en seguida a Bustarviejo y le dio un abrazo de saludo y otro de despedida, cuando se hubo ido, le pregunté a Bustarviejo por qué no le había planteado sus quejas, lo de las colaboraciones, el puestecillo que mi amigo quería en la FSM, todo eso, y él que de ninguna manera, que hay que mantener el decoro, que no se puede ir de pedigüeño, que esas cosas tienen que salir de los demás.

Pero, mientras Guerra hablaba, yo le había visto a Bustarviejo limpiarse las gafas, y a lo mejor se estaba limpiando una lágrima, de modo que cruzamos al bar, que ya se sabe, las penas con pan son menos. (El Bustar, jubilado, se había venido al pueblo.)

Esta tortilla está salada a tope, le dije digo a la Susan, te ha salido una tortilla a la sal, y aparté el plato con ruido, en esto que la Susan, en pie, se pone en jarras y dice a partir de ahora te va a hacer las tortillas tu santa madre, que a mí no me tienes más de cocinera, para qué habré hablado yo, me dije digo, y ella venga que si me doy el atracón todos los días para venir de Madrid a hacerte la comida, que como te gusta la tortilla de patata te hago tortilla de patata, y ahora el señorito me sale con ésas, pues no vuelvo yo a hacer una tortilla ni a Dios, menudo socialista de mierda, un machista es lo que eres tú, un machista insoportable, que cualquier día me voy de esta casa y no vuelvo, me habían trasladado a mí, a petición, a la sucursal del pueblo, con lo que me libraba de don José, que era mi cruz, y de las idas y venidas a Madrid, poco dado como soy a conducir, al principio en la sucursal me miraban como un bicho raro, porque los que habíamos hecho la huelga del bocadillo éramos famosos en la banca, a ver, unos pioneros, como quien dice, que ya todos los bancarios tenían la media horita ¿y usted fue de los que se plantaron o fue un esquirolo?, yo de esquirolo nada, yo de los primeros, que conozco mis derechos, sí, dicen que soy del PSOE, pero eso no le importa a nadie, cada quien su vida, conozco el oficio y puedo hacer mi trabajo en cualquier negociado, lo cual que me mandaron a correspondencia y tan feliz, que eso ya lo había hecho yo y me salían bordadas las cartas a los clientes, por la presente le comunicamos que la transferencia numero tal, y luego tal y tal, de usted afmos^[1], y así todo el día, pero se me ha ido el santo al cielo, que la Susan no paraba de gritar y les dio la tortilla a los perros de la vecina, que comían de todo, pero los perros olieron o probaron un poco y se retiraron cortésmente, pues buenos son, ahí tienes, me decía yo, ni los perros quieren tu tortilla de sal, especialidad de la casa.

El señor Garay es muy amable, da gusto trabajar con él, la otra tarde, ya casi de noche, se había apagado la calefacción y yo estaba como resfriada, así como un escalofrío, y el señor Garay, el jefe, se quitó su chaquetilla de punto, finísima, inglesa o así, a ver, y me la puso por los hombros, que no se nos enfríe nuestra mejor secretaria, y la más guapa, no me digas que no es atención, esto me había contado la Susan una vez, en plan confidencial, y yo mira, Susan, no te hagas la tonta, ése te anda buscando y si te comportas te va a encontrar, ya me parecía a mí mucha tardanza y mucha salida a las nueve y mucho me he quedado sin gasolina, había un atasco que no veas en la carretera, y mucho hacer horas por la cara, en mala hora dije todo esto, la Susan volvió a ponerse en jarras, que hay que ver cómo se ponía en jarras la Susan, para acojonar a cualquiera.

Pero tú qué te estás pensando, cabrón, si es que no se te puede contar nada, encima que te hablo en plan confianza, que si ahora en plan cuernos, que si otro día está un poco salada la tortilla, en esta casa ya no cabemos los dos, Así, eso no lo dirás en serio, Susan, no sé ni cómo lo digo, no sé lo que me digo, me voy a la cama a dormir, que mañana tengo que madrugar y primero lavar el coche ahí abajo y estar pronto en Madrid, que en los bancos os tocáis mucho las pelotas, pero donde se trabaja se trabaja y yo la primera, que no te mereces la mujer que tienes, yo dándole al curro mientras tú te vas de vasos con el Bustarviejo y si te he visto no me acuerdo, una cosa es ser socialista y otra estar todo el día dándole vueltas a la sede, como a la noria, y al bar de enfrente, que ese viejo te va a volver comunista o alcohólico, Así de mierda.

Después de todas estas circunstancias que he contado, y todo por una tortilla de sal, resulta que yo me monté una vida casi de soltero, pues nuestros horarios no coincidían, y cuando llegaba del banco, que iba andando, a las cuatro o las cinco, me hacía yo mismo una fabada de bote, si es que no me había quedado a comer en el restaurante del pueblo, una cosa valenciana, que encargábamos una paella cada vez que era el santo de algún compañero, o su señora tenía un niño o algo, que la fabada de bote es una cosa que a mí me gusta, oyes, aunque no tanto como la natural, la recién hecha, quiero decir, y con eso y la botella me iba arreglando, y mandarinas de postre si había

mandarinas, y un poco de siesta y a la caída a la sede, y luego al bar con Bustarviejo y cuando volvía a casa ya había llegado la Susan, y si no había llegado me volvían los malos pensamientos, o sea, cuando el señor Garay le puso su chaleco de punto, su rebequita o lo que fuera.

Era mucho tiempo, era mucha soledad, nuestro matrimonio, de pronto, había cambiado, parecía ya otra cosa, de modo que me agencié una gata siamesa, que Pilar, la de Caja, me dijo un día ¿anda usted buscando un gato?, pues si le da igual yo le traigo una gata. La siamesa era joven, de color ocre con las orejas y las patas negras, una gata elegante y con unos ojos pardos que se volvían verdes según la luz. También habíamos comprado por entonces una televisión y yo me sentaba a verla, el fútbol y la política mayormente, y la gata se me dormía encima, que parece que no pero es una compañía.

La televisión, una vergüenza, sólo contaban de la misa la media y sacaban siempre un Felipe triunfador, carismático, cuando lo que se decía en la sede, y en todas las sedes, era que en las próximas generales el PSOE iba a tener un bajón, y no por la fuerza de la derecha, claro, que ese Aznar parecía un jefe de negociado de mi banco, sino por los propios errores del partido y de González. Al poco tiempo de estar Guerra a vernos en el pueblo, le empezaron a hacer campaña y Felipe se deshizo de él como si le pudiera pegar la tiña, la disculpa fue lo de menos, el caso es que ya no se llevaban, a Guerra le jodía tanta derechización económica, tanto darse el pico con Alemania, que siempre es Alemania, a la larga, si te fijas, y Felipe ni caso, actuando ya en líder europeo, vendiendo por la tele el futuro de Europa, o sea, el nuestro, mientras aquí pasaban cosas, había corrupción, y hasta desencanto, como se decía, que aquello no era una revolución socialista, aquello parecía la democracia cristiana, como me había explicado a mí Bustarviejo, de modo que, fuera parte mi trabajo en el banco, yo iba camino de ser un hombre solitario, como Bustarviejo, un poco mosca con la política, un poco mosca con la Susan, siempre solo, hablando en voz alta con la tele y con la gata, pues con la Susan no veía manera, a ella le parecía que todo iba a tope, Felipe cojonudo, decía, pero las bases, y yo me consideraba de las bases, a ver qué vida, cada vez importaban menos, contaban menos, sólo nos mareaban un poco a la hora de votar, pero en el pecado llevaban la penitencia, que el voto obrero iba bajando y a Aznar, aunque fuera bajito, no le iban a robar votos de Serrano, eso seguro, lo cual que hacía las siete me iba hacia la sede, oía algún debate local, cuando lo había, y luego con Bustarviejo al bar de los huevos duros, ah, y que a la gata le puse *Caperucita*.

Una tarde, después de los vinos y los huevos duros, Bustarviejo me invitó a su nueva casa, como ya me tenía prometido, y era una casa antigua del pueblo, de dos plantas, pero muy pequeña, no uno de esos adosados como el nuestro, o como las colonias de lujo, que venían de más antiguamente, el Bustar lo tenía todo lleno de libros y algunos carteles de la República y de la guerra, también vi carteles de Fidel Castro y del Che, como si fuera el apartamento de un roquero joven, los libros se amontonaban en las sillas, la casa no había perdido su aire de pueblo, olía a madera buena y a tabaco, pero los libros y el oreo, ventanas abiertas a la calle, le daban al piso un perfume aldeano, a ver si me entiendes, y entonces comprendí yo por qué a mi amigo le había asqueado tanto el armario de mi señor suegro, que olía a cerrado, a meado, a uniforme a lo mejor, a enfermedad y a rayos.

Como no me atrevía yo a quitar un montón de libros de una silla, nos sentamos los dos en un sofá también de pueblo que había en el despacho de Bustarviejo, en plan mudanza, allí vi sus carpetas llenas de papeles escritos, los artículos que no le publicaban y seguramente las poesías y los versos que escribía. El Bustar sacó unas botellas y unos dulces, todo con sabor a pueblo, y me estuvo contando:

—Mira, Asís, yo tenía vocación de líder de las masas, yo hubiera querido ser un orador como Azaña, pero Franco me tuvo en la cárcel y ahora éstos pasan de mí por viejo ¿y dónde coños me hice yo viejo?, pues en la cárcel, hombre, o sea, en acto de servicio, por pecados políticos, por ideología, ¿es que eso no cuenta en la vida de un político?, te cuento todo esto porque no soy yo solo, hay miles, millones de españoles que esperaban el socialismo como compensación de su lucha, como el verdadero final de la guerra civil, que Franco prolongó tantos años, pero a Llopis le devolvieron con la maleta para el exilio y, entre los que tú conoces, ahí están Gómez Llorente, Pablo Castellano, Tierno y Morán y Múgica y otros, apartados del partido por los jóvenes, cuando la transición decidieron hacerlo todo entre los jóvenes, prescindir de los hombres de la guerra, es ley de vida y no tengo nada que decir si por lo menos lo hubieran hecho bien, todos de la generación del rey, qué bonito, y hoy somos una monarquía con un Gobierno de centro y un socialismo que va perdiendo votos por la calle y un líder que está cada día más lejos de las bases y del pueblo, que sólo vive para salir en la tele, viajar a Europa a hacerse la foto y poner la mano en el fuego por sus amigos cuando están en apuros.

Olía bien la pipa del Bustar, sabían a Navidad los dulces, aunque estábamos a primeros de mayo y las tormentas de cada tarde limpiaban mucho la polución, no quiero contarte batallitas, me decía Bustarviejo, ya ves que estoy haciendo un análisis de la situación, pero uno es un hombre, un socialista, un español, y es duro envejecer viendo que perdemos la guerra por segunda vez y que yo, la mía personal, particular, la tengo perdida hace mucho tiempo, yo no veo la televisión, pero leo los periódicos, cada uno dice una cosa y la conclusión es la misma, que vamos a integrarnos en una Europa supercapitalista y ésta es la gran hazaña de un partido de izquierdas con más de cien años, y encima Felipe nos lo vende como un triunfo y los intelectuales del *establishment*, o sea, los colocados, escriben todos los días que cojonudo, que de acuerdo, y eso es lo que quisieran que escribiera yo, dentro de unos días es mi santo, el once de mayo, y lo voy a pasar aquí, solo y olvidado, pero con decoro, Asís, con decoro, leyendo a mis clásicos, ahora las memorias de Azaña, que fue un burgués más avanzado que muchos socialistas, pero era demasiado culto y el catorce de abril, en vez de utilizar a las masas, que las tenían en la calle, él y don Niceto, para hacer la revolución, las dejaron volcar cuatro tranvías y volverse a casa, dando tiempo a los conservadores para rearmarse, los comunistas, que tanto te deslumbraron en la Casa de Campo, creían que esto era la revolución pacífica, empezando por Carrillo, pero los alemanes y la CIA tenían otros proyectos para España, nada de otra Cuba en Europa, un socialismo moderado que se integre en el sistema, y le llenaron al PSOE de dinero y

Felipe supo gastarlo, compró con sus palabras diez millones de votos, porque Felipe no asusta, es lo bueno que tiene, que no asusta, y Franco llevaba cuarenta años asustando con el espantajo comunista, a la gente no hay que asustarla, de acuerdo, pero tampoco hay que engañarla, joven, que acabaremos devolviendo España a la derecha.

Después de la cantata, Bustarviejo desempolvó unos libros que tenían la bandera republicana en la portada, a todo lo alto, toma, hijo, que tienes que leer algo, me parece a mí que tú lees poco, eran dos episodios nacionales de Galdós, se llamaban Arapiles y Amadeo I, parecían novelas, y todavía un tercer libro, poesías nada menos, don Antonio Machado, Bustarviejo siempre decía don Antonio Machado, el de las coplas andaluzas, creía yo, que luego los estuve mirando en casa, ya metido en la cama, tienes que conocer la historia de España, Asís, la historia reciente, de la que venimos, me había dicho Bustarviejo, y la poesía del hombre más inspirado y más bueno que ha dado este siglo, don Antonio, socialista como tú y como yo, lo cual que la Susan ya estaba en la cama, esos libracos te los ha dado el Bustar, seguro, ya habéis vuelto a estar de vinos, ése o te emborracha de vino o te emborracha de libros, hay que conocer la historia de España, Susan, de la que venimos, no creas que el socialismo lo ha inventado Felipe, pero la Susan ya se ponía de lado en la cama, de espaldas a mí, en eso que llaman la posición fetal, y yo empecé las dos novelas o episodios o lo que fuera aquello, y me pareció que me iban a gustar, aunque salían muchos nombres antiguos, como en la historia del colegio, mira, Susan, la bandera republicana, ¿no ves la franja morada?, qué cosas tiene el Bustar, decía la Susan, una bandera como ésa sacamos cuando la mani, ¿te acuerdas?, y se la llevaron los maderos, que estamos en una monarquía, de momento, aunque seamos socialistas, lo de don Antonio Machado me cogió de sorpresa, la verdad, qué bien pegaba aquello y qué claro se leía, era un papel blanco como harina, con polvillo, y unas letras grandes y claras, iban los versos todo seguido, pegaban siempre, o sea, que rimaban, y notaba yo como una música, campo, campo, campo, entre los olivos, los cortijos blancos, con el vaivén de los versos y el calor del culo de la Susan, que lo sacaba mucho en aquella postura y lo pegaba contra mí, me fui quedando dormido con el flexo encendido, campo, campo, campo, entre los olivos, los cortijos blancos.

Casi no me atrevía a decírselo a la Susan, pero llegaba el día y se lo dije, que el día once es el cumple de Bustarviejo y no me gusta que el Bustar lo pase solo, en su casa, que no tiene más que libros y ropa vieja, le he invitado a comer con nosotros, cae en sábado, o sea, que no tenemos problema, la Susan anduvo rezando un poco por la cocina, con el cabreo contenido, pero ahora ya estábamos los tres a la mesa y el Bustar le había traído unas flores a la Susan, cogidas en el patio de su casa, era una cosa de nada, y a mí un libro, otro libro, los discursos de Azaña, bueno, pero que no diga una palabra del armario de mi padre que en gloria esté, me dijo dice la Susan, porque soy capaz de darle con la sartén en la cabeza, y en esto que nos íbamos tomando la sopa muy callados, Bustarviejo con la servilleta colgada por un pico del cuello de la camisa, como los niños y los viejos.

—Ahí tiene el salero para los huevos fritos. No se pase con la sal, que a su edad ya se sabe.

La Susan le decía cosas así, envenenadas, al Bustar, pero él no se daba por enterado, pues bueno era, las cogía al vuelo y se hacía el tonto.

—Gracias, Susan, hija, la verdad es que una mujer es muy necesaria en la vida de un hombre.

—¿Y usted por qué no se ha casado? La Susan se emperraba en tratarle de usted a Bustarviejo, por muy socialista histórico que sea, yo guardo las distancias, me había dicho la Susan a mí.

—Casado, soltero, viudo, separado, yo he sido de todo, Susan, hija, pero ya no estoy en edad, y tampoco tengo para alquilar una criada.

—O sea que para usted es lo mismo una mujer que una criada. Todos los hombres de la guerra son iguales. Unos machistas.

—Perdona, Susan, yo sé valorar la compañía de una mujer, creo que no me has entendido bien.

Ya estaba armada. Yo comía y callaba, mirando a uno y a otro, dispuesto a cortar por lo sano.

—Será usted el que no se ha explicado bien.

—¿Y qué tienes tú contra los hombres de la guerra, Susan?

—Yo nada. Por mí que los manden a todos a Benidorm. No fueron capaces de salvar España del fascismo y ahora van de históricos.

—Te aseguro que yo no voy de histórico. Ni de nada. Pero el socialismo y el comunismo, antaño, fueron capaces de poner en pie a las masas, al pueblo, y por eso duró dos años y medio la resistencia de Madrid.

—Para acabar entregándoselo a Franco, como regalo de cumple, no te jode.

—Estoy contigo en que Besteiro era un hombre flojo y un señorito al fin y al cabo, pero quería terminar con los sufrimientos inútiles.

A qué hora se me habrá ocurrido a mí invitar a Bustarviejo, me decía yo, estaba seguro de que la iban a armar y ya está armada, la Susan tira con bala y se cree que el socialismo lo ha inventado ella con cuatro amigas, todo porque la píldora las ha liberado, lo que menos le importa a ella es lo que hiciera o dejase de hacer Besteiro, lo que le importa es decirle impertinencias al viejo porque sabe que no es de Felipe y porque a ella le han dicho, como a mí, que tenemos que ser un partido joven, la Susan iba y venía de la cocina, tantas idas y venidas ¿son de alguna utilidad?, como la ardilla, vamos, que no podía parar quieta mientras el Bustar estuviera allí sentado.

—¿Quiere usted más patatas fritas, oiga?

—Gracias, hija, pero no debo abusar de la sal, como tú bien has dicho.

—Ustedes nos quieren a las mujeres para vigilarles la sal y para desfogarse de vez en cuando, no se han enterado de la misa la media, así cómo va a encontrar usted una que le atienda, ni por dinero, vamos.

—Tú tienes un marido ejemplar, Susan, no puedes quejarte, Así te estima de verdad,

te valora, besa por donde tú pisas, sin ti estaría perdido, y es un socialista puro y de buena fe.

—Se cree un héroe porque estuvo en la huelga del bocadillo.

—Con el mismo espíritu iría a cualquier huelga justa.

—Oiga, que hemos pegado carteles juntos, no crea usted que una se queda atrás.

—No pienso que te quedes atrás. Sé que eres una mujer valiente y una verdadera socialista, lo que se merece un marido como el tuyo.

—Y dale con el marido, todo lo ven ustedes con egoísmo, desde ustedes mismos, pero la mujer, hoy, mira por sí misma.

—Estoy seguro. ¿Y para cuándo el primer niño?

—Eso de la familia es cosa nuestra. La familia vendrá cuando tenga que venir, las cosas claras y el chocolate oscuro, don Bustar, que hay que ser moderna y tenerlo todo planificado.

—Eso sí que es verdad.

—Y no me dé la razón como a los tontos, que yo no soy tonta.

La Susan se ponía imposible, aquello iba de mal en peor, de modo que me fui a darle de comer a *Caperucita*, mi mujer me parecía injusta con el viejo, mi amigo era un hombre respetable, no había sido buena idea traerle a casa, pero eso me sirvió para ver a la Susan en su salsa, arañando como una gata rabiosa, sin caridad. Después de comer ella se metió en la cocina a fregar los platos con la radio a toda pastilla y el Bustar se me quedó dormido viendo la televisión, de modo que quité el sonido y estuve viendo un campeonato de tenis femenino, que esas tenistas jovencitas están de escándalo, con su faldita corta y enseñando siempre el pico de la braga, qué cosa es la mujer, ¿cómo una señorita que enseña como una niña el pico blanco de la braga puede volverse luego tan bruja como la Susan?, se me ha escapado la palabra, pero lo he pensado muchas veces, sin decírmelo ni en voz baja, me he casado con una bruja, como aquella peli que había, y yo creo que para ser una buena socialista no hace falta tener tan mala leche, las mujeres, cuando se meten en un fregado, siempre son más dañinas que los hombres, eso se dice, ahí están las libertarias que vimos en aquella otra peli, bueno, claro que ésas eran catalanas, me parece, las catalanas deben ser muy varonas, como se decía en el pueblo, más modernas que las de aquí, a ver.

Entonces me parece que fue cuando la huelga general que Nicolás Redondo le montó a Felipe, que nosotros lo pasamos en casa del alcalde del pueblo, que era socialista y nos había invitado, a ver, uno bajito él, vivo y gordo, que estuvo muy amable y habló lo justo, sin comprometerse, no había manera de hacer nada ni de ir a ningún sitio, el pueblo paralizado, Madrid paralizado, España paralizada, yo nunca había visto una cosa así, más que en los libros del Bustar, y me recordó cuando nieva en invierno, que se queda la ciudad silenciosa y parece que se ha muerto alguien, era un día histórico, o sea, para la historia, y eso se nota y es una cosa que impone, coño que impone.

El alcalde, Emilio Lago, tenía una casa moderna y muy bien puesta, con todo detalle, porcelanas y eso, también tenía un chalet en el campo propiamente dicho, pero ahí me parece que nunca estuvimos, los invitados éramos unos cuantos sociatas, eché de menos al Bustar, dos concejales y dos periodistas jovencitos que vivían en el pueblo y habían ido a hacer información, yo no estoy secundando la huelga, dijo el alcalde, que quede claro, pero hay que respetarla, esto es la democracia, que tiene sus momentos malos, aunque me parece que el Nico no ha elegido el más apropiado.

La conversación se enmogollonó. Tomábamos whiskies y frituras.

—El sindicato socialista haciéndole una huelga al partido, cuándo se ha visto eso.

—Dice Nico que se niega a ser una correa transmisora.

—Felipe y Nico tienen un malquerer desde Suresnes.

—El Nico cree que Felipe le debe el cargo.

—Él renunció porque no tiene capacidades.

—Pero es un hombre generoso.

—Y sensato.

—Pues esta huelga no es sensata. Esto es peligroso para el socialismo, para el sindicato y para España.

—La derecha se estará frotando las manos.

—No se hace más que entorpecer al personal, que va a sus cosas, y eso tampoco favorece el voto socialista.

—Para eso se hacen las huelgas, para molestar.

—Ésta no es una huelga política, es una huelga laboral.

—La gente no distingue.

—El país lo están jodiendo lo mismo.

—A Felipe no se le puede hacer eso.

Había hablado la Susan y presté atención, pero no dijo nada más. Ella quería echarse a la calle a insultar a los obreros. Como una marquesa, vamos. Emilio Lago llevaba de alcalde desde el 82, había hecho mucho por el pueblo, llegaron algunos taxistas esquiroles, del PSOE, a por su copichuela, el alcalde les palmeó en la espalda, así me gusta, chicos, Emilio Lago tenía tratos continuos con las inmobiliarias de Madrid, de ésas que te entregan la casa sin puerta, como a mí, de modo que apaleaba los millones, según decían, pero había sabido implicar a muchos, a todos, en el negocio, y nadie hablaba mal de él, también es verdad lo que he dicho antes, que hizo mucho por el pueblo, tenía los ojos claros, era inteligente, hablaba cortado, pero el dinero, como el amor, es cosa que no se puede esconder, y yo al alcalde le veía el dinero salirle por las orejas, muchos años más tarde, cuando se retiró, le perdimos de vista en el chalet famoso, para siempre, y no es que se retirase, claro, sino aquellas municipales donde ya empezaba a verse el bajón del PSOE, con muchos alcaldes como éste no hacemos socialismo ni ganamos elecciones, me decía yo, mientras la Susan se pasaba con el whisky y con la parla, no podía yo dejar de emocionarme con una huelga general, ahí queda eso, pero me hubiera gustado que fuese contra los empresarios, no contra el partido, la UGT contra el PSOE, cuándo se ha visto, me parece que Nico está jugando demasiado fuerte, esto lo tiene que pagar, qué hermoso es el pueblo en libertad haciendo valer sus derechos, como tiene que ser, la huelga es que es un invento.

El alcalde nos echó de comer y de vez en cuando hablaba por teléfono con Madrid y el triunfo de la huelga había sido total y en seguida lo dará la tele y mañana los periódicos, que eso sí que queda, será verdad que Nico la tiene tomada con Felipe, pero razones hay de sobra para montarle una huelga al Gobierno, que están privatizando y cerrando astilleros y todo eso no es socialismo, que yo me sé la cartilla, pero mejor cremallera, que a lo mejor estamos aquí para que el alcalde nos fiche, nos escuche, nos apunte y no la jodamos.

A la hora del almuerzo el alcalde nos pasó al comedor, todo estilo español, pesadísimo, y nos sirvieron un cocido glorioso, el cocido de los domingos, yo ya había oído hablar del cocido de los domingos en casa del señor alcalde, donde seleccionaba comensales, ejercía influencias, se ganaba voluntades, como dicen los políticos, y echaban cuentas.

La Susan atacó fuerte los garbanzos y la morcilla, pero yo me acordaba de los huelguistas y no tenía hambre, esto es una traición de Nico a la democracia, decía el señor alcalde, con el asentimiento de los taxistas, pero a mí me había explicado Bustarviejo que la huelga es la única arma que el proletariado tiene frente a la producción, una arma democrática, sólo que ahora se trataba de una huelga entre hermanos, partido y sindicato, y esto es lo que me tenía a mí en un vilo ¿no se habrá pasado el Nico, será verdad que es una huelga personal contra Felipe?, después del cocido, ya a media tarde, mientras todos regoldábamos morcilla, empezaron las informaciones de Madrid, teléfonos, faxes y televisiones, todo iba fatal, la huelgano había tenido un fallo ni una violencia, el éxito era total y pacífico, pero un éxito de la izquierda sobre la izquierda siempre habría de alegrar a la derecha, que es lo que yo me dije para mí, sin soltar prenda ante los morcillones del cocido y el coñac de la siesta, 14-D, 14-D.

Al día siguiente, lunes, con Bustarviejo, en el mostrador de zinc, me dijo que él había estado en la huelga:

—Yo también tengo carnet de UGT, Asís, porque pienso que el poso auténtico del socialismo está hoy en UGT más que en el PSOE de Felipe. Era hermoso sentir el viento de la calle, la verdad del pueblo, Nicorredondo me dio un abrazo, soy el único intelectual que se ha sumado a este movimiento obrero, había mucha gente que ni siquiera es del sindicato, pero les parecía justo sumarse a la protesta sindical, el felipismo está destruyendo o privatizando las fuentes de trabajo y riqueza, los astilleros y otras, eso conviene a la economía del Gobierno, pero los trabajadores qué, las empresas compradoras siempre despiden a más de la mitad, lástima que no estuvieras allí, Asís, pero perdona, que yo no hago reproches a nadie, soy un hombre comprensivo, perdonador y libre, te aseguro que fue muy hermoso.

Ayer me tocaba llevar a *Caperucita* al veterinario, según la tarjeta que me habían mandado, lo cual que cogí a la gata, la metí en su cesta, cogí la cesta por un asa y atravesé todo el pueblo con *Caperucita* hecha una Magdalena, que venga de llorar, o sea, de maullar y ponerse nerviosa, que la cesta le gusta, se siente segura, los gatos son así, a ver, pero el balanceo se conoce que la marea un poco, y yo hablándole todo el rato, venga, *Caperucita*, mujer, que ya estamos llegando, que no te pasa nada, que vas con tu padre, y algunas señoras me miraban al pasar, debe de llevar un perrito muy mono, qué coño de perrito, las señoras es que no se enteran de nada, una siamesa de película, oiga.

El veterinario es un hombre joven, de Toledo él, y clavadito a Bahamontes, aquel ciclista que había, que ganaba todas las vueltas a Francia y subía el Galibier como quien lava, y también era de Toledo, no me digas más, Toledo es una cuesta total y para un ciclista la mejor escuela, que te pone los músculos como piedras, el veterinario tiene una sola ceja, de sien a sien, toda de pelo muy negro, como un cepillo, y una bata verde, pero sabe tratar a los animales, saca a *Caperucita* de la cesta y mano de santo, la gata se deja poner el termómetro en el culo y se está quietecita, como una clueca, y se deja tocar la tripilla, sólo se pone nerviosa si ladra un perro o en el cuarto de al lado oye otro gato, el veterinario le mira el globo de los ojos, le limpia una lágrima y la *Caperucita* tan conforme, me hubiera a mí gustado ser veterinario, si lo pienso antes, mejor que trabajar en el banco, para tratar todos los días con los animales, que son más honrados que las personas, si vas a ver, y el cariño que se les coge y lo fieles que son, *Caperucita* tiene la piel ocre y los ojos pardos, siamesa pura, y se deja poner las inyecciones, que también hay que tener mano para eso, y el Bahamontes éste de los cojones tiene mano, prefiero yo tratar con una gata a tratar con un cuentacorrentista, como en el banco, que son todos unos creídos, ahora con el pelotazo, y hasta unos narcos, ahora que no me oyen.

Caperucita tiene su cartilla de vacunas y cosas, como una persona, y en la cartilla me apuntan cuándo le toca la trivalente y todo lo demás, mientras ella salta de la mesa al suelo y busca un rincón para esconderse, pues buena es, no se fía de nadie y aunque el sitio ya lo conoce, se impacienta y quiere volver a casa, lo cual que el Bahamontes la pesa, o sea, que se pesa él con la gata en brazos y luego solo, y la diferencia es el peso de *Caperucita*, que por cierto va bien de peso y me come de todo, aunque lo que más le gusta es el *friskis* para perros, a ver, como tonta, que es más fuerte que el *friskis* para gatos, y otra vez a la cesta y otra vez a cruzar el pueblo, que el sol de mayo ya pica, pero la tarde está hermosa y hay mucha gente por la calle, aquí se respira y no en Madrid, *Caperucita* venga de maullar otra vez, vamos, mujer, que ya volvemos a casa, tranquila, *Caperuza*, *Caperucita*, tranquila.

En cuanto que llegamos al adosado la suelto en el jardín, que es pequeño, para que orine, que está deseando, a ver, los nervios que ha pasado la pobre, pero nunca se lo hace más que en su sitio, debajo del matorral, limpia sí que es, todos los gatos son limpios, y los siameses más, *Caperucita* tiene un novio siamés, pero viejo y grande, con los bigotes ya blancos y el rabo cortado, unas veces se quieren y otras se pelean, como las personas, pero así no se aburre, debe de ser un siamés vagabundo y yo cada día le veo más enamorado, pero hay días que ella pasa total, como las personas, ya digo, igualito que las personas.

Televisión Española ha dado lo de la huelga fatal, que lo he visto yo la otra noche, o sea, que no han dado nada, la protesta laboral y los perjuicios que se causan al usuario, que no tiene culpa de nada, coño, pues para eso se hacen las huelgas, para molestar, para demostrar el poder del pueblo, la necesidad que tiene esta sociedad de los trabajadores, que son los que hacen andar las ruedas de la cosa, bien sea capitalista o socialista, y la Susan hecha un basilisco, los dos delante de la tele, yo estuve en casa del alcalde porque me parecía un sitio digno, un refugio contra los

comunistas, pero Nicolás Redondo tiene que pagar esto muy caro, es cosa que no se le hace a un gobierno socialista, cuándo se ha visto, el sindicato contra el partido, mucha ambición es lo que tiene el Nicolás de los cojones.

Todo esto ya lo había hablado yo con el Bostar, como queda dicho, de modo que sólo tenía que repetirle a la Susan las razones de Bustarviejo, pero la Susan es que no se da a razones, lo ve como una cosa personal contra Felipe, es una socialista sin principios y no sabe que las huelgas son naturales en una democracia, y que el sindicato no tiene por qué ser la correa transmisora del partido, un truco para mantener sujetos a los trabajadores, algo le dije a la Susan, lo que pude, pues tú serás muy proletaria pero estás trabajando para un fascista en una empresa que fue del franquismo, del Ini o así, nada menos, mira lo proletaria que eres tú, que ni siquiera quieres prole, o sea niños, comprendo que me pasé, pero la Susan tiró el mando a distancia contra la pared, que casi lo escoña, y se fue a la cama pegando chillidos, esta noche duermo aquí en el sofá, me dije digo, no me queda otra, y así fue, cada vez me iba quedando más noches en el sofá, a veces con la tele puesta, bajito, que es un runrún que te deja frito, y venga de hacer seda, qué tranquilos viven los solteros con una tele para ellos solos, y una cama, que meten dentro a la primera que llega, según me dice Vivero, que es un maduro soltero, que el buey suelto bien se lame, un oficial del banco, me refiero.

Lo cual que otra noche, que estábamos la Susan y yo viendo en la tele una de niños redichos, de esas que hacen los americanos, bajé un poco el sonido, que el mando a distancia lo había dejado la Susan descarallado, pero tiraba, y le saqué el tema de la familia, o sea, la descendencia, o sea, los niños, o sea, los hijos, por la peli que estábamos viendo, mayormente, y la Susan que vaya una fijación que te ha entrado con la familia, yo todavía soy joven, quiero vivir la vida, no estropear ya mi cuerpo, tu cuerpo a mí me gusta así y me va a gustar siempre, le dije, y se quedó callada, haciéndose la sorda, mirando la peli, yo pensaba que nuestro matrimonio iba a pique y que la única salvación era un hijo, pero la Susan andaba muy volada con su trabajo, todo el día en Madrid, más el mosqueo que yo me tenía con su jefe, el señor Garay, de modo que volví a poner la voz alta de la peli, aunque oíamos perfectamente las chorradas que decían, papá, la ley está de tu parte, los niños americanos son unos redichos, ya digo, pero a mí se me había metido en la cabeza un niño, que siempre es un lazo, y por la compañía, joder, que la *Caperucita* es muy mona, pero un gato no tiene tanta conversación como un niño, dónde va a parar, bueno, un niño, al principio tampoco, y la Susan que si quieres arroz, Catalina, es que las mujeres ahora ya no tienen instinto maternal, con la píldora y todo eso se ha acabado el instinto maternal, le tengo que preguntar al Bustar a ver, pero desde luego éstas no son como nuestras madres, lo que sí voy a hacer, dijo la Susan cuando nos íbamos a la cama, es buscarte una chica panameña o así, ahora vienen muchas a servir, ya sabes, y yo ando muy atropellada con la oficina, que cada día tengo más responsabilidades, una chica que limpie y friegue y te haga la comida, que no te vas a estar alimentando siempre de fabada de bote, cobran barato esas chicas y parece que son mejores que las españolas, bueno, españolas no se encuentran, que todas se han vuelto señoritas y prefieren una fábrica, a ver, esta casa necesita una limpieza general para que el Bustar no diga que el armario de mi padre que en gloria esté huele a Cánovas del Castillo, ni que hubiera estado meando dentro Cánovas del Castillo, olvídate de la descendencia por el momento, que somos muy jóvenes, y además tenemos que estar disponibles para el partido, siempre hay campañas, elecciones y reuniones, cosas, yo voy a muchas reuniones en Madrid, ya se nota por lo tarde que vienes, dije digo, y ella como si no me oyese, lo cual que un sábado se me presenta la Susan con una panameña, digo yo que sería panameña, aquí Cruz, que es panameña, aquí mi marido, bueno, sin cumplidos, ésta es la casa que tienes que limpiar y a éste le haces la comida, ¿sabes guisar?, en la agencia me han dicho que sabías guisar, la panameña era una doncellona, qué pedazo de hembra la julai, se la veía segura y enterada, y qué hago yo con este pedazo de tía en casa, me dejaron solo en el salón, sin reaccionar, y la Susan le estuvo enseñando a Cruz el resto de la casa y lo que tenía que hacer.

Tras los primeros días de empanada mental, empecé a entender la situación, o a querer entenderla. La Susan se levantaba temprano para ir a Madrid y no volvía hasta muy tarde, más tarde ahora que había otra persona en la casa para cualquier necesidad. Cruz la panameña ocupaba el cuarto de servicio, con su ducha y su espejo, y madrugaba para hacerme el desayuno antes de que yo me fuese al banco, que iba siempre dando un paseo, eso es muy sano, en cualquier época del año, medio dormido y con hambre, me tomaba el café y lo que veía en torno eran unos brazos desnudos, de mujer joven y fuerte, ese tipo de brazos femeninos que tienen un poco de bíceps y que a mí me gustan mucho porque el músculo de la mujer siempre es más alargado, más fino que el del hombre, y el bíceps hacía juego con el hombro de Cruz la panameña, unos hombros fuertes pero también alargados, esbeltos y del mismo color dorado que toda la piel de la chica o mujer o señora o lo que fuese, y a veces aquellos brazos me pasaban muy cerca, trayendo un plato o quitando una taza, y yo pillaba el olor de Cruz la panameña, un olor a madrugada, fresco, se conoce que ella había salido temprano a la terraza a colgar algo, o sólo a respirar, y se había traído todo el

perfume del día que empezaba, hasta me estoy poniendo poeta al recordar a aquella mujer que no era precisamente una santa ni una musa de esas que diría Bustarviejo, todo lo contrario, que a la larga nos salió un poco bruja, pero ya lo contaré a su tiempo y dolores de cabeza sí que me dio, y hasta llegué a pensar que la Susan me la había metido en casa a ver si nos liábamos, para romper el matrimonio y largarse ella con su jefe, el señor Garay, que era un separado con mucha pasta, las cosas que se llegan a pensar dentro de un matrimonio, hasta crímenes matrimoniales salen por la tele.

Cruz la panameña era alta y plantada, no te vayas a creer, con el pelo muy cerrado, que le salía de las sienes, y parecía hasta guapa, mayormente de perfil, pero tenía una risa un poco salvaje, por donde se veía que era de la selva, digo yo, aunque vete a saber si en Panamá, capital Panamá, tenían selva, y un tetamen grande y un culo para forrar pelotas y unas piernas también musculosas, como los brazos, pero de músculo fino, ya digo, toda una hembraza, o sea, lo cual que uno ha sido siempre tímido para las mujeres, que no sé ni cómo me ligué a la Susan, gustarme me gustan como al que más, pero un socialista no debe andar por ahí pendeando, hay que dar ejemplo que estamos en el poder.

Cuando yo volvía del banco, a primera hora de la tarde, Cruz ya había hecho la casa y la cena y había dormido la siesta, ya ve el señor que una se comporta y si a vos se le ofrece algo, nomás, pídamelo ahora, que luego ahorita viene mi fin de jornada, las ocho horas, y ya no puedo servirle ni un vaso de agua, que me lo prohíbe el sindicato, señor, vos sabés, aquí le explican a una sus derechos, no es como allá en mi patria, ya vos ves, señor.

De modo que Cruz la panameña me obligaba a cenar más temprano, cuando todavía no tenía hambre, porque me daba corte devolverle la bandeja, me lo traía en bandeja, llena de cosas, para que lo tirase a la basura, como hizo la primera vez, yo no puedo servir más tarde ni un vaso de agua, señor, ya se lo dije al señor, es tiempísimo de cenar, el sindicato, o sea, Comisiones, me prohíbe atender a vos cumplida mi jornada, son mis derechos, lo dijo Marx, ahorita mismo a la basura o se lo doy a los perros de la comadre, hasta que, hartos de cenar sin hambre, le dije digo, mire usted, Cruz, a mí no me haga la cena ni la comida ni nada, yo me lo haré todo, como siempre, y usted disfrute sus derechos mientras yo me como mi fabada de bote cuando me dé la gana, como antes, nada mejor que solo, que el buey suelto bien se lame, como dice Vivero, uno del banco, soltero él, joder con los sindicatos, yo soy de la UGT y entiendo que las protejan a ustedes, pero que no me jodan a mí, a un trabajador como yo, hasta que un día me acerque yo a hablar con los compañeros del sindicato y verá usted cómo se arregla esto, me calenté la fabada de bote y después de comer o cenar o lo que coños fuese aquello, estuve fregando los platos, ya en plan recochineo, mientras Cruz la panameña veía la televisión, disfrutando sus horas libres, sentada en el sofá, en el sitio de la Susan, el día que la coja la Susan ahí sentada a ésta la arrastra del moño, o sea, que veíamos la tele juntos, sin hablar, y yo no me atrevía a cambiar de canal porque ella andaba con el culebrón.

¿Y por qué en vez de estar aquí con esta marxista de mierda no me voy yo a la sede a buscar al Bustar y a tomarnos unos vasos, como toda la vida?, y entonces comprendí que dos tetas tiran más que dos carretas y que, cabreado y todo, prefería quedarme cerca de ella, sintiendo su cuerpo no sé cómo, imaginándomelo, mejor que volver al rollo político de Bustarviejo.

Un sábado por la tarde cayeron por el pueblo Fernando Morán y otras figuras del partido, que andaban de campaña, una campaña de segundo orden, fuimos a oírles todos los de la sede, claro, que hablaban en el Parque Deportivo, yo iba con Bustarviejo y la Susan, que no era muy de Morán, estos políticos viejos no nos llevan a ninguna parte, el socialismo es cosa de jóvenes, y lo decía mayormente para que lo cogiese el Bustar, pero el Bustar ya la había conocido a la Susan y pasaba de ella con una sonrisa dulce que se le perdía entre la barba, el socialismo, con cien años, cosa de jóvenes, Bustarviejo, cuando llegamos dando un paseo, se acercó a saludar a Morán y luego nos presentó, aquí Asís, un compañero, y aquí su señora, Morán trataba al Bustar con verdadero afecto y se fumaron una pipa mientras aquello empezaba, la Susan y yo nos sentamos en dos sillas de tijera, cerca de la tribuna, y ella quería ponerse indiferente y que se la notase, pero yo le dije digo, mira, Susan, un partido con más de cien años no puedes decir que es sólo cosa de jóvenes, o sea, cosa nuestra, estos viejos ya hicieron su trabajo, desde la guerra, y ya ves que siguen en la brecha, son un ejemplo a seguir, hablas como un gobernador civil, Asís, me suelta la Susan, que no se da a razones, pero el graderío estaba a tope, muchos globos, mucho gentío y mucha chiquillería haciendo malabares por la viguería de aluminio, aquí se respira socialismo, dije, con una frase que le había oído al Bustar, y todos comíamos palomitas y bebíamos pepsi, o sea, en plan americano, en algo se tiene que notar que Calvo Sotelo nos metió en la OTAN, aunque por la puerta de servicio, esto va en cachondeo, claro, lo cual que empezó el rollamen, una presentadora muy mona que más parecía del PP, salvo lo bravita que era hablando, y luego las mujeres socialistas, que hay que ver cómo se saben la lección, están muy placeadas, y yo notaba por el rabillo que a la Susan esto le entraba, que tenía como envidia sana de aquellas camaradas, unas jóvenes y otras entradas, que, sin renunciar a nada, estaban haciendo socialismo de verdad de la verité por los barrios y pueblos de Madrid y así todo el año, al final subió a la tribuna Morán, con la melena gris y despeinada, con los bolsos abolsados y los pantalones un poco flojos, movía muy bien la mano derecha, accionaba con calma y sabiendo lo que se hacía, y de repente se ponía cabreado y las masas rugían de entusiasmo, era emocionante, oyes, ver al vecindario, los de la tele y el mus, aplaudiendo a un señor abogado o lo que sea Morán, catedrático o escritor, enterándose de lo que decía tan bien dicho el socialista intelectual, que había tenido el detalle de sentar a Bustarviejo en la tribuna, con los otros mandas, yo esperaba que Bustarviejo hablase, tenía muchas cosas que decir, pero a hablar no le invitaron y él se limpiaba las gafas con un papel como si fuera a leer algo de un momento a otro, la Susan tenía una lágrima en el lagrimal, la Susan es una sentimental.

Terminado el acto, nos quedamos allí unos cuantos, con los de Madrid, y bastante público, y pasaron unos canapés, queso y vino mayormente, algo de jamón, y Morán y el Bustar volvieron a hablar, ponían cara de circunstancias y seguramente Morán tampoco estaba de acuerdo con lo que estaba pasando, lo que algunos periódicos llamaban la corrupción en el partido, o la despedida de Alfonso Guerra, que luego hablaríamos el Bustar y yo de eso, cuando la Susan se fue a casa a hacerse sus depilaciones de los sábados, que antes de que se fuera le dije yo, digo, parece que el viejo te ha emocionado y que las chicas le quieren, y decía la Susan a mí me ha gustado ver a esas mujeres luchando por sus derechos, que son los míos y los de todas las españolas, mayormente las casadas, que los maridos nos tenéis hechas unas esclavas, tú no puedes quejarte, Susan, anda, anda, que ya te veo metiendo mano a la panameña mientras yo en Madrid trabajo como una desgraciada, cualquier día dejo el trabajo y el hogar y me dedico al partido, como ésas, que no hay más verdad que la política, harta me tenéis a mí los maridos y los jefes, anda con el Bustar a llenarte de vinazo y no vuelvas tarde, los sábados la Susan estaba como más tratable, todo el fin de semana, conste que lo digo por decir algo, pero qué tendrá el partido que se le mete

a uno dentro y ya no puedes vivir sin él, si no fuera por el partido yo sería un desgraciado solitario, un perro, hace más compañía el partido que la Susan y la Cruz y todas.

Ya en el bar, a Bustarviejo le vi preocupado por lo de Guerra, que acababa de cesar o ser despedido o algo:

—Mira, Asís, estamos asistiendo a una constante de la historia. Olivares prescinde de Quevedo cuando se le antoja. Y, por venir más cerca, Alfonso XIII prescinde de Primo de Rivera cuando ya le resulta incómodo. El caso de Carlos V, agachándose a recoger el pincel caído de Tiziano ya viejo, es un caso que hace excepción. Franco prescinde de Serrano Súñer cuando le molesta y así sucesivamente. Felipe ha prescindido de Alfonso Guerra, no por lo del hermano, que cosas más graves se han visto y se verán atenuadas por la mano de Felipe. A Alfonso se le despide porque la criatura siempre se vuelve contra su creador, y Felipe es creación de Guerra, quien le lleva al teatro, en Sevilla, y luego le hace comprender que su manifiesto porvenir político, indeciso a esa edad, está en el PSOE. Quizá sin Alfonso, Felipe hubiera caído en otras tentaciones, como el comunismo de Carrillo, que era la más fuerte por entonces. Pero Guerra es ya otro Felipe, el revés del jefe, y un jefe, llegando donde ha llegado, no puede tener un doble, porque los dobles traicionan, como los «negros» en literatura. Pero Guerra se lleva consigo toda una corriente, eso que ya llamamos el guerrismo, y en la que pudiéramos situar, por arriba, a Fernando Morán, con quien acabamos de departir esta tarde. A mí me parece, Asís, que estos cismas dentro del partido y del Gobierno, aunque sean pequeños, comienzan a erosionar la totalidad que somos o que éramos, y algún día hemos de pagar todos lo que se ha hecho con Guerra, el primero, Felipe, que tenía en su amigo un elemento electoralista de gran eficacia, quien ganaba las elecciones era Guerra y quien triunfaba era Felipe, que son cosas distintas, ahora veremos a ver lo que pasa, y no te explico todo esto porque no seas tú avizor y no las veas venir, sino porque la historia del PSOE renovado está por escribir y yo, como ya soy viejo para hacerlo, te la cuento a ti y a quien puedo, por echar a volar la verdad.

El Bustar bebía esa tarde whisky con leche, por la acidez de estómago, y yo también lo probé y estaba bueno, aunque lo nuestro era el vino negro, el vino de las tabernas, como había leído yo en las poesías de Machado que me regalara mi amigo, cuánto se ha escrito y qué bueno todo, me decía yo, y luego pensaba en la oratoria del Bustar, o sea, los párrafos, qué mal destino le han dado a este sabio sus compañeros, me dije digo, y el Bustar se soltó entonces una frase que no entendí, pero que sonaba bien:

—Somos como el Lazarillo y su ciego, Asís. Yo ciego por lo miope y tú mi lazarillo y Lázaro mismo por lo callado y avisado, ya me entiendes.

La verdad es que no pillé nada, pero me gustó.

Una tarde estaba Cruz la panameña en la cocina, haciéndose un café, y yo entré para hacerme otro, y ella, deje, deje, váyase a la tele que yo se lo sirvo, déjate de finuras, Cruz, que estás fuera de tus horas, y la estaba tuteando sin darme cuenta, pues claro que estoy fuera, pero tengo yo el gusto de hacerle a vos un cafetito nomás, porque no se pierda los anuncios de la tele, y cogió otra taza para servirme a mí también, o sea, que estuvimos forcejeando un poco y lo que más me gustaba era sujetarla por sus brazos dorados, tocar sus bíceps alargados y suaves, aquello era ya un toqueteo donde ella se hacía la estrecha, tuve miedo de repente, pues me tomo el café aquí contigo, Cruz, ¿sabes que eres muy guapa?, esas cosas que nos salen de pronto a los tímidos, de modo y manera que estuvimos los dos de pie en la cocina, un poco sosos, yo más que ella, mirándonos a los ojos y degustando el café, cuando sonó la puerta de la calle y zas, la Susan, en la ventana de la cocina había caído mucho la luz, estábamos casi a oscuras, la Susan se asomó y no dijo nada, siguió por el pasillo, pero en la escalera se le notaba el cabreo por los tacones, váyase a su sitio, mi señor, dijo Cruz la panameña, siéntese en la tele que nada pasa, la cogí un codo, suave y picudo, se lo solté y me fui a la tele, esperando el chaparrón, la Susan bajó ya en zapatillas, cambió de canal y no dijo nada, Cruz asomó a dar las buenas noches, los sábados y los domingos los pasaba en Madrid, noche incluida, que tengan buena fiesta ustedes dos, la Susan no contestó, se oyó la puerta de la calle y los tacones lentos de Cruz la panameña en la escalera, parecía como si esa noche le costase irse, como si temiera no volver, luego la Susan, bajando un poco más el sonido, va y dice sin mirarme, en plan escopetazo, a ver si vamos a tener un problema con esa panameña, por tu gilipollez, guarro, salido, mejor deja de acosar sexualmente al servicio o me voy para siempre, puedes tener un disgusto muy gordo, tú me la has metido en casa, Susan, sí, pero no para que te la tires, imbécil, ¿qué hacíais los dos en la cocina, a oscuras, qué coños hacías tú en la cocina?, si te denuncian por acoso sexual o algo peor, conmigo no cuentas, y los anuncios de postres y detergentes no paraban, eran un mareo que la Susan aceleraba con su zaping, ya se sabe que todas las cadenas ponen los mismos anuncios a la misma hora, me quedé callado y parpadeando con tanta lucecita, todavía tenía en el cuerpo el calentón que me había pegado con Cruz la panameña, que yo creo que la Susan hasta me notó la erección, estaba como perturbado por aquel cuerpo que olía de otra forma, con un olor que no era español, pero la Susan tenía razón, me estaba buscando un lío total por nada, claro que así empiezan las cosas, me dije, pero la Susan no me quiere, lo que pasa es que todas las mujeres son celosas y a la Susan la come el amor propio, esto de Cruz tengo que consultarlo con Bustarviejo, yo a la panameña tampoco la veo clara, juega conmigo, y a la Susan, que se pasa el día en Madrid, podría decirle tantas cosas que más vale dejarlo, de pronto me puse de pie y me fui a lavarme los dientes y a la cama, apagué la luz en vez de leer un rato a Galdós o a Machado, otro milagro de la primavera, qué bonito ¿sería lo mío con la panameña otro milagro de la primavera?, cuando se acostó Susan, encendiendo la luz, me hice el dormido, muy doblado en el sobre, al borde de la cama, no sea que fuéramos a tener un conato y la Susan me soltase una voz, o sea, que me decía los versos de Machado de memoria, callado, hasta coger el sueño, otro milagro de la primavera.

Dicen en el banco que yo estoy como «desincentivado», hay que joderse qué palabros se sacan ahora para explicar las cosas, pero la verdad es que uno no se halla, yo hago mi trabajo como el primero, cumplo como un templo, dentro de un orden, que se pasaron aquellos tiempos de las horas extra y sin cobrar, sólo por hacer méritos para el expediente y que el día de mañana te manden de director a una sucursal de barrio, y ahí es cuando te la pegas con un crédito rutinario a un industrial que de pronto se larga a América con una moza y te deja en bolas, con el crédito colgando, Madrid te rebaja a oficial primero y se acabó tu carrera para siempre, a hacer el asentamiento de letras todos los días, un hombre acabado, pero sin edad ni huevos, ya, para dejar el banco.

El otro día me lo dijo dice el interventor, don Luis, uno jovencito él, que parece un catedrático de algo y nos habla a todos con mucha educación, no hay color con don José, el de Madrid, que la tenía tomada conmigo, o sea, una fijación, y me había perdido el respeto, don Luis es otra cosa y el otro día me lo dijo dice, oiga usted, Asís, aquí entre usted y yo, me parece que le encuentro a usted desincentivado de su trabajo, ¿hay queja con mi trabajo?, no, por Dios, estamos encantados con usted, pero usted es joven, Asís, cualquier día tendrá familia y no se le ve ilusión por la sucursal, ¿quiere que probemos a cambiarle de negociado?, me parece que no vale la pena, don Luis, lo que pasa es que la política... ya me lo temía yo, no me diga más, Asís, se meten ustedes en política, que cada uno es muy libre, y la política no trae más que disgustos, ya ve usted ahora el cese de Alfonso Guerra, mucho mejor esto de la banca, que también es una vocación y una seguridad y aquí todos vamos haciendo camino y sólo se estanca el que quiere estancarse, ¿y la familia, o sea su señora?, perdone la pregunta ¿pero tiene usted problemas con su señora?, son ustedes jóvenes y ella parece simpática, pero también socialista, claro, qué quiere que le diga, Asís, la política estropea incluso los matrimonios, este socialismo no sé cuánto durará, durará lo que ustedes quieran, o sea, los bancos, don Luis, le dije digo, que Felipe González ha sacado dinero a Escámez y a los demás, para qué vamos a engañarnos, mi partido es muy caro, la banca se ha comprado una democracia y esto es lo que a mí y a otros camaradas nos tiene zumbados, no entendemos nada, pero no debe usted permitir, Asís, que los asuntos políticos influyan en su rendimiento, ¿es malo mi rendimiento, don Luis?, ya le he dicho que no es malo, pero esa falta de ambición, lo cual que nos confesamos como en misa y a la Susan luego no le dije nada, pues sólo faltaba eso, lo que quiere ella es gallinero, la puta de la Cruz, que te tiene como si te chupasen brujas, voy a tener que despedirla, como si la estuviese oyendo a la Susan, pero ni la Cruz la panameña es una puta, me parece a mí, ni me preocupa tanto, me preocupa más la Susan, ella misma, que se ve que ha perdido la ilusión por el matrimonio y por la casa, está como ida, de modo y manera que no le queda a uno más refugio que las juntas en la sede, cosa municipal, y los vasos con Bustarviejo, que habla como un libro abierto.

El referéndum de la OTAN era una cosa que se veía venir, Felipe había prometido consultar con el pueblo y Felipe es un hombre que cumple, pero mira tú que desde el principio se notaba que el Gobierno estaba por el sí, o sea, la entrada total, militar y toda la hostia, o sea, que le iban a arrancar el sí al pueblo sea como fuese, unos intelectuales se pronunciaron en contra y otros a favor, aquí en este país parece que la verdad la dicen siempre los intelectuales, o sea, cuando hay democracia, como antes la tenían los curas, cuando había dictadura, y empezaron las movidas de los actores y los comunistas, mayormente, que fui yo a mirar a ver, la Susan ni hablar, a ti no se te ha perdido nada ahí, tú a votar lo que sabemos que quiere Felipe, y si no mira por la televisión, pero, Susan, mujer, le dije digo, si nosotros, tú y yo, hemos pegado carteles contra la OTAN y ahora me sales con ésas, nosotros pegamos los carteles que diga el jefe, pero el jefe no ha dicho nada, tía, pues conmigo no cuentes, a ver si ahora te vas a hacer tú comunista de Anguita, que son cuatro gatos, pero tienen con ellos a la intelectualidad, le dije digo, ¿es que tú eres de la intelectualidad, Asís, hijo?, lo cual que no se daba a razones y estuve yo en la Puerta del Sol pegando carteles, con Imanol Arias y todos ésos, si me viera la Susan, alternando con los intelectuales.

Una noche vinieron los maderos con las lecheras, la verdad es que de cerca acojonaban, pero se limitaron a mirar y los que provocábamos éramos nosotros, otra noche estuve en el hotel Victoria, que es un hotel de toreros, y allí estaba todo el mundo, empezando por Ana Belén, muy sencillita y muy mona, se ponen así para ir a las movidas comunistas, luego en las pelis y las galas es otra cosa, hablaron oradores muy tranquilos y muy sabios, con facilidad de micrófono, lo cual que te dejaban convencido, lo que yo tenía miedo es que se nos llevasen los maderos y saliera mi nombre entre los comunistas y los intelectuales, que un socialista de base no tiene que ser comunista ni intelectual, y si no mira Bustarviejo, toda la vida de intelectual y de marxista, y así le ha ido en el partido, a ver, de modo y manera que dejé de ir a las movidas de la anticampaña, o lo que fuese aquello, y una noche se lo conté al Bustar y me dijo dice, tienen toda la razón, Felipe ha prevaricado, pero aquí no tienen que pagar justos por pecadores, tú no te metas que es peor, me hizo gracia, por una vez el Bustar y la Susan me decían casi lo mismo, o sea, que algo de razón sí debían de tener, fue una campaña muy bonita, pero salió lo que tenía que salir, a ver, que ahora votábamos que OTAN sí, y Felipe dijo que acataba la voluntad del pueblo, hay que joderse y agarrarse para no caerse, ya estábamos de patitas en la OTAN, esto no es lo que habían votado los diez millones en el 82, me dije digo, pero tú eres socialista, Asís, me dije digo, y si no eres sociata qué coños eres, en el banco nada, con la Susan nada, en la vida nada, ser socialista de base ya es ser algo, a los socialistas nos acompaña la historia, me había dicho una vez el Bustar, y me gustó la frase, o sea, que se me quedó, de socialista sigo, porque nos acompaña la historia, pero cualquier día viene una guerra de esas que hace la OTAN, en plan Imperio americano, tipo campaña por la libertad, y entonces a ver qué haces, qué cara pones, envidia tenía yo de la Susan y de todos los que andaban tan seguros, que era la mayoría, Felipe y cierra España, sin dudar un momento del jefe, sin querer saber nada, eso descansa mucho el tarro y es lo más práctico, porque si no acabas como el Bustar, solitario, marginado, sin amigos y sin mujeres, pero es que uno no acaba nunca de darle vueltas a las cosas, era emocionante haber vivido la campaña de los comunistas y los intelectuales contra los Estados Unidos, ahí sí que vi yo una izquierda nacional, unida, total, con una causa clara, lo demás eran apaños del PSOE con la pasta alemana y los misiles americanos, eso era faltarle el respeto a la historia, y luego el peligro de una guerra, que España es un punto estratégico, ya lo decía Franco, y Franco era militar, un día se lo dije a la Susan y le entró la risa nerviosa ¿es que ahora te nos vas a hacer franquista, Asís?, le zumba el bolo la cosa, porque eso no te lo ha dicho Bustarviejo ni sale por la televisión, la Cruz la panameña te está comiendo el coco, aquí voy a tener que poner yo orden,

que la tía no me gusta un pelo, aunque a ti te tenga cachondo, estos latinochés nunca se sabe, hay que joderse.

Ninguno de los socialistas de la República, me había dicho Bustarviejo, era tan gran político como Felipe González, ni Largo Caballero ni nadie, y en cuanto a Prieto, dice que tenía una ignorancia total sobre el marxismo, que no le interesó nunca, y eso mismo, ya ves, le pasa a Felipe, lo que ha sido un factor favorable en su carrera, hay que joderse, porque ni los alemanes ni los socialdemócratas ni los yanquis han visto nunca una amenaza comunista en él, sino todo lo contrario, o sea, lo cual que todo esto, unido a las cualidades de nuestro líder, explica que pueda hacer filigranas como lo de este referéndum, y encima le salen bien, manda huevos, hasta Adolfo Suárez pensaba en Felipe como su sucesor, España había entendido que la salvación era el PSOE, pues nadie quería comunismo, ya ves, después de una guerra que se hizo con tanta ayuda comunista y rusa, pero se perdió, a ver qué vida, las clases medias españolas, dice Bustarviejo, son socialistas moderadas, y eso es lo que les ofrecía el PSOE mucho antes del 82, de modo y manera que Carrillo, Pasionaria y todos los grandes de la cosa se quedaron de un aire cuando las elecciones del 82, diez millones de votos, qué fuerte, yo estaba entre esos diez millones, a ver qué vida, y seguiré estando, aunque ahora seamos menos, pero Felipe está también en la decadencia de ese caudillismo, que es como llama el Bustar al felipismo, porque ha habido cosas muy fuertes en la corrupción y en el GAL, pero de todo hablaremos a su tiempo, mayormente ahora que el voto está bajando, Felipe no quiere reforzarse con Anguita, ya en los setenta la consigna recibida era acabar con el pecé, nada de una Cuba en Europa, y González sigue en lo mismo y por eso Anguita no tiene nada que hacer, y los que vienen detrás tampoco, Felipe es un europeísta tal como lo entienden en Europa, o sea, liberal, anticomunista y financiero, lo que pasa es que esta Europa de ricos que nos preparan es la de siempre, con Alemania en cabeza, mientras en la Alemania del Este, que iba a liberarse con la caída del Muro, comen las sobras de los grandes hoteles, y ya no tienen el refuerzo de Moscú ni la ayuda de Estados Unidos, que sólo quería abrir allí un nuevo mercado a la Coca-Cola, el papa polaco le regaló su país a los Estados Unidos, que lo han puteado bien, y así todo lo demás, con la vuelta de los nacionalismos, como me recuerda el Bustar, y las chicas del Este que están trayendo a los países de la Unión Europea, las engañan con un contrato de trabajo y luego las meten en la prostitución y les quitan el pasaporte, las explotan, eso es lo que ha conseguido el papa con la caída del Muro, el PSOE tuvo unos años, todavía en la ilegalidad, yo me recuerdo, que ya iba de partido ganador, aquello era un secreto a voces, a Suárez le hundieron el barco y a Carrillo también, tenían al mundo con ellos, pero estamos, ya digo, en el caudillismo, y he apuntado yo todo esto a ver si me aclaro, que hasta pensé dejar el partido, con las últimas cosas que están pasando, pero me dice el Bustarviejo no hagas tal, que lo único que le queda a un hombre en esta vida, al final, es el partido, si eres un hombre de ideas y decoro, los líderes pasan y el partido queda, eso es hablar como un dios.

Bustarviejo no anda bien de los bronquios y se ha quedado unos días en la cama, que he ido yo a verle, o sea que me he pasado, y allí está, sin dejar de fumar su pipa, que dice que eso le calma la tos, sentado en la cama y con la colcha llena de libros, hasta le he hecho algunos recados, como irle al estanco a por tabaco, y eso que no debiera, porque no le sienta, diga él lo que diga, pero quien le atiende es una vecina, por un jornal, claro, aunque parece que hace unos años tuvieron algo amoroso, viuda ella, pero con los años se pasan las ganas y cambias el amor por unos duros, me he dado cuenta de que la visita diaria cansa a un enfermo, de modo que me quedo en casa viendo la tele, que Cruz la panameña me trae la cena en una bandejita y me la pone encima de las rodillas, y luego ella se sienta frente a la pantalla, en el sitio de la Susan, es muy apañadita esta sudaca, me digo yo, y sus comidas saben distinto, como mejicanas o así, picante, y eso me gusta, lo que no me gusta es que se siente en el sillón de la Susan, pero tampoco me atrevo mayormente a decirle nada, uno es un socialista y ella es comunista, jódete, anda, el día que llegue la Susan más temprano y la coja en ese sitio se va a armar la de Dios es Cristo, un cirio total, porque encima la gata, *Caperucita*, ha cogido la manía de subirse al regazo de la panameña, y ahí se queda viendo la televisión como una persona o durmiendo, que la panameña tiene un regazo ancho, redondo, hermoso, como para que duerman siete gatos, yo estoy de perfil, claro, pero le echo algunos reojitos a los brazos, las piernas y el regazo de Cruz, que cada día está más buena yo creo que ha engordado un poco, a ver, se pasa el día en la cocina haciéndome comiditas, yo también he engordado, la otra noche era ya tarde, cerca de las once, y la Susan no había vuelto de Madrid y Cruz no se iba a la cama, que estaban echando *Show Girls*, con el morbazo que tiene eso, tías y tíos en bolas, de modo que el que se fue a la cama fui yo, que estaba viendo entrar a la Susan de un momento a otro y no le gusta a uno recibir hostias por todas partes.

Di las buenas noches, subí a acostarme, apagué la luz y me hice el dormido en la cama, pero estaba bien despierto y, dicho y hecho, a poco que la llave de la Susan en la cerradura, los tacones y los gritos, cogí algunas cosas, que tengo buen oído, mayormente de la Susan, que Cruz la panameña habla bajito o no habla, «mañana mismo a la calle», «no respetan ustedes nada», «yo no la pago para ver la televisión», «ay el huevón de mi marido?», «nos debe usted un respeto», «de modo que sus derechos y su jornada de ocho horas», «yo me fui a Madrid a trabajar a las siete de la mañana y termino ahora» (anda, que no tiene semblante la Susan, me dije digo), «lo que a usted le digan en el sindicato me lo paso yo por el coño», «soy más socialista que usted y además sé lo que me hago», y en este plan.

Me pareció entender, o sea, que la Susan le pagaba a Cruz toda la mensualidad más media paga extra para que esa misma noche hiciese sus maletas y por la mañana se fuera para siempre, «a Madrid o a tomar por el culo, que yo soy una señora».

Juraría que yo estaba ya dormido de verdad cuando la Susan subió a acostarse, lo cual que a la mañana siguiente la Susan se fue muy temprano con el coche, como todos los días, y yo en seguida llamé al banco, o sea, la sucursal, y pregunté por don Luis, el interventor, y le dije que tenía mis faringitis de siempre, fiebre, tos, sudoración, y que tenía que ir al Seguro, que me retrasaría un poco en llegar al banco, luego bajé la escalera y me fui a la cocina a desayunar y Cruz la panameña estaba en su cuarto recogiendo las cosas, vestidos de colibríes que no se ven en España, cosas que recortaba de las revistas, libros con billetes dentro, dólares y pesetas, flores secas, medallas de su país, zapatillas de su país y zapatos españoles de la calle Fuencarral o así, que la hacían más alta y muy mujer, atadijos raros, cartas, y entonces me di cuenta por primera vez de que la cocina, desde que estaba Cruz, olía de otra manera, como a la Pampa o yo qué sé, y yo qué rayos sé cómo huele la Pampa, ¿en Panamá hay Pampa?, y sobre todo a guiso mejicano, ya digo, a una cosa picante y dulce que me gustaba mucho, la panameña nos dejaba su olor y se iba, no nos estamos portando

como socialistas, me dije digo, y si se enteran en el sindicato nos va a arder el pelo, que me lo había dicho Bustarviejo, a todos éstos los asesoran los abogados laboristas de Comisiones y de UGT, y los utilizan, claro, como arma contra los burgueses españoles, les hacen saber sus derechos, les meten en la cabeza un marxismo rudimentario y les aconsejan siempre pedir más cosas, siempre más dinero, más horas libres, más días libres, más seguridad, más papeles, y además a mí me parece que hacen bien, decía Bustarviejo, es una manera de calcar a esta burguesía española que, socialista o no, se está durmiendo en los laureles, no podemos explotar a nuestros hermanos de lengua ni a nadie, no podemos hacer racismo con los inmigrantes, ahora es cuando el socialismo y el comunismo tienen que demostrar lo que son.

Cuando Cruz volvió de su cuarto, ya arreglada, después de haberme puesto el desayuno donde yo lo tomaba todos los días, le pregunté, por decir algo, que si ella no desayunaba, pero movió la cabeza diciendo que no, estaba seria y guapa y yo no sabía si a mí también me hacía culpable o qué, le voy a ayudar a llevar las maletas a la estación, Cruz, permítame que coja la maleta grande y usted lleva esas bolsas, pero Cruz no movía la cara ni me miraba, se fue al salón a pasar un poco el polvo y yo estuve en la cocina dando de comer a *Caperucita*, que por las mañanas le gusta el *friskis* o un poco de pescado crudo, *Caperucita* también le había cogido cariño al regazo de Cruz y se le estuvo haciendo ochos entre las piernas, como si adivinase que la panameña se iba, se nos iba.

Camino de la estación le pregunté lo de costumbre, que si tenía dónde recogerse en Madrid, que si sabía lo que iba a hacer después, que si encontraría otra casa para trabajar, y ella movía la cabeza sin hablar, decía que sí a todo, su maleta de cuadros no me pesaba, y ya en la estación, con el tren a punto de salir, le dije digo, perdóneme, Cruz, soy el hombre de la casa y no he sabido resolver la situación, Cruz levantó los ojos, que eran grandes y rubios, y me dijo con tristeza usted es bueno, señor, no se preocupe el señor, yo no tenía que haber venido a España, señor, y me dio una foto suya, tamaño sello, arrancada de algún pasaporte, donde casi no parecía ella y tenía los agujeros de las grapas en la cara, se subió al tren y levanté una mano para despedirla, pero no asomaba por ningún sitio, se fue el tren y me quedé mirando a la de la foto, una desconocida, como si dijéramos.

Según la señora María, Bustarviejo se hallaba mejor y había dejado la pipa por orden del médico, de modo que una tarde me pasé y allí estaba el Bustar, sentado en la cama, con libros y periódicos, tenía mejor aspecto, otro carácter, y yo, sentado al lado de la cama le conté cómo iban las cosas, que la Susan había despedido a la panameña, o sea, una puerta total, quizá así era mejor, porque yo ya me iba encaprichando demasiado, la señora María, entre los cincuenta y los sesenta, era una viuda guapa, con la melena corta y ondulada a la antigua, como las del cine mudo, la moda de sus tiempos, se conoce, el Bustar y ella ya no tenían amores, pero se veía que le cuidaba y atendía con esa cosa que ponen las mujeres cuando quieren, nos trajo unos comistrajos de jamón y un vino viejo como de convento, y luego nos dejó solos, que vivía al lado, ya se ha dicho, el Bustar hablaba con la pipa apagada entre las manos:

—Efectivamente, Asís, lo de la panameña era una tentación, pero tú estás todavía en la edad de las tentaciones, comprendo que la echas de menos, pero ha sido un revulsivo para la Susan, la ha despedido por salvar el hogar y porque una mujer como la Susan no consiente que le quiten a su hombre, una tigresa es lo que es la Susan. Como sabes, la panameña tenía el peligro de los sindicatos y todo eso, da como un poco de risa, tú y yo, tan socialistas, manifestando miedo a los sindicatos, la burguesía es así, amigo, en cuanto haces una concesión ya las has hecho todas, primero coges criada y luego te enfrentas a los tuyos, no hay que cruzar la raya, Asís, nunca hay que cruzar la raya, ya ves esta casa, libros y papeles, ni un adornito burgués, tú has estado a punto de pisar la raya, pero nuestros compañeros la han pisado hace mucho tiempo, y cada día van más lejos.

—Felipe el primero —dije.

—Tampoco es eso. Yo no sé si Felipe es el primero o el último. En todo caso, le encuentro culpable por omisión. Hay abusos y desviacionismos que él no corrige o incluso fomenta. El partido va perdiendo el respeto de la gente. Esto no lo dicen los periódicos. Los periódicos sólo quieren jaleo y escándalo y vender, pero aquí lo grave es que el partido va perdiendo el respeto de la gente, y después del respeto se pierde el voto, con el tiempo me lo dirás, si es que llego yo a las elecciones, que estoy a punto del enfisema.

Y el Bustar miró la pipa como se mira el cuerpo de una mujer que nos gusta y que va a ser nuestra perdición, como miraba yo el culo de Cruz la panameña como si dijéramos.

—Aquí la suerte es que no tenemos derecha, Asís, la derecha no le coge la postura a la democracia, están acostumbrados a manejar el látigo y no saben ganar al enemigo en noble lid.

Fraga y ahora sus chicos no aciertan con el punto de la democracia. ¿Te has fijado que Fraga cada día los pone más bajitos?, primero Verstrynge, que era un suspirillo germánico, como habría dicho don Marcelino. Luego aquel Hernández Mancha, un peso ligero que se llevó el viento. Y ahora este Aznar de Valladolid, de los aznares franquistas. Este Aznar tiene una cosa de flecha o balilla o como se llamasen aquéllos, los falangistas bajitos de la posguerra, tú quizá no los has alcanzado, quiero decir que el hombre le echa voluntad, insistencia, esfuerzo, es un funcionario aplicado, un funcionario del Estado, me parece, el típico hombre que ganó unas oposiciones duras y cree que el país se lleva igual, con constancia y aplicación, cuando la política es todo lo contrario, y si no mira Felipe, la política es labilidad, alacridad, mentira, si quieres, pero mentira honrada, digamos, y graciosa, sobre todo graciosa. A la izquierda nos ha faltado humor durante muchos años. Este socialismo renovado, quizá porque todos son andaluces, le ha puesto una punta de gracia a la cosa, lo malo, es decir, el peligro, es que todo se quede en la gracia o algunos se pasen de graciosos.

Y el Bustar tosió un poco, había hablado demasiado y a veces se resentía, a ver, se le pasó con el vino.

—¿Quiere usted que llame a la señora María? —y de pronto le trataba de usted, como si estuviera muy grave, pero me dijo que no con la cabeza, dejó la pipa en la mesilla, como apartando tentaciones, y parecía muy dispuesto a seguir hablando, que era un libro abierto, qué gloria de hombre, qué manera de hilar la parla.

—La derecha tiene un sentido patrimonial de España, Asís, nuestro partido está gobernando regular, pero de momento tiene los votos asegurados porque la derecha conservadora o fascista no entiende el juego democrático. Esto es como jugar al ajedrez con uno que no sabe ajedrez, que le ganamos todas las partidas, claro.

—Pero dicen que con el tiempo se aprende, Bustar.

—En efecto. Y ese mismo jovencuelo, Aznar, si sabré yo de los aznares, está cambiando, le encuentro más seguro por la televisión, va con la lección aprendida, tiene la dureza de los niños bien, que siempre han mandado en España.

La televisión. Bustarviejo tenía la tele encima de un cajón, tapada con una toquilla que quizá era de la señora María, y yo creo que sólo la destapaba para ver la cosa política, los telediarios, las Cortes y eso.

—En el banco tengo yo algunos de esos que dices, Bustar, precisamente los más jovencitos y los de mejor carrera, cualquier día despegan para la política, pero les oyes hablar y te entra como miedo, no hablan para nada de democracia, sólo de la fuerza y hasta de los fueros, cualquier día cogen las pistolas, falangistas o no, son de los que sacan la bandera española en cuanto hay una movida, que quieren hostias, o sea, sólo les falta aquello de que las urnas están para romperlas.

Hay violencia en esa juventud, Bustar, y Aznar está siempre como enfadado.

Volvió a entrar la señora María, que tenía llave, como indicándome que estaba cansando al enfermo, andábamos a mediados de junio y la luz daba mucho en la habitación de mi amigo, la próxima tertulia en el bar, me dijo Bustarviejo, perdón, pero se me ha hecho un poco tarde, que se me ha ido el santo al cielo, es que no sabe usted cómo habla este hombre, señora María, pues claro que lo sé, hijo, pues claro que lo sé, pico de oro, por el pico me cogió a mí, ya viuda, aunque igual me habría enamorado casada, huy, qué cosas digo, le di la mano al Bustar y la señora María salió conmigo, le di dos besos en las mejillas todavía muy sanas, que olían a colorete, qué suerte encontrar una mujer así en la vida, qué diferencia de otras, la señora María es una mujer dulce, como yo digo.

El Crescencio era el portero de las oficinas del señor Garay, o sea, todo el inmueble, y viniendo el anochecer cerraba todo aquello por fuera y se ponía delante del garaje, a ver, era la orden que tenía, cuando ya habían salido todos los coches, menos el del señor Garay, hasta que salía también el señor Garay y el Crescencio cerraba el parking, que yo me había aprendido todo este juego frecuentando por allí como si fuera del barrio, cosas en que da uno con el no hacer nada, que en casa, al salir del banco, sólo me esperaba *Caperucita*, o ni eso, y el Bustar andaba malo, o sea, que seguía malo, y por la sede ya me aburría pasarme, de modo que me inventé lo de bajar a Madrid y espiar un poco a la Susan, qué cosas, el Crescencio era de pelo blanco amarillento, con cara de rico, siendo tan pobre, y ademanes muy finos, los que ponía para caer bien al señor Garay y a todos los superiores, el Crescencio iba como medio de uniforme y hablaba muy redicho, amariconado como si dijéramos, que la primera vez que me lo contó la Susan me entró la risa y casi devuelvo la cena encima de la tele, el Crescencio no me conocía de nada y debía creer que yo era el portero de otra casa del barrio, como I, el Crescencio era diabético y todos los días iba a ponerse la inyección de insulina en una clínica que había orilla, por aquellas horas, y cuando yo me dejaba caer me decía dice si tuviera usted la bondad de echar aquí un ojo, que no entre ningún coche, el señor Garay me lo tiene prohibido, vaya usted a ponerse la insulina, hombre, que esto lo hago yo con mucho gusto por un amigo, Crescencio, en cuanto le ponían la insulina, aprovechaba la mejoría para meterse en el tabernón de al lado a tomarse un vaso o dos, que le iba la priva, tiempo que aprovechaba yo para bajar al garaje y enterarme un poco de aquello, ya no quedaban casi coches a aquella hora, uno grande y plumizo era el del señor Garay, y había otro, siempre arrinconado, averiado por lo que se veía, debajo del cual pensaba meterme yo en plan película, de espionaje como si dijéramos, si Crescencio vuelve antes de que yo suba, pensará que me he tenido que ir a lo mío, de modo y manera que un día, mejor una noche, bajé a oscuras, me metí debajo del coche roto, que allí olía a gasolina vieja y a polvo, y estuve mirando entre las ruedas hasta que bajó la Susan, muy vivaracha, colocándose el pelo y la falda, y detrás el señor Garay, corpulento él, con cara de fascista, poniéndose la chaqueta de un traje claro, ella le llevaba la cartera y a mí me palpitaba el corazón como en el cine, contra el asfalto del garaje, todavía estuvieron dentro del coche, con la luz encendida, haciéndose unas monerías, y luego la Susan se pintaba los labios en el retrovisor y apagaron y salieron zumbando, y cuando yo volví arriba todavía no había vuelto Crescencio, que debía de haber encontrado en la tasca alguien que le invitara a más vasos.

Bajaban de follar en la oficina, claro, la escena me la había imaginado yo tantas veces que era como una peli que ya has visto y te la echan por la tele, pero los cuernos duelen, joder que duelen, visto así en crudo, que anduve yo por las calles sin orientarme, aparte que conocía poco el barrio, imposible parar la cabeza y pensar en un autobús o en el tren, Madrid era una ciudad desconocida, lo cual que paré un taxi y le dije el pueblo, la braga, la braguita blanca con lacitos azules que le había yo comprado a la Susan en los buenos tiempos, me entraron las prisas por encontrar la braga, miré cuatro o cinco veces la hora antes de saber que era las nueve, la Susan solía llegar a las once, se conoce que después del polvo iban a cenar, tenía yo dos horas para encontrar la braga, el taxista quería hablar de política y me dijo que esta vez los de la gaviota lo tenían chupado, le dije que sí que bueno, porque si me pongo a discutir, con lo que llevaba dentro, le piso la vista allí mismo, la casa vacía, claro, que estuve registrando los armarios, el cuarto de la plancha, hasta el armario aquel de mi señor suegro de los cojones, el armario donde meaba Cánovas del Castillo, como decía Bustarviejo, pero ni ganas tenía yo de reírme, pues si la braga no está es que la lleva puesta, así son las putas mujeres, usando mi regalo para follar con otro, ni siquiera se me ocurría que de aquel regalo hacía mucho tiempo y las mujeres gastan

muchas bragas y las mías ya las habría tirado por viejas, ¿y si se las ha dejado al fascista del señor Garay como recuerdo?, los cuernos duelen, joder que duelen, me fui a la calle dejando todas las luces encendidas y estuve tomando unos vasos con los últimos parroquianos, uno borracho y otro un compañero de la sede, que se te ve poco por la sede, Asís, el señor Bustarviejo, que anda achuchado y me voy a hacerle compañía, al pobre Bustar le queda poco, Asís, para lo que vosotros le habéis dado, jodíos, tampoco te pongas así, Asís, anda, tómate otro vaso, de modo y manera que estuvimos tomando vasos hasta no sé y volvía yo a casa muy cargado, la Susan ya estaba apagando la tele, me metí en la cama y me puse a dormir con un ojo abierto, la Susan subió despacio, dejó sólo la luz de la mesilla y se sacó el vestido por la cabeza, el mismo del parking, claro, no llevaba bragas, no te digo lo que hay, o le ha regalado las braguitas a ese guarro fascista o ya las ha tirado por viejas, vaya manía que me ha entrado a mí con aquella mierda de bragas, los cuernos duelen, joder que duelen, a don Gabriel Garay tengo yo que cortarle los huevos en cuanto que los socialistas hagamos la revolución, pero iba yo muy cargado, ya digo, y me dormí en seguida con la feliz idea de cortarle los huevos al señor Garay muy lentamente y en nombre del socialismo, todavía alcancé a oír a la Susan que me decía con su voz de bruja, podías cuidarte de no dejar todas las luces encendidas cuando te vas a emborracharte, y ahora yo sonreía en la oscuridad, no parecía que eso me hubiese pasado a mí, los cuernos se los ponen siempre a otro, a ver.

Por la mañana me desperté media hora tarde, que el vino hay que dormirlo, la Susan ya se había ido a Madrid y me di prisa para llegar al banco, bueno, esto se ha terminado, se lo tengo que contar al Bustar, pero me da corte, él me dirá si la separación tiene que ser urgente o cómo nos lo hacemos, los cuernos duelen, joder que duelen, en el retrete del banco me miré al espejo y era yo y me puse dos dedos en las sienes, como cuernecitos, el Crescencio, con su insulina, todavía me estará esperando, y este pensamiento me hizo reír y me estuve riendo solo delante del espejo, pobre Crescencia la maricona, aquí el que no es cabrón es maricón, vaya una mierda de país que vamos a hacer, ni socialismo ni hostias, los cuernos duelen, joder que duelen.

Aquella tarde entramos al debate de la sede porque era la primera salida de Bustarviejo, después de una broncoscopia que ya le daba curado, y el viejo tenía ganas de hablar.

La cosa iba de ese Aznar, que se estaba poniendo muy pesado con lo de «señor González, váyase», o sea, que era un tipo bajetillo y duro, con pocas luces y mucho aguante, que a veces son los más peligrosos.

—Ese tipo no le dura a Felipe dos telediarios —dijo el que hacía de moderador del debate.

Que fue cuando Bustarviejo se levantó y dijo:

—De momento ya le ha durado varios meses.

—El compañero Bustarviejo, tan aguafiestas como siempre. Le deseamos al compañero Bustarviejo que se reponga totalmente de sus enfermedades y se le disculpa, momentáneamente, de intervenir.

—Gracias, pero voy a seguir interviniendo. Me parece que con ese muchacho de Valladolid, o de donde sea, lo que asoma en el PP es el viejo falangismo franquista, y si no véase el historial del chico. No hay enemigo pequeño y Aznar no es como los anteriores. Se le ve con preparación, fuerza y ganas de luchar.

—Te van a contratar para la campaña por el vallisoletano, Bustar.

En la sede no agradaba la presencia de Bustarviejo porque estaban todos muy convencidos de que el socialismo era una cosa de jóvenes, al mismo tiempo que hablaban todo el rato de los cien años de honradez, de modo y manera que el moderador había querido retirar a mi amigo finamente, por razones de salud, con buenos modales y mala leche, pero eso puso todavía más bravo al Bustar, pues menudo es el Bustar.

—Gracias por vuestro interés en mi salud, pero no me he levantado de la cama para hacer campaña por un fascista, sino para avisar de que la España franquista está levantando cabeza en ese abogado del Estado, o lo que sea. La historia de nuestra derecha está llena de abogados del Estado.

Son los que conocen la burocracia del poder; mejor que nosotros, desde luego, y hay que tener en cuenta que trabajan así, desde dentro del Estado, aunque hoy estén en la oposición y en minoría.

El Bustar estaba magnífico, con la melena sin peinar desde la cama, que se debía de haber escapado al peine de la señora María, con chaqueta de pana, corbata republicana y las gafas en las manos, que se las quitaba y se las ponía.

—No podemos perder el tiempo, compañero, hablando de uno de los niños de Fraga.

—Ya, pero le habéis dedicado el debate de esta tarde, por algo será. Yo no soy profeta, pero me gustaría avisar al propio Felipe de que ese hombre bajito es el que puede acabar con él.

—Felipe no necesita de tus avisos, compañero Bustarviejo. Ya es él bastante avisado.

—Compañeros, aquí se practica el culto al jefe, y me parece bien, pero desde que Felipe ha perdido el consejo de hombres como Alfonso Guerra, necesita quizá que los más modestos le pasemos avisos desde las bases.

—No irás ahora a reivindicar el cese de Alfonso. Él se lo ganó.

—No juguemos a tomar atajos, por favor, ni juguéis conmigo. Sólo digo que la banca, el dinero, la sociedad, los medios, la gente, empiezan a estar cansados de corrupción y de todo el asunto de la roldanesca. La buena fe del partido ha sido sorprendida por unos cuantos golfos y eso es lo que va a aprovechar la derecha para hacernos daño, y eso es lo que yo veo en la cara y en el bigote de ese delfín de los aznares que ahora se enfrenta a la izquierda en nombre de España.

—Tenemos muchos más votos que ellos.

—Como dijo Schiller, los votos deben pesarse, pero no contarse.

—Eres un alarmista, compañero.

—Este debate no lo he convocado yo, sino vosotros, de modo que también sois unos alarmistas.

—Conviene no olvidar ningún punto de vista.

—Pues desde mi punto de vista, que no tenéis razón para ignorar, os digo que corremos el peligro de devolver España a la derecha.

—Eso es una barbaridad. Estamos haciendo socialismo todos los días.

—Pues habrá que hacerlo también todas las noches.

Bustarviejo me había dicho una vez que para ser político bastan tres cosas, ser abogado, ser alto y tener buena voz, yo soy alto y no tengo mala voz, salvo la Susan, la muy puta, que me dice a veces que a ella no le levante la voz, pero el Bustar reúne las tres cosas, porque estudió derecho y además me parece que es maestro nacional, aunque nunca ha ejercido, pero se le nota en la manera que tiene de aleccionarle a uno.

—El compañero Bustarviejo dice que estamos rodeados por cuatro señoritos de Fraga.

—El compañero Bustarviejo, o sea, yo, os dice que nuestro partido tiene fallos, agujeros negros, traiciones, filesas, cosas que se pueden subsanar con el tiempo, pero que son, hoy por hoy, los boquetes por donde se propone entrar a saco el señor Aznar, y tiene gente para hacerlo, si os informáis un poco.

El Bustar había dejado la pipa apagada sobre la mesa, pero de pronto la encendió dándole grandes chupadas, lo cual que yo me llevé un susto, pero luego me dio alegría, al verle envuelto en humo, como un profeta o no sé, porque Bustarviejo volvía a ser él, grandioso, hasta el punto y razón de que me olvidé de la puta Susan y los cuernos ya no me dolían.

—Si el partido sigue confiando en las bases y los votos, si el partido se perdona a sí mismo todos los errores, si el partido cree que España le ha sido dada a perpetuidad, yo os digo, compañeros, que a la larga estamos perdidos y que ese Aznar será el verdugo de nuestra centenaria historia.

Joder qué discurso para el Parlamento, me dije digo, este hombre tenía que estar en la tribuna de oradores, así es como están raleando con los mejores del partido, yo es que no lo entiendo, o sea.

En la reunión se había hecho el silencio, en el debate había sonado la hora, como diría el Bustar, estaban acojonados, sin palabras y deseando irse, el moderador dio por terminada la sesión y el Bustar se ponía las gafas, fumaba su pipa y salimos juntos, rodeados del silencio de los compañeros, que estaban como zumbados, cogidos por sorpresa como si dijéramos.

La Getafe no era de Getafe, pero la habíamos llamado siempre la Getafe, mayormente desde que se dedicó a la profesión, a ver, tuvo que dedicarse, huérfana de la guerra, como si dijéramos, que habíamos sido vecinos casi desde la infancia, allá por Cabestreros, yo le llevaba como diez años, pero los chicos y las chicas, los niños y las niñas andábamos como todos revueltos en los años cincuenta. Porque estoy hablando de los años cincuenta, era la niña más guapa de Cabestreros, y también la más limpia, pero yo la veía como lo que era, una niña, a ver, siempre haciendo pingaletas y riéndose del personal, pero con buen fondo, eran las ferias del pueblo, habían venido las funciones, los carruseles y las rifas, y me estaba dando un paseo yo solo por entre las luces, este ayuntamiento vaya derroche de iluminación, y en esto que la Getafe, hacía como cuatro o cinco años que no nos veíamos, la Getafe con el Mahoma, un mariquita sudaca que le había hecho de compañero toda la vida, comunista él, que una vez tuvimos que sacarle los papeles a toda hostia, o sea, la nacionalidad, que lo reclamaban de su país para fusilarle por marxista, qué cosas, la Getafe guapa guapaza, era una guapa española de calendario, tan clavada que daba risa y alegría verla, con su pelo liso en moño, su raya al medio, su flor de la verbena y su risa que se le salía de la boca, qué dientes más blancos para la mala alimentación que había tenido la Getafe, y venga de besos y abrazos, que vamos a probar la fuerza, y les gané a los dos con el martillo, una botella de anís hospiciano, o sea el premio, que nos la jumamos entre los tres, en un pispás, bebiendo a morro, el gentío nos miraba, a ver, esta noche el cuerpo me pide comisaría, empezó a decir el Mahoma, que era tierno, dulce, gracioso, triste y coñón. Anda que como me vea alguien del banco con esta pareja, me decía yo, qué tiempos los de Cabestreros, coño, nuestro barrio de nacimiento, si parece ayer, la Getafe siempre sin bragas y arrastrándose por el suelo, pero se lavaba con saliva, como las gatas, el regaliz y las pilongas que yo le daba, Cabestreros, Chapinería, Ribera de Curtidores, la Paloma, la Corrala, Mesón de Paredes, donde había un registro y allí estábamos apuntados la Getafe y yo, Lavapiés, las verbenas, los organillos, la hostia, todos aquellos eran rojos y no lo sabían, o sí que lo sabían y se lo callaban por miedo, menudos años, más de uno vi yo que se lo llevaban a fusilar, los que mandan siempre están fusilando a alguien, al Mahoma lo habían querido fusilar en su país, ya queda dicho, qué jodía costumbre de fusilar a la gente, Asís, eres más cachondo que la música de los caballitos, sácanos otra botella de anís y vamos a plantarle fuego al Manzanares, a la Getafe la encontré un día, hecha una mujer, no veas cuerpazo, en un club de Costa Fleming, Aladín o así, todavía de soltero, que me invitó a unas copas, estaba jugando al ajedrez con las compañeras del oficio, que las putas son muy intelectuales, aquí tenéis al Asís, más cachondo que la música de los caballitos, mi novio de cuando teníamos siete años, de Cabestreros como una (la Getafe no era de Getafe, ya se ha dicho), y después de las copas me subió a su apartamento, que estaba cruzando la calle, Costa Fleming, ya digo, y en el apartamento tenía una cama redonda que era famosa, para los clientes, o sea, pero cambió la ropa y allí nos acostamos, y también tenía un baño redondo y otro verde, que nos metimos en el baño redondo después de la cama redonda, era lo moderno de entonces, y allí estuvimos hablando de las circunstancias, ya se sabe, que la Getafe tiene mucho aspecto, desnuda y vestida, y sigue siendo una mujer de armas tomar, lo que yo te diga:

—¿Qué tal el matrimonio, Asís?

—Yo creo que nos separamos.

—La Susan no era mujer para ti, una moderna de mierda, perdona, pero no quiero criticar. ¿Y lo demás?

—Ahora trabajo en la sucursal del pueblo, o sea, que lo tengo todo a dos pasos, casi no bajo por Madrid, menos mal que te has venido a la verbena del pueblo y nos hemos encontrado, estás muy guapa, Getafe.

Me parece que estoy mezclando conversaciones de varias épocas, a la Getafe la veo de ciento en viento, yo ya había estado aquí otra vez, en la cama redonda y en el baño redondo, ¿fui la primera vez, de soltero, a Costa Fleming, buscando a la Getafe?

—Esto ha cambiado mucho. —Estábamos muy a gusto en el baño, con las partes en paz, hablando de nuestras vidas—. Parece que se ve ahora por aquí mucho travestón, mucha puta negra y mucho chapero, Getafe.

—Eso da igual, a mí nadie me hace competencia en lo mío, tú sabes que la vida me metió en esto, y en cuanto pueda me instalo por mi cuenta, en casa, o lo dejo, pero me ha gustado mucho verte, Asís. ¿Sigues con esa mierda de la política?

—Qué remedio, Getafe, el país anda mal, y yo estoy aprendiendo mucho.

—El país anda como le habéis puesto vosotros, socialistas de mierda, bueno, ya sabes que yo soy apolítica.

—Sí, ahora se lleva mucho eso del apoliticismo.

No quise decirle que todas las putas son más de derechas que la Virgen del Pilar, aunque ellas crean que pasan de política, a ver, qué remedio, con el amor libre que hemos traído los socialistas, éstas no se comen una rosca, y encima la competencia de las negras y las sudacas, que son unas leonas.

—De modo que si una quiere verte tiene que irse a tu pueblo, aunque no sea la verbena.

—O me echas el canuto y vengo yo a verte, Getafe, que estás más guapa que nunca y tú y yo somos de toda la vida.

La Getafe estaba contenta, salió del baño chorreando y su hermoso cuerpo, su gran culo, sus muslos importantes, me daban ganas de volver a empezar, que con la Susan teníamos abandonada la cosa de ingle, a ver, y con Cruz la panameña nunca llegué a nada, por éstas, la Getafe se veía que ni pensaba en cobrarme, yo seguía siendo el niño tímido de Cabestreros que le miraba la rajita cuando se revolcaba por el suelo:

—Asís, eres el primer socialista que le regalo yo un polvo, ya ves, anda, que no me caéis mal a mí los sociatas de mierda, y sal ya de ahí, huevón, que ahora me vas a convidar tú a unas copas, vamos a hacer la ronda del barrio, tío, esto tú ya no lo conoces, esta noche te la dedico, como diría el Mahoma, hoy es que el cuerpo me pide comisaría.

1993. Elecciones generales. La Susan y yo hemos madrugado para ir a votar. Nos acercamos andando al colegio electoral, que es una escuela de primera enseñanza del pueblo, la Susan no quiere hablar de votaciones porque siempre me ha dicho que el voto es una cosa secreta y no debe saberlo ni el marido, lo cual que en nuestro caso es una chorrada pues los dos somos del partido y está claro que vamos a votar lo mismo, pero la Susan cree que eso es feminismo, allá ella, de nuestros verdaderos problemas no hablamos nunca, sólo que ella me nota más seco, digo yo, más distante, y debe barrilarse que algo tengo cogido, aunque si le contase la escena del parking no se lo creería, le iba a parecer de película, o sea, una fantasía de borracho, tú tomas demasiadas copas con el Bustar, ya la estoy oyendo, pero ella también se ha puesto borde y siempre me está diciendo que soy un machista, que no sea tan machista, que en el partido no puede haber machistas y que ella cualquier día coge la maleta y se va para siempre, y a todo esto trajeada como nunca, no creo que el sueldo le dé para tanto, yo no me meto en nada, está claro que una mujer que amenaza tanto con irse es porque tiene dónde ir, como me ha dicho el Bustar, así que el otro día, cuando se puso en jarras con lo de que ella se iba cualquier día, si seguía tratándola tan machista, creo que tuve una buena salida, me acerqué sin decir nada a la puerta de la calle, la abrí de par en par y le dije digo, ahí tienes la puerta, Susan, cuando quieras y para siempre, ¿quieres que te saque las maletas al coche?, ya te puedes ir inventando otro susto, porque eso no funciona, y me senté otra vez a ver la tele, noté que la había impresionado, joder que la había impresionado, pero la puerta quedó abierta hasta que ella se humilló y fue a cerrarla, olé tus cojones, cómo decía mi madre, un clavo saca otro clavo y la mancha de la mora con otra verde se quita, o sea que el nuevo ligue con la Getafe me había dado a mí seguridad y la comparaba con la Susan y veía claro que salía ganando, no hay color ¿de verdad, Susan, que no me vas a decir lo que votas?, si ya lo sabes, cabrón, respeta por lo menos mis derechos democráticos, ya que no respetas mis derechos de mujer, que se dice por el pueblo que el día de la fiesta te vieron por la verbena con una puta y un maricón, los tres borrachos perdidos, qué será de ti el día que yo me vaya, las mujeres es que son la leche, te amenazan con irse y encima les entra pena de verte solo.

En el colegio, mucho personal, y eso que los periódicos hablan de abstención, la gente acude en familias, como antes a misa, veo papelillos de todos los colores, hace bueno y las chicas van ligeritas, la Susan se ha puesto seria y se ha metido en una cabina, yo me meto en otra, la gente pedía cabinas para votar, como en el extranjero, a mí eso, con perdón, me parece una chorrada, somos gente educada y nadie se va a meter en lo de nadie, despacho lo mío, nadie se fija en mí, un votante no tiene por qué ser un espectáculo, pero viene a votar algún concejal del pueblo y los fotógrafos se lanzan, la Susan sale estirándose la falda, como si viniera de mear y no de votar, empiezo a encontrarla un poco como amanerada, aseñorada como si dijéramos, tiene un amante millonario y eso le da un aire, a lo mejor hasta piensa casarse con él, sería de ver, pero el fascista del Garay es casado y con hijos, no creo yo que vaya a dejar a la familia por esta progre de mierda, en cuanto ganemos las elecciones le corto los huevos, lo tengo prometido, lo malo es que las elecciones me parece a mí que las tenemos en el aire, ¿quieres una cerveza con patatas, Susan? Nos tomamos una cerveza con patatas en un chiringuito:

—¿Cómo lo ves esta tarde, Susan?

—Felipe ganará a última hora.

—Yo estoy en un vilo.

—Como siempre.

No hay manera, la Susan tira con bala.

Por la tarde me había invitado Bustarviejo a un hotel de lujo de Madrid donde se había montado un cuartel informativo, el Bustar tenía pases, una estación de seguimiento de

las votaciones, como si dijéramos. Nos bajamos a Madrid en un autobús, a media tarde, que a Bustarviejo no le va la velocidad de estos trenes de ahora, y en el gran hotel nos sentamos en grandes butacas, como senadores, y en seguida vino un camarero muy bien portado a ofrecernos bebida, que el Bustar y yo cogimos un vaso de vino, y luego otro camarero a ofrecernos comida, gambas rebozadas o algo así, se ve que la democracia en Madrid es una cosa y en los pueblos es otra, en el vestíbulo habían montado un gran tinglado de cristal o de plástico y allí dentro había muchos periodistas en mangas de camisa y también algunas periodistas, que entraban y salían y estaban todas delgaditas y algunas con el ombligo al aire, yo no podía saber si aquello era una movida de la izquierda o de la derecha, y Bustarviejo me dijo que los periodistas hacen movidas conjuntas, casi todos llevaban auriculares y tenían los televisores encendidos y hablaban por dos teléfonos a la vez, aquello del periodismo me pareció mucho más follón que el banco, por el hotel se paseaban caras conocidas y tan pronto entraba un abrigo de pieles como entraba una camiseta de Comisiones, se me había olvidado a mí, hombre, que en Madrid la democracia es más fácil, todos se conocen y hacen el show para nosotros los de pueblo, volvían los camareros con más alpiste, estábamos en la gloria, los paneles de enfrente daban ganador al PP, pero es muy temprano, dijo alguien.

Una curiosidad, cuando los paneles iban dando mayoría al PP, el hotel se llenaba de abrigos de piel, tías elegantísimas, pura derechona, políticos del ramo y caras conocidas del *Hola*, parecía, como si dijéramos, que les avisaban urgente, y cuando el PSOE se iba reponiendo, aparecía la juventud, los estudiantes, los progres de barba, todo eso, Felipe había tenido una última intervención salvaje, por la tele, frente a Aznar, que se engatillaba al hablar, y eso había confundido mucho a los profetas.

Lo de Felipe de la otra noche, me dijo el Bustar, fue un poco a toro pasado, pero estuvo muy bien, el animal de presa, el depredador político, sólo que eso es una victoria personal de Felipe, no una victoria del sistema, del partido, del socialismo, el socialismo sigue perdiendo aceite en España, Felipe puede que gane estas elecciones, y en la tele estuvo sensacional, aunque por la vía de la desesperación controlada, Aznar todavía no está encallecido para el cuerpo a cuerpo, no sé si un éxito personal del jefe servirá para ganar estas elecciones, cuando nos fuimos del hotel, a la anocheada, porque al Bustar ya le mareaba tanto gentío, el partido iba ganando, pero ya sin la cilindrada de antaño, y efectivamente ganamos, pero de los diez millones nada monada, le vi al Bustar fatigado de modo y manera que le quité la pipa, le metí en un taxi y, ya en el pueblo, le dejé en la puerta de su casa, voy a seguir esto por la radio y la tele, me dijo, pero ya acostado, que la señora María le ponga un poco de cena, cuando le veo malo al Bustar me sale el usted, no sé por qué.

Al día siguiente me presento en la sede, a la hora de costumbre, y cerrado por defunción, como yo digo. Aunque hemos ganado, no hay nada que celebrar. Me cruzo al bar buscando a Bustarviejo y allí está, tieso en la barra, con la pipa en la boca:

—Esta victoria es un anticipo del futuro fracaso, Asís, hoy tenían que estar ahí reunidos, haciendo examen de conciencia, denunciando los propios errores para no caer de nuevo en ellos, pero cada uno anda a sus cosas, pasando el mal humor con una tía o con un partido, y para superar lo de ayer lo primero que hay que hacer es empezar hoy mismo a trabajar. Un partido sin autocrítica es un partido suicida o una frivolidad. Felipe, en vez de fomentar esa autocrítica, les convence de que no ha sido nada y de que el pueblo está con nosotros, el público es nuestro. Pero yo digo lo de Larra: ¿dónde está el público? El público hoy vota esto y mañana lo otro, es un metal maleable que hay que estar trabajando todos los días, si tenemos un partido de hierro colado, hay que ir a un partido de hierro forjado. No sé si me entiendes. Quizá en la intimidad, entre cuatro, o en la bodeguilla, Felipe reconozca que esto es una derrota encubierta, la primera, pero hace falta que se lo diga a todo el país. Tenemos que reconocer nuestros errores, y algo más grave que los errores.

Confesarnos a la gente para que la gente siga con nosotros.

—¿Cuál ha sido el factor decisivo, Bustar?

—Hay varios. Quizá no hay uno más decisivo que otros. La corrupción de las minorías, el tema del GAL, el socialismo que no se ha hecho, más allá del que se ha hecho, el giro a la derecha, con vistas a Europa. En fin, que la gente va perdiendo la ilusión.

—¿Y el trabajo de la derecha?

—A la derecha se lo estamos dando todo resuelto, hijo. Pero, aparte de eso, yo veo ahí una derecha dura, audaz, como la de Gil Robles, como la de Franco, una gente que se siente dueña de España y va a recuperarla. ¿Cómo se le puede confiar la región más pobre de España, Galicia, a un franquista como Fraga? Esos señoritos de la derecha son abogados del Estado, funcionarios de Hacienda, chicos que han estudiado fuera, que llegan preparados, que saben lo que es una democracia europea o norteamericana, aunque no crean en ella, que pronto empezarán a hablar de liberalismo o neoliberalismo, porque eso es lo que se respira por el mundo.

—¿O sea, que tienen futuro?

—No lo tendrían con un socialismo a la española, crudo y duro, un poco salvaje, revolucionario, pero Felipe, haciendo el juego a Europa, se lo está haciendo a ellos.

—Es que estamos en Europa, Bustar.

—Tienes razón, Asís, el problema no es local, sino occidental, europeo. La gran contradicción interna del capitalismo que esperaba Marx.

Y Bustarviejo se puso de costado, se acodó en la barra y fumó su pipa mirando a los jamones que no veía, y bebió su vaso despacio, pensativo, raro.

—¿No estaré yo equivocado, Asís?

—Me parece que todos estamos equivocados.

—A Felipe le han comprado llamándole gran estadista. Hará lo que sea por esa Europa de comerciantes y maricones. Pero Felipe es un estadista y no basta con que se haga la foto. Tiene que imponer sus condiciones. Me parece que hasta ahora no ha hecho otra cosa que decir que sí a todo.

—Tampoco le queda mucha alternativa a un país pobre como España —dije, fascinado por la altura que iba tomando nuestra conversación.

—El país pobre es el que no tiene nada que perder y por eso se lo puede jugar todo.

Aquí me pareció ver en el Bustar al viejo utopista, al hombre que no tomaban en serio en el partido, mitad por crítico y mitad por utopista, que la política tiene mucho de trampa y truco y lotería y engaño, y el que no ha nacido para eso más vale que no se dedique, pero estas cosas no me atrevía yo a decírselas al Bustar, que volvió a darme casi la espalda, a fumar y a toser, después de lo que él llamaba «derrota», ya parece

que su salud le daba igual.

—Mira, Asís, los males de España son tres: fanatismo, nacionalismo, bipartidismo.

—¿Y cómo se come eso?

—El español no es ideólogo sino fanático. No milita en un partido intelectualmente, sino fanáticamente. Es una especie de fascismo que llevamos dentro. Importa más ser fiel a la causa que entender la causa. Esto tiene el inconveniente de que si no hemos entendido ni siquiera lo nuestro, cómo coños vamos a entender al contrario. Y lo primero para vencer al contrario es entenderle.

—Bien traído, coño. ¿Y el nacionalismo?

—Nuestro nacionalismo viene desde los Reyes Católicos hasta Primo de Rivera. España como unidad de destino en lo universal. De España no hemos hecho nuestra patria, sino nuestra religión.

Nos quejamos de los nacionalismos periféricos (les jode mucho que les llamen así), pero no son sino mimetismos del gran nacionalismo central, que a su vez es una última y rabiosa secuela del imperio.

—Pero hasta nuestros poetas comunistas han cantado a España.

—Una cosa es España y otra los españolistas. Y tres: el bipartidismo. El español no tiene más que una idea para toda la vida, porque no le han enseñado otras. Bueno, una idea y su contraidea. El católico y el anticlerical, el liberal y el conservador. Y así todo. Lo que cada uno lleva en el trascorazón es el revés de la idea que luce en el pecho y en la frente. El bipartidismo es una forma democrática muy pobre, pero también España es pobre ideológicamente. Rojos y legitimistas, eso es todo, con un nombre u otro. Y así se ha montado esta democracia. Con unos socialistas bien educados y unos conservadores poco fascistas. En realidad, aunque nuestros compañeros hayan tomado estas elecciones como una victoria pírrica, como el anuncio de una derrota, no ha ocurrido nada, sino que han corrido los turnos. Unos y otros van a alternarse como Cánovas y Sagasta, porque más que el fuero les importa el huevo y más que hacer España hacer una carrera, cada uno su carrerita política.

—Todo esto lo tenías que estar diciendo ahí dentro, en la sede, Bustar.

—Ya ves, han cerrado la tienda por no poderla atender. Ésa es su entereza política.

Bustarviejo fumaba, tosía, bebía, discurseaba. Me lo llevé a su casa dando un paseo. A la vista ya de la señora María, se metió la pipa en el bolsillo. Qué bien, una mujer a la que obedecer, me dije.

Garay, el jefe de mi señora, el que me ponía los cuernos, se había matado aquel fin de semana en la carretera, volviendo del molino que tenía en El Escorial, lo cual que iba con él una puta de Progreso que resultó casi ilesa. Se conoce que don Gabriel Garay, casado, con hijos y amante, aprovechaba los fines de semana para irse al molino con una puta de Progreso, las putas de Progreso han sido siempre las más baratas de Madrid, lo cual que el señor Garay no parece que fuera a dilapidar su fortuna en polvos, que la esquela la vi yo en los periódicos del banco, a la hora del bocadillo, y me quedé de piedra, oyes, lo que se dice de piedra, y en seguida pensé en la Susan, ¿cómo lo estaría pasando?, lo de la puta de Progreso le iba a sentar fatal, ella que se creía la musa, oh, de su millonario, por los cojones, estaba deseando enfrentarme con ella y no decirle nada, sólo por fisgar a ver cómo lo llevaba, ¿te ha metido en el testamento?, pero tampoco me iba a atrever yo a tanto cachondeo, miré por la esquela adónde iba el cadáver, tanatorio de la M-30, que se me apetecía a mí fisgar un poco aquella movida tan fúnebre, lo del molino ya lo sabía yo de oírsele a la Susan, se conoce que alguna vez se la había llevado a ella, ¿y para qué quería un molino este maricón de molinero? Al salir del banco me encontré en casa un recado de la Susan, en el contestador, con la voz fría, no iré hasta no sé cuándo, desgracia en la familia, no te jode, como si ella fuese de la familia, no quería que la viese llorar, a ver, más el cabreo de la puta de Progreso, que le comía el terreno los domingos, y el molino y la aceña y los baños en verano, seguro que se bañaba desnuda, la muy puta, todo eso tenía atormentada a la Susan, seguro, pero ella, en sus días de gloria, habría hecho lo mismo, tal cual, a ver, no te jode, el cadáver había estado expuesto en la casa todo el lunes y por la noche en el tanatorio, hasta el entierro del día siguiente, de la puta de Progreso no decía nada la familia, las familias son muy finas, eso fue un detalle que pilló un periodista, menudos son éstos, no se les escapa una, lo cual que anochecía, cogí el tren y luego en Madrid un taxi hasta la M-30, la familia no me conocía de nada ni yo me iba a presentar como el marido de la Susan, y la Susan no iba a estar, seguro, y si estaba mejor, a qué has venido tu aquí, cabrón, a darme el gusto de ver muerto de verdad a ese fascista de mierda, el franquista de los millones, ahora ya me ha ahorrado el trabajo de cortarle los huevos, pero el tanatorio es un sitio que impresiona, oyes, joder que impresiona, todo como un jardín muy elegante, de gravilla, con farolas blancas, una cosa bien, pero en muerto, qué silencio y qué respeto, los ricos es que saben hasta morirse, por eso acabarán ganándonos hasta las elecciones, a la Susan no la vi por allí, a ver, normal, ella no era nadie, una barragana como la de Progreso, lo cual que la puta de Progreso estaba en un hospital, atendida de lesiones leves, pero se negaba a hacer declaraciones, a ver, ella no quería saber nada, no sabía que su novio, y decía *novio*, fuera un señor tan importante, me llegué remoloneando y preguntando por la capilla del señor Garay y de repente ya estaba dentro, a un extremo, y la familia en el extremo opuesto, la señora, rubia y muy trabajada, pero elegante, de conversa con otras de Serrano, me miró un momento y me supuso el molinero del molino o un empleado de su marido, cualquier cosa, no me iba a preguntar nada, dos niñas y un niño se aburrían, descubrían que la muerte era muy aburrida, me fijé sobre todo en la viuda, a los ricos les sienta bien el luto, y por la seriedad que tenía en el rostro, o sea, el semblante, seriedad más que dolor, comprendí que no le perdonaba al difunto lo de la puta de Progreso, una cosa tan tirada, o sea, que la había estado engañando siempre, también con las secretarias, incluso con las casadas, seguro que aquella dama había oído algo de la Susan, los millones le harían olvidar pronto a aquel cerdo, pero me sentí muy identificado con ella, que iba de luto y como de mantilla, porque era otra víctima del señor Garay y porque lo llevaba todo, la muerte y el adulterio, con esa cosa que tienen la gente bien y que nunca les arrancaremos, hay que joderse, luego me concentré en la cara del muerto, que tenía el gesto maligno de cuando vivo, pero más amargo y como sarcástico, los muertos son muy sarcásticos, de vuelta a casa me metí

en la cama y encontré una nota de la Susan en la mesilla, junto a la novela rosa que ella leía, «Horrible desgracia, accidente señor Garay, no vendré a dormir», a ver con qué cara iba a ponerse delante de mí, o delante de doña Alfonsa, que era la viuda, o delante de nadie, puta traicionada por otra puta, ya todas iguales, mejor, me dije digo, así mañana u otro día hablamos despacio y me cachondeo un poco del evento, o sea, la efemérides, estuve leyendo un nuevo episodio nacional de Galdós y luego algunos versos de don Antonio Machado, el Bustar siempre le ponía el don, «Gracias, Petenera mía, en tus brazos me he perdido, era lo que yo quería», qué manía de hacerles versos a las mujeres, menos mal que yo no he salido poeta, éstas se limpian el coño con Lope de Vega.

Al día siguiente, entre el trabajo del banco, el roneo de las elecciones y la cosa, más los vasos con Bustarviejo, se me fue distraendo la cosa de don Gabriel Garay, el mayor hijoputa del reino, pero de vez en cuando me acordaba, ahora le estarán trasladando al cementerio, ahora le estarán enterrando, o le estarán incinerando, no, mejor que no le incineren, que le dejen pudrirse en una tumba con angelitos y que la Susan, la muy gilipollas, le lleve flores los domingos, y cuando se muera del sida la puta de Progreso, que se la metan al señor Garay en el panteón de lujo para que sigan follando hasta el Juicio Final.

A Bustarviejo no le conté nada de momento, porque yo mismo tenía que aclarar mis ideas y porque le veía en varias movidas que le tenían cogido, más vale, me dije digo, la renovación del partido, a nivel de nuestro pueblo, después de las elecciones, la relación con la señora María y una conferencia que iba a dar en el ayuntamiento sobre la vida y el medio ambiente en los pueblos de la sierra, hay que joderse, me dije digo, el Bustar tan vital a sus años y uno aquí tan hundido en plena gloria y en plena juventud, como Negrete.

La Susan y yo estábamos viendo la televisión, como otras noches, bueno, en realidad veíamos lo que pillaba ella, que a mí ni me consultaba y la verdad es que me daba igual una cosa que otra, cuando la Susan bajó el tono de la publicidad y me dijo dice:

—No me has dicho una palabra de lo del señor Garay.

—Bueno, tú a mí tampoco, sólo una nota rápida en la mesilla.

—Pero lo habrás visto en los periódicos.

—En los periódicos sólo leo la política y el fútbol.

—No te pongas borde, que hemos tenido una desgracia muy grande.

—Bueno, yo no soy de esa oficina.

—El señor Garay era como un padre para todos los que trabajábamos con él.

—Sí, pero le encontraron con una puta de Progreso.

La Susan, se conoce que de los nervios, subió más los gritos de la tele, en vez de bajarlos:

—Infundios, mentiras, falsedades, calumnias. Ya sabía que ibas a salirme con eso.

—Yo no iba a salirte con nada. Eres tú la que ha sacado el rollo.

—No es un rollo, es la muerte de un hombre. De un hombre todavía joven.

—Todos los fines de semana se mata mucha gente en la carretera.

—Pero él no era uno más. Era mi jefe. Como un padre, ya te digo.

—Mira, Susan, tú tendrías tus sentimientos con ese señor, porque llevabais mucho tiempo trabajando juntos, pero yo apenas le conocía.

—¿Y ahora qué hago?

—¿No te ha dejado un buen puesto en la oficina?

—El mejor.

—Pues trabaja en ello, que te gusta, y no le des más vueltas.

—Una persona no es sólo el trabajo.

—Ya.

—¿Qué quieres decir con eso de «ya»?

—Nada. En el banco somos de pocas palabras.

—¿Y no tienes una palabra de consuelo para mí?

—Nosotros ya hemos superado esas cosas, Susan.

—¿Por qué, por mi culpa?

—Porque los matrimonios se gastan, ya sabes.

—Lo que veo es que no puedo esperar nada de ti.

Y siguió viendo la peli. *Caperucita* vino y se subió a mi regazo de un salto, como siempre. Los animales no te preguntan cosas. A la Susan no le había salido el número que me tenía preparado, y que no sé si era un número de bronca, de llanto, de hostias o de todo junto. Al poco rato me subí a la cama.

Seguro, me dije digo, que la Susan no me esperaba tan entero, le he hablado con medias palabras y no sabe si me refiero o no a su enrollé con el jodío muerto, si supiera que estuve en el tanatorio haciéndole los honores al señor Garay, este asunto me parece que lo he llevado bien, en plan cínico, como un político que soy, todo esto tengo que contárselo a Bustarviejo, aunque no es momento, que le veo yo otra vez ilusionado con la señora María, y ella no digamos, como para hablarle del puterío de las mujeres, me puse a leer en la cama, un nuevo episodio nacional, a ver, hasta que llegó la Susan en camisión de viuda, se metió en su lado y me dejó a oscuras sin consultar, yo me sonreía en la oscuridad.

Los socialistas habían empezado a reaccionar y el alcalde socialista le había invitado a Bustarviejo a dar un ciclo de conferencias sobre problemas culturales, ambientales y todo eso, en el ayuntamiento, como me dice Bustarviejo, dice, por fin se acuerdan de mí, porque le han visto las orejas al lobo, pero ya ves que me dan temas sin peligro, como a las mujeres, el 25 % ese, la cultura y los arbolitos, no me dejan intervenir en la autocrítica del partido, eran tres conferencias por semana y el Bustar aguantaba a base

de pipa, vino y el amor de la señora María, que le llevaba del brazo por el pueblo, dando un paseo, a las conferencias no iba mucha gente y Bustarviejo empezó enrollándose mucho, como era su costumbre, pero luego la cosa se puso más amena y más punzante, del tema de los arbolitos y los pajarillos sacó una verdadera autocrítica del socialismo español, a todas las conferencias iba una señorita que yo no conocía, pregunté y era la maestra nueva del pueblo, que además daba clases de francés, de unos veinticinco, una mujer grande, hermosa, un Miguel Ángel, qué chavalona, qué mozorra, pero muy fina de modales, con sus gafitas de maestra, su seriedad, su respeto por la cultura, que dice el Bustar que es una cosa muy francesa, y sus minifaldas que no eran exageradas, lo exagerado eran las piernas de la maestra, qué barbaridad, no te enrolles Charles Boyer, se llamaba Flavia, que también es un nombre bonito, y no sé si gallego o así, a mí me sonaba a llama, un día la acompañé a la salida y nos fuimos andando por los alrededores del pueblo, era una primavera caliente o un otoño primaveral, no sé, un crepúsculo precioso, como en panavisión, la primera vez que me fijaba yo de verdad en el crepúsculo, eso debe de ser que estás enamorado, me dije digo, la señorita Flavia, la maestra, era de voz suave, de mirada graciosa, y yo le miraba los pechos de reojo y me hubiera gustado ir detrás para mirarle las piernas, tan alta como yo, una escultura, llevaba unos cuadernos y unos libros y cuando se los apretaba contra el pecho parecía un poco lujuriosa pero también me ponía muy puesto su voz, su risa, su mirada, todo lo que no es puro sexo, o sea, que me estaba enamorando.

Iba a dar unas clases nocturnas, con matrícula abierta, y me invitó a ir, en los bancos sólo manejan ustedes números, y no precisamente los de Pitágoras, eso deshumaniza, y luego la política, tan liosa, me gustaría verle por mis clases nocturnas, yo soy apolítica, ¿sabe?, creo en la libertad, el amor, el campo, los animales, soy un poco greenpeace, en mi generación pasamos ya de política, pero vamos a tratarnos de tú, Flavia, yo no soy tan viejo, te prometo que iré a tus clases nocturnas y allí te llamaré señorita Flavia, cerca ya de la escuela, que se llamaba Miguel Hernández o César Vallejo, no recuerdo, le cogí la mano un rato y luego volvía a casa, ya de noche, oliéndome la mano, que olía a la mano de ella, que olía a párvula más que a maestra.

Cada semana había más personal en las charlas de Bustarviejo, y a algunas asistía hasta el alcalde, aquel hombre que nos había dado hospitalidad cuando lo de la huelga general, anda que no ha llovido, el Bustar se iba calentando con la crecida del público y yo le veía que se iba metiendo en profundidades, aquella tarde estaba allí el alcalde, ya digo, y yo le miraba de reojo, a ver cómo encajaba la cosa, pero el tío estaba como pintado, nada, ni un gesto, no se alteraba, un buen político, o sea:

—Estos pueblos del noroeste, que se pensó transformar en viviendas baratas para la gente, en el retiro digno y saludable que necesita un hombre después de la jornada, o incluso después de la jubilación, estos pueblos, digo, han sido víctimas de la especulación más crudamente capitalista, incluso bajo el mandato socialista, de modo que las grandes urbanizaciones nos van invadiendo, con lo que se pierde una oportunidad de mejorar la calidad de la vida y se pierde el paisaje, el entorno, el medio ambiente, del que eran una reserva nuestro propio pueblo y otros. Es decir, que un gran proyecto de progreso se ha convertido en una fuente más de especulación.

»No digo que se hayan hecho negocios sucios con los terrenos que hasta hace poco eran cañada y majada de las ilustres cabras de Virgilio. Sólo digo que una buena idea de transformación social se ha convertido en otra idea: en un proyecto capitalista que quizá enriquezca las arcas de nuestros municipios, lo cual siempre es bueno, pero el destino primero del noroeste de Madrid ya se ha olvidado y todos vemos como natural la erección de urbanizaciones cada vez más caras y lujosas, con lo que estamos volviendo a trabajar para los de siempre, o sea, para los que pueden pagarlo...

El Bustar iba embalado y así siguió todo el rato. Tuvo muchos aplausos y la gente se acercaba a conocerle, se lo presenté a Flavia, es la nueva maestra del pueblo, le dije digo, y va a abrir unas clases nocturnas donde usted podría dar alguna conferencia, cuando descanse de este ciclo, no sé, si no le parece mal.

—Muy ebúrnea la señorita docente —dijo el Bustar con su ramalazo de caballero antiguo, presentando a su vez a la señora María, que iba muy arregladita y con aquella sonrisa tan dulce, todos los dientes sanos a los sesenta años—. En cuanto a lo de Flavia, es una hermosa palabra latina para nombrar a una mujer de hechura tan romana, tan clásica.

Flavia asentía, como dando por sabido lo que decía Bustarviejo, y yo me puse rojo, supongo, pues le había declarado a ella, el primer día, mi ignorancia sobre tan bello y extraño nombre.

En esto que se acercó el alcalde a saludar a Bustarviejo y se lo llevó a un lado sin dificultad, ya que todos habíamos abierto el círculo ante la autoridad:

—No puede ser, compañero, por muy decano y muy sabio que seas, no puedes hacer contrapropaganda del partido desde dentro. Vengo escuchando tus disertaciones desde el primer día, como sabes, unas me han complacido y otras menos, pero me parece que lo de hoy ha rebasado todos los límites, o estás con nosotros o estás con el enemigo, nada de lo que has dicho es cierto, pero ya sólo el hecho de decirlo revela mala fe por tu parte, falta de táctica, falta de oportunidad, inconveniencia...

El alcalde encendía y apagaba cigarrillos. Bustarviejo encendió lentamente su pipa:

—Mira, compañero, yo no puedo dar una conferencia con comisarios políticos, yo no puedo hablar para la censura de mi propio partido, o confiáis en mí o dejo este ciclo, aunque es lástima porque la expectación iba en aumento, aunque me esté mal el decirlo.

—No hace falta que cortemos, Bustar, eso sería peor, basta con que moderes y calcules un poco tus intervenciones, piensa que el partido está hablando por tu boca, y en cuanto a este público que te aplaude, piensa que aquí tenemos a mucho facha, están deseando que este ayuntamiento pase al aznarismo, y ese día, a mí, si no salgo por pies, me cortarán las orejas, que son los de siempre, Bustar, que te lo digo yo, que son los de siempre...

»Querido Bustar, no veo otra solución que moderar las conferencias o hacerlas extensivas a temas culturales diversos, que a fin de cuentas es para lo que se te contrató en un principio, tú has ido desviando la cuestión, llevando el ascua a tu sardina...

—No tengo ascua ninguna ni me gustan las sardinas. Quiero decir que no uso frases hechas y que en el partido debiéramos inventarnos un lenguaje nuevo, con tópicos no vamos a ganarnos a la gente, por mi parte sólo tengo que decirte que estoy al día, he cobrado puntualmente todas las conferencias, hasta hoy, y no pienso dar más, podéis anunciar que esto se interrumpe por enfermedad, en mi caso, desgraciadamente, eso casi siempre es verdad, lo que tú mandes, alcalde.

Y así fue como terminó el ciclo de conferencias de Bustarviejo, pensado para tres meses, dentro de los planes de renovación del partido y dentro de las necesidades económicas del veterano camarada, que vivía muy modestamente, lo cual que fuimos dando un paseo en grupo hasta su casa y allí nos quedamos los de confianza, más Flavia, la maestra, que venía conmigo, a ver, y que por una tarde no había pasado de política, llena de entusiasmo hacia aquel viejo ecologista que defendía unos pueblos naturales y sanos contra la invasión de las inmobiliarias de Madrid.

La señora María sirvió pastas y vino dulce, que es lo que reservaba para las ocasiones, y Flavia ponía cara de estar descubriendo el pueblo profundo, que no era precisamente el de los chicos futbolistas que asistían a la escuela, yo casi me olvidaba de lo nuestro, a ver, pues sabía que aquella última salida del Bustar a la vida pública, como las de don Quijote, con su fracaso correspondiente, le podía costar la vida, y mientras, él se desahogaba ante los reunidos, en torno a la mesa camilla, que tenía bordados y flores naturales de la señora María:

—No por lo que han visto y oído vayan a pensar ustedes que el partido socialista está en derribo o haga cosas que no se deben hacer. Lo de hoy no son más que alcaldadas de un alcalde de pueblo.

El socialismo gobierna hoy en España y debemos felicitarnos de que siga haciéndolo.

Cuando Flavia y yo salimos dando un paseo, la maestra me decía:

—Es un viejo maravilloso. Me ha gustado mucho conocerle.

Y pensé, cosas que se le ocurren a uno, en el imposible amor de Flavia y en que yo, por muchos años que viviese, nunca sería un viejo maravilloso.

Era sábado y me desperté más tarde, claro, que esas cosas las sabe el cuerpo, pero la Susan ya no estaba en la cama y tampoco se la oía trastear por abajo, ¿y adónde ha ido esa tía tan madruguera?, la huida de la Susan ya me la esperaba yo de un día para otro, pero no sabía si lo iba a hacer en plan Susan Hayward, que era lo suyo, o en plan maripuri, de modo que bajé la escalera en pijama y anduve barzoneando por el salón, allí estaba la carta o lo que fuese, en la mesa camilla, o sea, entre el cristal y el tapete, con un pico asomando, Así, tú sabes que este momento tenía que llegar, lo nuestro estaba muerto hace mucho tiempo, no has ayudado nada a salvarlo, ya no me querías, creo que lo mejor es despedirse así, tan amigos y para siempre blablablá, qué jodías mujeres, te ponen los cuernos y luego van de sufridoras, claro que todo aquello lo estaba viviendo yo como una película de la tele, como si le pasase a otro, dicen que es un efecto psicológico, tengo que preguntarle al Bustar, pero necesitaba reaccionar, recordé cuando había ido yo, tan ilu, a recoger las llaves del adosado, previo pago, y me había encontrado la casa sin puerta, con una cortina de saco a modo de, la que le armé a aquel guapito de cara, mira qué pronto la pusieron, así había empezado lo nuestro y nuestra verdadera vida matrimonial, y mira cómo termina, un sábado con mucho sol, son las once y el pueblo parece feliz, hay menos ruidos que a diario, la gente parece que los sábados se comporta más, pero necesitaba yo reaccionar, de modo que empecé a buscar por todos los cajones una de mis viejas camisetas, llevaba la tira de años sin usar camiseta, con lo mal que me va a mí eso para el vientre, porque la Susan me había dicho que la camiseta era de señoritos jijas, que un socialista descamisado no usa camiseta, ¿y dónde están ahora los socialistas descamisados?, se me ocurrió subir a ver en el armario del dormitorio, donde me veía todas las mañanas cara de gilipollas en el espejo, o veía reflejada a la Susan en bolas, que todavía estaba buena, haciéndome el dormido, abro el armario y zas, el olor, el jodío olor del armario de mi santo suegro difunto que en gloria esté, aquel armario donde había meado don Antonio Cánovas del Castillo, «huele a España vieja, a la España de Cánovas», es lo que había dicho el Bustar, ¿y para qué coños me había dejado a mí el armario la Susan?, en la carta no decía nada del armario, menudo pedazo de cacho de pieza, y con ese olor, como tener en el dormitorio un cachalote muerto y podrido, con el tiempo te acostumbras a las cosas y ni las hueles, pero de pronto se abría el armario como una tumba que se abre y ya ni camiseta ni nada, bajé corriendo las escaleras, seguía en pijama, y me fui al garaje a buscar la azuela, con la vieja azuela en la mano volví al dormitorio, como un asesino loco, dejé la azuela en el suelo, lo primero es desmontar la puerta con el espejo, que los espejos son de cristal y cortan y se te tiran a los ojos, me llevó mi tiempo desencajar la puerta, que pesaba un huevo, y luego la puse apoyada contra la pared, con cuidado, que si se rompe la luna te llena el suelo de cristalitos y ahora soy yo solo para limpiarlo todo, me gusta andar descalzo por la casa, aunque a la Susan le parece vulgar, pero ahora no está la Susan, es la ventaja que tiene esto del divorcio por lo criminal, y entonces empuñé la azuela y me lié a leñazos con el armario de don Antonio Cánovas del Castillo, como si estuviera echando abajo toda la Restauración, la madera sonaba a ataúd roto, profanado, en otras partes sonaba a hueco y eso impresionaba un poco, cajones, estanterías, rinconeras, todo iba viniéndose abajo, los paneles del fondo los empujé y cedieron en seguida, para no dañar la pared, que es lo que se iba a ver, pero ya con el armario en el suelo seguí atizando, haciendo leña del árbol caído, como yo digo, y allí sacaba astillas de nuestro matrimonio, de nuestra vida, de la mía mayormente, y juntaba un montón de maderamen con llavecitas doradas, incrustaciones doradas y más pijaditas, y lo fui bajando todo, en grandes haces, a la chimenea, que era una reserva para el invierno, ni siquiera me molesté en llevarlo al garaje, el armario ya no olía, las astillas ya no olían a meada de Cánovas, como si se hubiera volado el alma del político o el alma del armario. *Caperucita* salió huyendo del ruido.

Me senté en un sillón, frente a la chimenea, y allí estuve contemplando mi obra, estaba orgulloso, a ver, como si hubiera matado un gigante, si la Susan supiera, y luego me acordé de la puerta, del gran espejo, lo estuve empapelando con hojas del *Marca*, y de *El Socialista*, lo bajé con cuidado al salón y entonces me fui al baño a pegarme una ducha, era sábado e iba a llevar aquella hermosa puerta con luna al mercadillo de los sábados, crucé el pueblo con el espejo a cuestas, claro que podía haberme servido para seguir mirándome, cuando se arregla uno para una fiesta y eso, pero no quería nada que me recordase a la Susan ni a su santo señor padre difunto, el espía del Catastro, el franquista, y aquel espejo era como un símbolo, que hubiera dicho Bustarviejo, un símbolo de la España vieja y de mi desdichada vida con la Susan, fuera con el espejo, en el mercadillo había árabes con marroquinerías de esas que hacen ellos en las petacas y en las faldas vaqueras, y cosas de Ubrique, y luego los del pueblo con frutas y verduras, productos de la tierra, que los moros son más curiosos de manos para el arte y los castellanos somos más campesinos para sacar buenos melones, buen brócoli, buenos albérchigos, el adosado no tenía huerta, lástima, aunque me parece que el regadío lo trajeron ellos, los moros, o sea, que nos lo enseñaron a los españoles, había gente bien del pueblo, los de las grandes urbanizaciones que había denunciado el Bustar, con pantalones cortos, en plan turistas, haciendo turismo en su propio pueblo, como si acabasen de llegar a Marruecos, ellas con túnica larga de flores, como cuando los hippies, alguna casada joven muy hermosa, y se compraban dijes y muñequeras y yo puse mi gran espejo contra la pared, le fui quitando los *Marcas* y todo se llenó de luz, que la luna era muy grande y reflejaba todo el cielo de por la mañana, que era sábado, ya digo dije, y eso también se nota.

La gente se miraba en mi espejo, más bien la chiquillería, y yo pensaba anda que como pase alguien del banco y me vea en esta tesitura, o alguien de la sede, estás humillando al partido, me van a decir, seguro, pero el que vino fue un hombre maduro, bajetillo él, cuadrado, como vascote, con los ojos un poco juntos y las manos gordas, pero muy cuidadas, estuvo mirando el armario, tocando delicadamente la madera, la labor de ebanistería, hasta que me habló:

—Una pieza interesante. ¿Y el armario?

—Lo tiramos por viejo.

—Yo me lo llevaría para mi casa, que estoy poniendo un estudio.

—Pues ahí lo tiene.

—Buena labor, ya digo, y la luna muy hermosa. Ya me cansaba tanta parla.

—¿Y usted cuánto presenta?

—¿Cómo dice?

Debía de ser un poco sordo, pero con posibles.

—Que con cuánto se abre.

—Usted debe de ser algo morisco, porque no le entiendo nada.

—¿Morisco yo? De Cabestreros, el barrio más castizo de Madrid.

—Buenas putas en Cabestreros —dijo el de las uñas brillantes.

—¿Putas en Cabestreros? ¿Es que me está usted llamando hijo de puta? El barrio más decente de Madrid, gente honrada, castellana que trabaja en lo suyo.

—Bueno, es igual, tampoco se ponga usted en esa tesitura, vamos con el espejo.

—Son cinco mil quinientas y la voluntad.

—En este mercadillo no es uso la voluntad. Y ese piquillo de las quinientas me lo va a quitar usted. Cinco mil y me lo llevo.

El hombre de las uñas lacadas era un buen comprador, a lo mejor un anticuario. Me acordé de la Susan y de su santo señor padre que en gloria esté, y me entraron ganas de regalarle el espejo a aquel julai, que empezaba a caerme y ya estaba desarrugando un fajo de billetes, para pagarme.

—Pues la voluntad se la voy a dar yo a usted —le dije digo—. Ahí tiene el espejo con puerta y todo por cuatro quinientas.

El caballero me miró juntando más sus juntos ojos.

—¿Se está usted quedando conmigo?

—Palabra que no le vacilo. Es que me cae mal a mí el espejito este de Blancanieves.

Llegaron dos tipos que andaban por allí a eso, embalaron el espejo y yo reconté el dinero, que al final fueron cinco mil, pues tampoco quería yo humillar al caballero, sin duda era un caballero, que dio una dirección a los mozos y se quedaba como con ganas de parla, y entonces fui y le dije digo, creo que los dos hemos hecho un buen negocio, para celebrarlo le invito a La Ancha a tomar unos vermús, el caballero asintió con toda naturalidad, tendría unos sesenta, y estuvimos acodados en la barra, mirándonos de frente:

—Sí, señor, un buen negocio. Ese espejo es lo que andaba buscando para mi consulta. De modo que le invito a usted a unas croquetas de marisco.

—El que invita es el que ha cobrado.

—De eso ya hablaremos, vengan las croquetas y un vinito blanco para el marisco.

El caballero, doctor Fernández, para servirle, hablaba lento y simpático, no parecía tener prisa en la vida, y sus manos brillantes se manejaban muy bien con la mariscada, por la hermosa tripa comprendí que era un gastrónomo refinado.

—¿Y cuál ha sido la causa de desprenderse usted del espejo, quiero decir, del armario?

—Estaba ya viejo y olía mal. Mi mujer y yo teníamos disgustos con el armario y esas cosas. Esta mañana decidí hacer astillas el mueble y venirme a vender el espejo, más que nada por quitármelo de encima.

Que no tenía yo ganas, o sea, de explicarle a mi nuevo amigo toda la movida matrimonial.

—Pues perdóneme que le diga, joven, que ha obrado usted con precipitación. Hoy se cotizan mucho las antigüedades y casi todas son falsas, mientras que usted tenía una gran pieza auténtica.

—Mire usted, doctor Fernández, yo soy empleado de banco, para servirle, y lo voy a ser toda mi vida, hasta que me jubile, o sea, vamos, que lo mío no son los negocios, ni las antigüedades.

Seguimos comiendo y bebiendo, La Ancha estaba bulliciosa, como todos los sábados por la mañana, el doctor Fernández se enrolló con las antigüedades, la de cosas raras que sabía aquel hombre, y de repente me di cuenta de que no le estaba escuchando, sino pensando en el armario y que al hacerle astillas había hecho astillas mi vida, el doctor Fernández ya pedía chorizo entrecocado para los dos, aquí hacen divino el chorizo entrecocado, pruebe usted, Asís, pruébelo y verá, había hecho astillas a la Susan, y eso es lo que quería, los cuernos duelen, joder que duelen.

Eran mediados de junio y el cielo estaba claro hasta las diez, la señorita maestra, doña Flavia, o sea, había iniciado las clases nocturnas para ancianos, niños sin alfabetizar y todo eso, yo me presenté el primer día, a las ocho y media, la cosa empezaba a las nueve, y la señorita Flavia, con un vestido de verano, demasiado escote y casi minifalda, me dijo dice, ya he visto, Asís, que te has matriculado en mis clases nocturnas y te lo agradezco, pero es un poco temprano, estoy sola y soy la maestra del pueblo, si a las nueve no ha venido nadie empezamos, pasa, pasa, abrió todas las ventanas de la casa, la escuela tenía domicilio adjunto, y encendió todas las bombillas, comprendí cuál era su plan, me iba a dar clase a mí solo, si no había venido otro, pero a la vista de todo el pueblo, con puertas abiertas y luces encendidas, así que cuando la noche fue oscura la señorita Flavia y yo debíamos de ser un espectáculo, vistos desde fuera, ella de pie en la pizarra, explicando cosas, y yo sentado en un pupitre lejano, mirándola y tomando notas, rodeados de una gran luz, como en la ópera, la casa tenía ya un halo, según veía yo por alguna ventana, y al poco rato hubo un corro de gente del pueblo mirando de lejos por las ventanas, éramos la maestra joven y el alumno viejo, la ciencia femenina y la brutal ignorancia del macho, como me diría luego el Bustar, comentando la cosa.

Mi proyecto era empezar por la botánica, me dijo dice la señorita Flavia, que para mí ya era Flavia a secas, como yo para ella era Asís y basta, pues nuestros paseos por el campo nos habían dado una intimidación que nunca da el pueblo, donde parece que está uno más escondido, es curioso, claro que usted no es un hombre de botánica, seguro, usted es un hombre de la banca y sólo se ha ocupado en su vida de los números, que secan la curiosidad por el mundo y empequeñecen la cultura, y cómo hablaba la Flavia, oyes, y lo suyo, asimismo, es la política, que es la forma inveterada de la ambición del macho, y que tampoco tiene que ver con la realidad del mundo, yo soy ecologista greenpeace y quiero iniciar a la gente de este pueblo en el amor a la naturaleza, para que no maten perros ni corten árboles, como pasa en todos los pueblos de España, joder qué parlamentaria se ha perdido el PSOE, pensaba yo mientras le miraba el escote tan grande y las piernas de estatua, los nenúfares son blancos y crecen en el agua, entre hojas verdes, y fue y pintó un nenúfar en la pizarra, quiero empezar por el nenúfar porque es una flor muy usada por los poetas, yo leo a los poetas ¿usted no?, los poetas han sido los primeros ecologistas, los primeros que se han fijado en la naturaleza, la palabra, o sea, el nombre, viene del persa y significa loto azulado, el poeta André Breton sostenía que Persia, siempre Persia, que Grecia era el gran error, ¿qué quería decir con esto?, no lo sé, señorita Flavia, pues quería decir que Atenas se ahoga y nos ahoga con su pasión por la lógica y la razón, es decir, Sócrates, mientras que Persia se nutrió siempre de la magia, el misterio, el irracionalismo y las zonas oscuras del mundo, del hombre y de la vida, con el aplastamiento de Persia hemos aplastado las fuentes más profundas y misteriosas del saber y la poesía, ¿me sigue, señor Asís?, ni idea, señorita, ya veo que a usted le ha consumido la vida la contabilidad por partida doble, el nombre de nenúfar se le da a varias plantas de vida acuática, herbáceas, con rizoma fijo al fondo de los estanques, lagos o ríos en que habitan, el nenúfar blanco se da en América, el amarillo tiene hojas sumergidas plegado—ondeadas, y otras flotantes aovadas, acorazonadas, enteras, coriáceas, con peciolo largo, trígono y envainador, flores aisladas, pedunculadas, de 5 a 7 centímetros, con pétalos aromáticos y fruto en forma de botella... yo escribía en mi cuaderno a toda velocidad, para estudiármelo por la noche en la cama, aprovechando que ya no tenía a mi lado, o pegado contra mí, el culo de la Susan, qué alivio, y eso que la Susan no tenía mal culo, como un nenúfar, la señorita Flavia estaba dibujando un nenúfar amarillo en la pizarra, con tizas de colores, las hojas verdes y el agua azul, la gente del pueblo había rodeado total la escuela, al final de la clase aplaudieron y seguro que al día siguiente se iban a apuntar un montón, yo estaba locamente

enamorado de la señorita Flavia, la maestra.

A mi amigo Bustarviejo y a la señora María los llevamos a casar, la cosa se veía venir, un miércoles por la mañana, la señorita Flavia y yo hicimos de testigos delante del juez o lo que fuera aquel señor tan serio, y la señora María iba muy guapa, con su permanente corta, de ondas, como las de mi madre, y su cara como de tendera honrada, el Bustar estaba un poco nervioso con su traje negro de pana lisa y la señora María, como era viuda y ya tenía experiencia del trance, sonreía como distraída, como si eso le hubiera ocurrido ya más veces, pues claro que le había ocurrido, el Bustar vete a saber, nadie sabía nada del pasado de Bustarviejo, lo único que había tenido mujeres y no tenía muy buen concepto, pero siempre encuentras otra y vuelves a caer, como me estaba pasando a mí con la señorita Flavia, la maestra, que por cierto se había vestido muy decentita para la ceremonia, si es que aquello era una ceremonia, nada ecologista, en plan trajecito sastre y cuidado con la faldita, por las rodillas, pero aquellas piernas se engrandecían con las medias humo, si es que hay cuerpos que no hay manera de sujetarlos, una ceremonia de juzgado, ya digo, hoy por ti mañana por mí, en La Ancha nada, cuatro amigos, del partido sólo estaba yo, y el alcalde ni pasarse, los dos viejos comían poco y nosotros también comimos poco, a ver.

Los viejos es que comen poco, pero además tenían las manos cogidas encima de la mesa, mano derecha con mano izquierda, y no se atrevían a comer por no soltarse la mano, la señora María con lunarcitos de viuda y colorete, un par de matrimonios amigos y vecinos de la señora María, el Bustar no conocía al vecindario, y pare usted de contar.

En La Ancha ponían bien cuando querían, que no siempre querían, pero el miércoles estuvieron esmerados y aquello fue como la primera comunión de dos viejos, más pescado que carne, más agua que vino, más ternura que amor, podíamos haber aprovechado yo y la señorita Flavia, la maestra, para casarnos también, pero faltaba mucho para eso, caso de que llegase alguna vez, aunque yo no sé si las ecologistas se casan, a lo mejor se arriman, como los modernos de ahora, que en el partido hay mucha moral y venga con la compañera, pero la maestra, tan joven, pasaba de partidos, que todos los maestros eran republicanos cuando la guerra, y Franco los fusiló, a ver, de modo que ahora los maestros no son nada, por si las flais, o andan al nenúfar y al oso cantabroastur, como la señorita Flavia, mi novia, ¿pero era mi novia? En la sobremesa, Bustarviejo contó cosas de la guerra y la señora María, dijo dice, mejor que estos postres preparados y americanos, o lo que sean, en casa os había preparado yo un postre de mi pueblo que os ibais a chupar los dedos, de todo hay tiempo, mujer, le dijo dulcemente Bustarviejo, luego iremos a tu casa, que el día está ya perdido, y la señora María cómo que a mi casa, ¿no sabes que también es la tuya?, no tenemos más que tirar un tabique de panderete, ¿y cómo que el día está ya perdido?, ¿es que has perdido el día casándote conmigo?, y él la besó en una sien y ella lloraba con su alegría mansa, era mucha mujer la señora María, las mujeres, me dije digo, se vuelven buenas cuando ya han perdido lo otro, lástima que haya que esperarlas a la vejez, y me recordé yo de una copla que a lo mejor era de un clásico, no sé, pero no para soltarla en la ocasión, putas y barberos a la vejez os espero, el Bustar habría sabido decir el autor, si es que lo tenía, pero cuánta verdad.

Ya en casa de la señora María aquello era el paraíso, todo en plan antiguo, muy ordenado, con pebeteros que no ardían nunca y cuadros de paisajes y fotos de familia, marrones o sepia o como sea eso que ponían los antiguos en las fotos, éramos ocho en total y la señora María sacó vino dulce y pastas, o sea, lo suyo, para la noche os estoy haciendo un lechazo, tenía una criada de su edad que le echaba una mano, Bustarviejo estaba sentado en el borde de una silla, puesto de anqueta, porque no se viese mucho que era el señor de la casa, y bebía un vino recio y rojo, olvidando lo dulce, toma, Así, prueba, que esto es de lo nuestro, dos socialistas bebiendo vino dulce, si lo supieran en la sede nos echaban del partido, que es lo que están deseando,

por otra parte, la señorita Flavia sacó una bolsita con hierbas que había traído para la ocasión, los ecologistas saben de eso, para que le echen al guiso, dijo dice, ¿y tú cómo sabías que había guiso?, le dije yo con los primeros celos de nuestro noviazgo, esto va bien con todo, los hombres es que no estáis a estas cosas, le podíamos haber puesto al cordero un poco de nenúfar, dije sin querer, y todos rieron, este Asís tiene unas cosas, hay que ver las cosas que tiene este Asís, noté que me ponía rojo y que el amor de la señorita Flavia me estaba volviendo ingenioso, yo que había sido siempre tan pavisoso, y la señora María volvió de la cocina y le dio un beso en la frente a Flavia, gracias, hija, nunca había guisado yo con unas hierbas tan buenas, ¿dónde las has cogido?, no creía yo que la juventud supiera de estas cosas, en esto que la señorita Flavia, me cogió una mano con su mano tan fina y me dijo dice, el próximo día, en las clases nocturnas, que ya tenemos muchos alumnos, vas a decir en voz alta lo del nenúfar, para que se entere todo el pueblo, ¿te lo has estudiado?

Era un domingo por la mañana, Flavia había dormido en casa y todavía estábamos en la cama cuando llamaron a la puerta, yo ya había conocido que era la Susan, porque siempre pitaba el coche al llegar, hay que joderse y agarrarse para no caerse, no me parece decente que la Susan me pille con una tía en la cama, aunque la señorita Flavia no es una tía, sino nada menos que la señora maestra, bueno está lo bueno, la Susan ha abandonado el hogar, hemos tenido nuestras tiranteces, pero esto de que al poco tiempo te encuentren encamado con otra es como no guardarle luto a la huida, que, huida y todo, siendo tan puta, un día fue la propia esposa.

—Será el lechero —le dije a Flavia, bajando ya la escalera en pijama y descalzo.

Hablando del rey de Roma. Sólo que no era el lechero, sino la Susan, como yo ya sabía. Iba arregladita, en plan *sportivo*, como se pone ahora la gente los domingos, y olía bien y me miraba a los ojos como si yo hubiera hecho algo malo:

—Buenas.

—Buenas.

—¿Es que no me vas a mandar pasar?

—No son horas, Susan.

—Vengo a por el armario de mi padre.

—Podías haber avisado.

—Ayer te llamé y no estabas en todo el día.

—No me voy a quedar aquí esperando a que vuelvas, tía.

—¿Y ahora, estabas con la Getafe en la cama? La Getafe, pues no ha llovido y me entró la risa, y como la risa era de verdad la Susan se quedó un poco cortada. Estábamos en el quicio de la puerta, la calle vacía, como todos los domingos a esa hora, a ver, y a mí se me enfriaban un poco los pies en los baldosines.

—Esto es una escena, Susan. ¿El armario de tu padre? Anda, pasa y lo ves.

Y la conduje hasta la chimenea, donde tenía amontonadas las astillas para el invierno. La Susan lo veía y no lo creía, se acercó un poco y yo creo que ya por el olor conoció que era verdad, que aquél era el armario.

—Tú eres un cabrón, te voy a dar un bolsazo... Pero le sujeté el brazo hasta hacerle daño. El bolso se le cayó al suelo y le di una patada.

—De hematomas nada, Susan, pues sólo faltaría eso, además de cornudo, apaleado.

—¿Cómo has sido capaz de hacerlo?

—Hablas como en los seriales.

—Una ruin venganza.

—A ver.

—¿Qué te había hecho a ti el armario?

—Olía mal.

—Yo tenía que venir a por él.

—Eso no lo dijiste nunca.

La Susan se sentó en una butaca. No podía con la crisis.

—Esto a mí no se me hace.

—Ni a mí.

—Muy chulo te veo.

—Uno cambia.

Yo tenía miedo de que la Susan intentase subir la escalera y encontrase en la cama a Flavia, aunque supongo que se escondería en el baño, como en las películas. Pero Flavia olía mucho, olía a nenúfar. La Susan, justo, se lanzó a la escalera. La cogí por la misma muñeca que antes.

—Me mancas, cabrón.

—¿Qué buscas, el espejo?

—No habrás hecho astillas también el espejo.

—Lo vendí en el mercadillo del pueblo. Con puerta y todo.

—Pero tú eres un hijo de puta.

—A ver.

Fui a un cajoncito de la cómoda y saqué un billete de cinco mil.

—Toma, Susan, es lo que me dieron por el espejo. Te corresponde.

La Susan me dio un golpe en la mano y el billete cayó al suelo.

—Encima te has vuelto cínico.

—Cada quien lo suyo, Susan. Ese dinero te corresponde. Y si quieres te llevas la leña.

—La madre que te parió.

—Claro.

La Susan miró en torno con gesto de asco.

—¿Y no tienes nada que decirme?

—Nada, Susan, que vamos a perder las próximas elecciones, pero eso ya lo sabes tú.

—Tendrás alguna zorra arriba...

La Susan buscaba bronca como fuese.

—Eso no es cosa tuya, pero la verdad es que no tengo a nadie. Se vive mejor de soltero. Y eso que dices de la zorra, las zorras follan mejor en el automóvil del jefe.

Hizo como que no oía.

—Y llegan tarde a casa, todas despeinadas.

La Susan no iba a entrar a ese engaño. Había vuelto a sentarse. De pronto se puso de pie y salió por la puerta como un rayo. Qué alivio. Oí que ponía en marcha el coche y salía echando leches, de vuelta a Madrid, supongo. Se fue mi mujer, como decían en el tango, qué alivio, se fue mi mujer.

Arriba no se oía nada. El silencio de los domingos. En la cocina me puse a preparar los desayunos, como había visto en el cine, para subírselo a Flavia a la cama, que romántico, pero no dejaba de pensar en la visita de la Susan, había tenido un buen golpe, yo, ofreciéndole que se llevase las astillas del armario, eso ha estado muy bueno, de pronto tuve una revelación, me quedé tieso en mitad de la cocina, con la bandeja en la mano, era una bandeja con flores y animalitos, un capricho de la Susan, creo que lo dije en voz alta:

—La Susan no venía a por el armario, venía a quedarse.

Sonaba terrorífico, así dicho en alto para uno mismo. Y lo malo es que, de no existir Flavia y su amor, yo habría dejado quedarse a la Susan, me habría gustado que se quedase, debo de ser cabrón de nacimiento. Menos mal que un clavo saca otro clavo y la mancha de la mora con otra verde se quita, como yo digo y ya he dicho aquí.

Cogí el periódico de debajo de la puerta y lo puse en la bandeja. Empecé a subir la escalera lentamente. Flavia, mi amor. Ahora dos mujeres por falta de una. Flavia había vuelto a dormirse y estaba divina. Posé la bandeja y estuve junto a la ventana leyendo el periódico, las noticias preelectorales, aunque disimuladas, no eran buenas para nosotros, demasiado doberman, me dije, feliz Flavia que no creía en nada de aquello.

La escuela estaba llena de gente, allí se había apuntado todo el mundo, había viejos con un cuaderno de párvulo, viejas que hacían punto, como a veces en la iglesia o en los funerales, chicos y chicas jóvenes, vecinos del pueblo de toda la vida y algún matrimonio joven de las nuevas urbanizaciones, hasta alguna madre con el bebé llorón en brazos.

Flavia les dio las gracias a todos con palabras muy finas y luego pasó a la demostración práctica.

La demostración práctica era yo:

—Y ahora nuestro primer alumno, el señor Asís, empleado de banca, nos va a responder a unas preguntas de botánica. El tema es el que ven escrito en la pizarra: el nenúfar.

Efectivamente, ella había escrito la palabra nenúfar en la pizarra con letra grande y bonita.

—Veamos, señor Asís, ¿de qué color son los nenúfares?

—Blancos o amarillos.

Yo estaba de pie en mi pupitre. Mi respuesta fue acogida con una ovación por toda la clase, como si estuviéramos en los toros. «Les ruego que no aplaudan ni todo lo contrario», dijo Flavia.

—¿Dónde crecen los nenúfares?

—En el agua, entre hojas verdes.

—¿De dónde viene el nombre de nenúfar?

—De Persia, señorita.

—¿Y qué significa?

—Loto azulado.

—¿Puede decirnos algo más del nenúfar?

—Las plantas denominadas nenúfar son de vida acuática, herbáceas, con rizoma fijo al fondo de los estanques, lagos o ríos en que habitan.

—¿Dónde se da el nenúfar blanco?

—En América. El amarillo tiene hojas sumergidas, plegado-ondeadas, y otras flotantes, aovadas...

—¿Qué más?

—Enteras, coriáceas, con peciolo largo, trígono y envainador, flores aisladas, pedunculadas, de cinco a siete centímetros, con pétalos aromáticos y fruto en forma de botella...

Mientras yo hablaba, la señorita Flavia, de espaldas, completaba todo un paisaje de nenúfares en la pizarra, que al final de mi cháchara le mostró al público, o sea, el alumnado, que le dieron una gran ovación.

—Gracias por esta ovación y gracias al señor Asís por su colaboración, pero mi mejor premio sería que ustedes se interesasen igualmente por todos los temas, igual los nenúfares que los tomates de su huerta, igual el perro de casa que los animales sin dueño que todavía matan los chicos por el campo, y a veces los grandes, desde los nidos de pájaro hasta los gatos ancianos o ciegos.

»Pero vosotros habéis nacido aquí, en el campo, y sabéis de esto más que yo. En próximos días trataremos otras materias. Gracias y adiós a todos.

Una niña se acercó por el pasillo, hasta Flavia, y le dio un nenúfar blanco, que ella le pagó con un beso. Aquello fue ya la apoteosis, salir por la puerta grande, como si dijéramos.

Flavia y yo, sentados en el patio de la casa, cuando, ya el pueblo dormía, como dicen en las novelas, hablamos de nuestras cosas y nos cogimos las manos.

—Lo has hecho muy bien, Asís.

—Te prometo que he estudiado hasta en el banco, a escondidas.

—Tengo que ser variada y amena para que esta gente no se aburra de venir.

—Claro que lo vas a ser.
—Mejor están aquí que en la taberna.
—La taberna tampoco es mala, Flavia.
—A la taberna es adonde vais los hombres a hablar de política.
—¿Es que no se puede ser político y ecologista al mismo tiempo?
—Pues claro, hombre. Pero la política española, hoy, ignora o desprecia la ecología.
—Eso también es verdad.
—Pero no vamos a discutir por estas cosas, Asís. Tu amigo Bustarviejo ahí lo tienes para seguir discutiendo de política. Y a mí...
—Bueno, a mí me da miedo pensar que te tengo, o sea, que te puedo perder.
—Así sois los hombres. Siempre con miedo de perder lo que da la vida. Para eso habéis inventado la política, para salvar y aumentar lo que la vida os daría igual sin tanta lucha.
A mí me asombraba cómo la generación siguiente a la nuestra, o sea Flavia, había roto con la política y andaban salvando ballenas, o desasnando a un pueblo del noroeste de Madrid. ¿Qué ha pasado aquí, tan mal lo hemos hecho?, a toda esta gente la salvamos de Franco y les hemos dado socialismo, ¿qué más quieren?
—¿Qué más quieren, Flavia?
—Que les dejéis en paz con vuestras peleas y que hagáis mas cosas prácticas. Que dejéis correr la vida, que la naturaleza siempre acierta, y no os empeñéis en que los árboles también piensen con eso que llamáis «pensamiento único».
—Qué diputada nos hemos perdido, Flavia, amor.
—Quita, quita. No me gustan esas diputadas que chillan por la tele. Se ponen feas.
—Bueno, la verdad es que no son muy guapas.
—Qué salidas tienes, Asís. Por esas cosas te quiero. ¿Quién vino el domingo a casa por la mañana, cuando estábamos durmiendo?
—Mi mujer, la Susan, que anda con los gananciales, como si dijéramos.
—No quiero meterme en tus cosas, pero sabes que eres libre y a mí no te ata ningún compromiso.
Qué finas son las mujeres, me quedé pensando en mitad de la luna llena, y qué fino hilan, no dan puntada sin hilo, de modo que Flavia se enteró de todo y no me ha dicho nada hasta ahora, siempre nos llevan la delantera, lo mismo la Susan que la Getafe que esta Flavia que es ahora mi novia y todavía no me lo creo.
—A ti me ata el amor, Flavia, que ata más que nada y es lo único que ata de verdad.
(Y qué fino de párrafo me estaba volviendo, el contagio de salir con una maestra, tenía que notarse, a ver.) Nos besamos y nos fuimos a la cama, como un matrimonio de toda la vida, tal cual, o mejor como un matrimonio reciente, Flavia en la cama era como muy ecologista, que le ponía afición, o sea, pero no resultaba porno, era como si estuviese nadando o subiendo una montaña, nada de estriptis, al pan pan y al vino vino, que le faltaba un poco de morbo, o sea, son una juventud sana, me dije digo, y la luna que le daba en todo el cuerpo, la luna sí que es porno, me dije digo.

—Mira, Asís, ya está bien de tanto dóberman y tanta cosa. Cuando Felipe insiste tanto en el dóberman es porque no tiene programa que presentar. Se trata de satanizar a la derecha por derecha, lo cual en principio me parece bien, pero, conseguido eso, hay que presentar un plan socialista alternativo. Felipe no tiene tal cosa y entonces se asegunda en lo del dóberman, es decir, en presentar a la derecha como un residuo fascista del franquismo. No digo que no lo sean, pero eso hay que especificarlo con datos, no mediante metáforas fáciles como la del perro.

Bustarviejo estaba otra vez con el arrechucho. Y se lo curaba con más cachimba y más vino.

—Y mejor si me llevasen al hospital —decía—. Una monja siempre es mejor que una madre, que una esposa, porque le da todo igual. Donde se fuma bien es en los sanatorios para no fumar.

—Es que podemos perder las elecciones, Bustar. Hay que jugarse el todo por el todo.

—Ya estás con tus frases hechas. Parecemos don Quijote y Sancho.

—Un día me dijo usted que parecíamos el Lazarillo y su ciego.

—Viene a ser lo mismo. Toda la novela española, de Cervantes a la picaresca, o a la inversa, es un largo diálogo entre el hidalgo y el villano, porque eso fue el Renacimiento español, los hidalgos levantando cabeza y los villanos yéndose a conquistar América, con lo cual quedó muy difícil el servicio.

—¿Y en el PSOE somos socialistas o villanos?

—En el PSOE, como en cualquier institución española, hay una cosa y otra. Villano es Felipe e hidalgo es Guerra. Villano es Roldán e hidalgo es Nicolás Redondo. Villano es Solchaga e hidalgo es Morán. Villano es Mariano Rubio e hidalgo es Pablo Castellano.

—¿Perdemos estas elecciones, Bustar, con dóberman y todo? Bustarviejo tascó la pipa, miró el vino al trasluz, sin beber, me pidió que le ahuecase la almohada y volvió a sentarse en la cama.

—Yo creo que estas elecciones las perdemos y Felipe ya lo sabe. Se está preparando para las siguientes.

—¿Y cómo es que un fascista enano puede derrotar a un socialista preparado? Hoy en error, pero preparado.

—Muy sencillo. Porque Aznar cree en lo que está haciendo y Felipe no. Porque Aznar tiene necesidad de tocar poder y Felipe, aunque no lo diga, está cansado de tanto poder.

—¿Y el partido, y España, y la gente?

—Perdona, Asís, pero me fatigo. Llama a las mujeres.

Las mujeres eran la señora María, Flavia y la criada, que estaban en la cocina preparando postres, las mujeres tienden a creer que todo se cura con postres.

Le dieron las medicinas y las friegas al Bustar, yo me retiré a la biblioteca y estuve terminando un episodio de Galdós, que en casa lo tenía a medias, lo del dóberman me parecía un disparate, pero me jodía mucho que los fachas fueran a ganar las primeras elecciones, desde la democracia, esperaba yo, o sea, una campaña socialista dura y con datos, una denuncia total del partido de Fraga, que ya no era de Fraga, o no sé, y me salían con un perro rabioso, eso hasta el más tonto ve que es un recurso, ¿es que no tienen nada más que decirle a la gente?, todo el personal estará tan tieso como yo, el Bustar me parece a mí que no llega a ver la derrota, el Bustar está en buenas manos, estas mujeres son unos ángeles, pero lo suyo viene muy fuerte y él no se cuida, qué coños se va a cuidar, en esto que llamaron a la puerta, era el doctor Fernández, el médico, avisado por la señora María, salgo y me encuentro con que es el mismo que me compró a mí el armario de la Susan, o sea, el espejo, el mundo es un pañuelo y da muchas vueltas, usted es el mismo, el mismo, pues tanto gusto nuevamente, tanto gusto, el espejo me va muy bien en la consulta, los enfermos siempre fingen ante el médico, pero ante un espejo no fingen, no se dan cuenta.

El doctor Fernández, con sus uñas lacadas de tahúr (controlaba los casinos de Torrelodones, San Sebastián y Bilbao), le tomaba el pulso al Bustar y para tomarle el pulso cerraba los ojos, se concentraba, como llegando hasta lo más profundo de aquel corazón escacharrado y noble que tenía mi amigo.

—¿Cómo le encuentra, doctor? —le pregunté al doctor Fernández, llevado de la confianza de haberle vendido una puerta de armario con espejo.

—Cuadro enfisematoso completo.

—¿Y eso?

—Será muy difícil que siga respirando.

—A mí me hablaba hasta hace un momento.

—Conozco al enfermo. Habla bien y respira bien, lo uno es consecuencia de lo otro, ¿me sigue?

—La verdad es que no, doctor.

—Quiero decir que, como es un orador político, sabe guardar las pausas y respirar a tiempo, para no ahogarse. Pero, aparte la oratoria, este hombre se está muriendo.

El doctor Fernández, ya se ha dicho, era tirando a bajo y regordete, con buena ropa y aquellas uñas que eran el terror de varios casinos, llevándose la pasta en crudo, aunque tenía las manos gordas, tenía las uñas finas y brillantes.

Cuando a Bustarviejo le vino la paz, se habló de política, a ver, era el tema del día, y el doctor Fernández parecía preocupado por la paz en el País Vasco, lo primero es la paz en el País Vasco, decía, y yo pensé en sus pequeños casinos de Bilbao y San Sebastián, que el doctor dominaba, acostumbrado al gran casino de Madrid/Torrelodones.

La televisión empezó a dar información de las elecciones y todos la mirábamos, perplejos, el Bustar se puso la pipa en la boca y el doctor acudió a encendérsela, como si no fuera su médico ni nada, lo primero la cortesía, la cortesía también cura, Flavia me cogió una mano.

Elecciones generales 1996. El Bustar seguía con el arrechucho. Una día llamó el alcalde, Lago, el que nos había dado aquel gran cocido el día de la huelga, el que le cortó al Bustar en seco el ciclo de conferencias en el ayuntamiento, que tenía que hablar urgente con Bustarviejo, se interesó por su salud y anunció su visita para la tarde, a las ocho estábamos todos allí reunidos, la señora María le recibió con amabilidad, pero un poco seria, no olvidaba la censura a su marido, de modo y manera que Flavia y ella se fueron a las habitaciones interiores, el doctor Fernández dijo que volvería más tarde y el alcalde abrazó a medias al Bustar, que estaba sentado en la cama, le presentamos al médico y le dijo:

—Muy oportuno porque me gustaría hablar con usted dentro de un rato, saber su parecer, y tú, Asís, quédate aquí con nosotros, que quizá puedas echarme una mano.

El doctor Fernández dijo que iba a visitar a otro enfermo y volvía, se miró las uñas brillantes antes de dar la mano al alcalde y en seguida se fue, yo me senté en una silla, el alcalde iba de gabardina clarita, muy nueva, arrimó una silla cerca de la cama y empezó con su misteriosa visita, que ya la veíamos venir:

—Como bien sabéis, las elecciones se acercan y los datos no nos favorecen. Tenemos que echar el resto en el poco tiempo que nos queda.

—¿Un poco más de dóberman? —dijo Bustarviejo con su rara ironía.

—Yo, como alcalde de este pueblo, quiero aportar mi granito de arena y por mí que no quede.

—Claro.

Luego se hizo un silencio.

—¿Te molesta que fume, Bustar? Bustar se limitó a mostrarle su pipa encendida, el alcalde encendió un Marlboro, ofreciéndome a mí primero, que agradecí mucho la atención, pero nunca había fumado y menos lo iba a hacer ahora, liado con una ecologista.

—La cuestión es que te necesitamos, Bustar. Tú eres un viejo militante, un viejo maestro. Yo había pensado en ti para cerrar la campaña en este pueblo, si te encuentras con ánimos, que yo creo que sí, tú has vivido siempre la política y un poco más de política te ayudará y te dará ánimos.

Los dos se callaban y fumaban, entonces comprendí lo importante que es el tabaco en la vida de un hombre, servía para tomarse tiempo, para pensar las cosas, para llenar las pausas, y yo allí como un gilipollas, haciendo molinete con los pulgares.

—Mira, alcalde, no voy a recordarte ciertas cosas, y me gustaría ayudaros en estos momentos, que a mí también me parecen malos, pero estoy realmente grave y el doctor te lo explicará cuando vuelva.

El alcalde se volvió a mí:

—Asís, tú conoces bien al Bustar y a ti te hace más caso que a nadie, sabes que eres como un hijo para él, te ruego que me ayudes a convencerle. Le llevamos y traemos en coche, un rato de charla en local cubierto no le sentará mal. Piensa lo que sería para este pueblo su presencia en el mitin de cierre. Bustarviejo, un histórico, un gran histórico, un hombre que se levanta del lecho del dolor para defender a su partido. ¿Por qué creéis que he pensado en él? Yo no tuve el temple que tuvo el Bustar para callarse.

—Señor alcalde, no olvidemos que usted cortó la serie de conferencias de mi amigo, en el ayuntamiento, porque no le gustaban las verdades que iba diciendo, ahora, como le necesitan, como no les basta con eso del perro, como sabe usted que mi amigo y maestro tiene más crédito que todos ustedes, vienen a utilizarle como último recurso, sin reparar en su estado, qué más da que mañana se muera si hoy les saca de un apuro, bueno, usted perdone y no me entienda mal, que es que uno a veces se embala, la vena como si dijéramos, y eso que yo soy de pocas palabras, pero siento el partido tanto como el Bustar, mi maestro, él me hizo socialista, realmente, y sólo él, y

como creo en él creo que podría levantar a las masas del pueblo y, de paso, conquistar en un día la gloria que ustedes le han negado siempre, que llevo ya unos años presente, ahora lo que falta es convencer a las mujeres y al doctor Fernández, que ésa es otra.

—Joder, Asís —dijo el alcalde—, yo también te creía de pocas palabras, pero has estado como un templo, habrá que ir pensando en hacerte algo. Bueno, ahora tengo que irme y veo que el doctor no llega. Ustedes se reúnen, lo piensan y a la noche te echo un teléfono, Bustar, maestro, para que me digas, si es positivo ya concretaremos detalles. Otro abrazo y piensa en todo lo que depende de ti, ahora es el momento de hablar y quizá antaño era el momento de callar, la política es así, ya sabes que disfruto como el primero con tu oratoria, remamos en la misma nave y no digo que vayas a ganar batallas después de muerto, como el Cid, pero a ti te queda mucha vida. Anda, viejo zorro, que el partido te necesita.

Le besó al Bustar en la barba y se fue abrochándose la gabardina, salió detrás de él a despedirle y cerrar la puerta.

—Bueno, Asís, has estado muy justo y muy valiente, casi me has convencido a mí también, ahora llama a las mujeres y a ver cómo se lo explicamos.

—Se van a poner como unas furiosas, que las conozco.

—Bueno, en todo caso, será lo que diga el doctor.

Entraron la señora María y Flavia, que las tuvo que ir a buscar a la cocina, Bustarviejo se lo estuvo explicando todo y yo me hacía el frenopa, no vayan a enterarse de que también yo he estado animando al viejo, la señora María se tapó la cara con las manos, llorando dulcemente, Flavia la cogía por los hombros, muy entera, y yo veía a mi amigo revolviéndose en la cama, revisando los periódicos, muy animado por la fiebre política, sin tabaco y sin vino, con la droga de la oratoria y el mitin, que es el veneno de estas cosas, me parece, o sea, que a éste no lo para nadie, el alcalde es un zorro y ha tenido un acierto, pero al final será lo que tase un sastre.

Según se acercaban las elecciones iba quedando más claro quién iba a ganarlas, una cosa cantada, lo que yo te diga, el PSOE seguía con sus vídeos de terror y el PP con una campaña sosita, pero suficiente para los fanáticos de las banderas, y digo banderas porque los jóvenes andaban por el pueblo en motos abanderadas, insultándonos a los viandantes, mayormente a mí, que debo de tener pinta de rojo, quién me lo iba a decir, la Susan me llamaba jijas y poco hombre y me miraba, digo yo, como un incapaz mental de acción política, ni rojo ni nada, un hombre para dejarse llevar, y puede que tuviera razón, pero es que estos de las motos te lo ponían cada vez más crudo, venga de himnos, altavoces y pasadas por el pueblo, a toda galleta, comunista, cabrón, rojo de mierda, te vamos a colgar, te vamos a matar, que ya te hemos visto, y en este plan.

El doctor Fernández le dijo a Bustarviejo:

—Bien abrigado y sin esfuerzos, creo que no hay ningún problema. Si se cansa usted hablando, se toma esta pastilla, metiéndola debajo de la lengua y dejando que se disuelva.

Y le dio un frasco con pastillas, para el infarto, o sea, también el Bustar le iba a echar un par, irse al mitin con el infarto puesto, eso es un socialista, olé tus cojones.

A la señora María no le gustaba nada la idea, me lo roban, me lo matan, decía por los pasillos, me lo matan, me lo roban, y Flavia lloraba con ella, pero la hacía fuerte, Flavia comprendía, como si dijéramos, que en la vida hay más cosas que los pinabetos y las ballenas, que vivir es muy complicado y no basta con irse al monte, ella nos había dado el cursillo de ecologismo, pero ahora entre todos le estábamos dando a ella, mi Flavia, mi amor, un cursillo de vivir, no sé si me explico, un cursillo de sentimientos y de conflictos y de cosas, que eso de irse a los mares del sur a salvar tiburones enfermos hace muy bonito, pero lo nuestro, lo humano, lo de toda la vida, es un mundo de hombres y mujeres, que si la Susan y sus armarios, que si la Getafe y sus hombres, que si el Bustar y sus bronquios, que si el alcalde y su egoísmo, que si la señora María y sus amores tardíos, o sea, un poco pasados, como si dijéramos, a mí tampoco me gustaba mucho la excursión, como te digo una cosa te digo otra, me parecía bien por el partido y por el éxito que el Bustar iba a tener seguro, pero aquéllas no eran condiciones, un hombre que se ahoga a cada rato y hay que estar dándole de respirar, no veas, la televisión y entre unas cosas y otras, la teníamos puesta todo el día, y el Bustar zapeaba sentado en la cama, «no dicen nada nuevo, ni siquiera se concretan en la denuncia de la derecha, hacen el coco con el PP, pero no explican lo que haya hecho de malo el PP, que algo habrán hecho, digo yo, que son los hijos de Fraga y eso siempre se nota».

—Si me lo permiten, yo iré con usted al mitin, Bustarviejo —dijo el doctor, que era un hombre entre tímido y mundano, un entrefino de esos que salen entre los médicos y los abogados, pero con muy buen fondo, lo cual que a mí me pareció un detalle, Flavia estaba muy entera consolando a la señora María, y dejaban algo cocinando en el fogón mientras se venían a ver a Felipe o a Aznar, que Felipe estaba mayormente faltón, no elegante y dañino como es él, sino eso, o sea, faltón, hay palabras que lo dicen todo, y Aznar era un muñeco de un bazar infantil repitiendo el mismo disco de la paz y el orden y la prosperidad y el paro y el porvenir de España en Europa.

—No sé yo si en Europa van a aceptar a este mequetrefe —decía el Bustar, pero las motos atronaban por la calle, ya están ahí esos señoritos de mierda, hijos de su padre tenían que ser, como te digo una cosa te digo otra, que andaban en plan frenopa con las motos y los coches, sacando banderas que además no era la española, como me explicó el Bustar, que era la bandera real, por el escudo digamos, o sea, que no sabían ni lo que se hacían, pues más que monárquicos eran fascistas, españolistas, pero en ganando todo daba igual.

Entre unas cosas y otras, para arriba y para abajo, llegó el día del último mitin socialista

en el pueblo, Bustarviejo me dijo que el alcalde le había llamado muy temprano:

—¿Cómo va esa fiebre?

—Fiebre no tengo, alcalde, tomo cosas para la fiebre.

—¿Y los bronquios?

—Estos bronquios ya no tienen solución, pero vamos a darles una última oportunidad.

—Así me gusta, Bustar, ¿cómo ves tu la cosa del domingo?

—Como tú, alcalde, y como todos, nos van a dar un voto de castigo, por guapos, pero hay que morir matando y advertir a los ciudadanos de que la derecha eterna, los legitimistas de España, como se hagan con el poderío del país, ya no hay quien los mueva.

—Bueno, Bustar, no te fatigues ahora conmigo, resérvate para la tarde, pasaremos a buscarte con el coche media hora antes, tienes que ambientarte, te advierto que tienes un público, pero todo un público, un llenazo que ni el Madrid, van a venir hasta los del campo, en los tractores, algunos ya andan por el pueblo con el tractor, para arriba y para abajo, como una final de copa. Bustar, eres la estrella, tienes que pegar duro, vara, mucha vara a la derecha, no hay que decepcionar, te mando un abrazo y hasta luego, aquí tienes un alcalde a tus órdenes.

Bustarviejo durmió una siesta como un rey, y la Flavia y yo también nos fuimos a mi casa a dormir la siesta, que el dormitorio parecía más grande sin el armario, lo cual que nos echamos una siestorra, pero en plan porno ya me entiendes.

El coche del alcalde llegó con tiempo, mucha movida de guardias, público y abrazos, sacamos al Bustar, que andaba muy bien, cogido del brazo de la señora María, con una bufanda que le tapaba la boca, un chapiri y una cachava, delante iban el conductor y un guardaespaldas, detrás iba mi amigo entre la señora María y la mujer del alcalde, que se presentó muy alcaldona, aquello era el poder y la gloria, joder con Bustarviejo, nos decían adiós con la mano y nos íbamos a ver a los veinte minutos, Flavia y yo y las vecinas y el doctor Fernández fuimos dando un paseo, aunque yo creo que el doctor debiera haber ido junto a su enfermo, pero los políticos no miran nada, el salón de actos estaba así, televisiones de Madrid y toda la hostia, le vi a Bustarviejo su cara de muerto a la luz de aquellos focos, le hacían entrevistas y el alcalde le conducía como si llevase el relicario, no molesten al señor Bustarviejo, por favor, no le molesten, vamos primero a sentarle en la tribuna y luego hablará con ustedes, se hará una rueda de prensa, yo me escondía de la mirada del Bustar, no sé por qué.

Flavia y yo cogimos buena fila y la gente andaba a lo que podía, el Bustar, en la tarima, con el alcalde y otras autoridades, lo miraba todo como si no viese nada, la señora María le quitaba la bufanda a su marido y luego se bajó de la tarima, el Bustar sin bufanda, con la hermosa barba revuelta, volvía a ser un revolucionario, un miope que las veía todas, le pregunté a Flavia:

—¿Tú crees que el Bustar tendrá en el bolso las pastillas del médico?

—Sí, se las he dado yo.

La sala de bote en bote, primero habló una señora joven, alta y delgada, o más bien leyó una cosa un poco larga, donde decía cosas ya sabidas, el alcalde presentó al Bustar como «socialista histórico», «gran dialéctico político» y gloria del partido, y se reservó para cerrar luego el acto, Bustarviejo se tiró de los puños de la camisa, muy pulcro, carraspeó, ahora saca la pastilla, me dije digo, pero no, y empezó su mitin entre banderas del PSOE, puños y rosas, grandes letras y muchas consignas. Lo primero que hizo fue soltar todo lo que aquel mismo alcalde le había hecho callar algún tiempo atrás.

«Queridos vecinos, camaradas y compañeros: lo que tengo que exponer aquí es lo que vivimos en este pueblo todos los días, no voy a deciros nada que no sepáis, nosotros vivíamos en un pueblo castellano de cabras y de pequeños huertos, éramos artesanos, éramos pastores y éramos industriales y taberneros, que en este pueblo se bebe más de lo que parece (risas), y un día vino la democracia y otro día vino el socialismo, que era nuestra esperanza, nuestra fe, y se hicieron algunas reformas municipales, pero vino también la especulación del suelo, la venta de terrenos inedificables a las grandes inmobiliarias de Madrid, vino, en fin, la utopía capitalista de los adosados y los supermercados, los ricos de Madrid tomaron posesión de las mejores colonias, se asfaltó la ciudad, hubo y hay mucha especulación, los viejos ya no salen a la calle por miedo a que les mate un coche, esto ya no es el hogar comunal de los cabreros y los socialistas jubilados, esto es una orgía de dinero y política, lo que no veo es el socialismo en la calle, saludando a los pobres, remediando a los viejos, socializando nuestro pequeño y hermoso pueblo, que tiene tanto cielo todo el año, cielo que ahora lo muerden las casas de altura que no es legal y que nadie denuncia.» (Aplausos.) «Desgraciadamente, nuestro socialismo no ha llegado en España adonde esperábamos, y en este pueblo se ha quedado corto, muy corto, mejorando las apariencias y callando los grandes negocios, nadie ha pensado en respetar aquel perfil de pueblo castellano y montés, aquella morada natural del hombre que trabaja y juega, sino que el capitalismo lo ha arrasado todo como si no tuviéramos unos ayuntamientos socialistas...» (Grandes aplausos.) La voz del Bustar era espesa, fuerte y sincera.

Bustarviejo llegó hasta el final sin meterse la pastilla debajo de la lengua, el doctor Fernández estaba en las últimas filas, pero dispuesto a intervenir, seguro, Bustarviejo se había ido cambiando casi en otro hombre mientras hablaba, la emoción le subía a él primero por el cuerpo, y por eso podía transmitírsela a los demás, estaba hermoso y cansado, poderoso y muy viejo. Me lo dijo Flavia:

—Parece un antiguo profeta, yo también podría amar a ese viejo.

—No me pongas celoso, tía.

El público en pie aclamaba a mi amigo, lo sacaron casi a hombros, como a los toreros, yo miraba la cara del alcalde y le veía satisfecho, pues, aunque él era el más denunciado, con aquel discurso borraba su culpa, sumándose a eso que en Madrid llamaban el «sector crítico».

Había una cena programada para después del mitin, pero Bustarviejo dijo que estaba cansado y prefería cenar en su casa, en la cama, nos abrazó a todos los amigos y el alcalde, como si la cosa no fuera con él, devolvió al Bostar a su casa en el coche de los guardaespaldas, mientras el gentío andaba por la calle levantando el puño y cantando *La Internacional*.

En los marcadores iba perdiendo el PSOE ya desde por la mañana, según los escrutinios a pie de urna, el Bustar estaba peor, un poco peor, resentido de la salida y el mitin, ha sido una locura, ha sido una locura, decía la señora María, olvidado ya el orgullo de ver a su hombre tan triunfador, el doctor Fernández recetó más cosas para la fiebre, no es más que una febrícula pero algo tenemos que hacer, Flavia nos hacía unas comidas vegetarianas muy ecologistas, pero yo le tiraba viajes al jamón de la despensa y, ya de la que iba, cogía una loncha para el Bustar, que se la tomaba a sorbos escondidos de vino, esto va mal, Asís, esto va mal, no lo digo por lo mío, que está sin remedio, lo digo por el partido, que está haciendo el ridículo, a mediodía llamó el alcalde, Bustar, maestro, hemos constatado, según nuestros ordenadores, que el otro día subiste el voto en el pueblo en casi un ochenta por ciento, si no fuera por la abstención, la jodida abstención, ganábamos por goleada gracias a ti, maestro, pero vamos a quedar muy dignos, de todos modos, y luego me decía el Bustar, después de colgar, la abstención, la jodida abstención, se han inventado eso que les sirve a todos, la abstención es como el mal tiempo, perjudica al toro y al torero, todos los partidos andan defendiéndose con el mordisco de la abstención, la abstención puede haber mordido en el PSOE, es decir, el voto de castigo —abstención o voto en blanco—, porque lo que no va a hacer nunca un socialista por muy decepcionado que esté, es votar a la derecha. Pero esa abstención se la han ganado ellos, con su falta de decoro político, y ahora el alcalde lo maneja como si la abstención fuese la lepra.

El Bustar se fatigaba de hablar y le dejé un rato con la ventana entornada, en tinieblas casi, con la tele sin voz y el teléfono en la cocina, descansando, en la cocina estaban la señora María y Flavia, claro, vaya vida que le estoy dando a la pobre Flavia, pensé, todo el día entre viejos y enfermos, a ver si pasa esto y volvemos a buscar nenúfares, en la cocina había más mujeres, esas vecinas de negro que son siempre como los cuervos y anuncian una muerte, de pequeño en el barrio, cuando yo veía en casa tanta tía de negro salía corriendo, alguien se tenía que morir y no quería ser yo el muerto, estuve oyendo la radio en la cocina, mientras ayudaba pelando unas patatas, si la Susan me hubiese visto pelando unas patatas, ¿no te da vergüenza, un socialista pelando patatas, pero es que eso es un hombre?, la Susan es que tenía una idea muy machista de los socialistas, a lo mejor por eso la gustaba el partido, porque da muchos garañones y sementales, estas cosas sólo se ven con el tiempo, la radio decía que era pronto para hacer pronósticos pero que el PP se manifestaba muy seguro de la victoria, no estaba yo tan seguro, uno se mueve todo el año entre los suyos, quitando el banco, y no comprende que pueda haber gente que vota al heredero de Franco, lástima que no hubiera media docena de Bustarviejos en el partido, hombres con decoro dispuestos a decir las verdades, Felipe asomaba en muy triunfador o no asomaba, debía de tener sus dudas, el doctor Fernández dijo que al enfermo le iba bajando la fiebre, las motos atronaban por la calle, que debía de estar llena de himnos y banderas, el enfermo pidió una sopa porque tenía hambre, eso es un buen síntoma, dijo el doctor, que venía de hacerse las uñas y le habían quedado primorosos, el doctor Fernández se enrollaba mucho con la manicura de turno, son unas chicas muy monas y con modales, te hacen el servicio completo, han aprendido en una academia, en Madrid hay peluquerías de dominicanas y panameñas, me acordé de Cruz la panameña, ¿estaría haciéndole las uñas a algún señor gordo como el doctor, y llorando su pena eterna sobre las uñas del cliente?, yo quería preguntarle al doctor si las manicuras follaban y a cuánto, una curiosidad, pero no sabía cómo entrarle, yo creo que a veces se llevaba una panameña a San Sebastián y a Bilbao, bien trajeadas, viviendo a lo grande de lo que él ganaba en la ruleta, que iba tipo jornalero, o sea, que levantaba las primeras veinte mil y lo dejaba, era un jugador frío, sin vicio, con menos de cien mil cubría todas las apuestas, de modo que en una le tocaba seguro, o en dos, y ese beneficio diario era una rentita para añadir al sueldo de médico y mantener a una panameña, que comían como lobas y se

vestían a la moda, o eso creían ellas, porque era la moda española de la posguerra, los cuarenta y eso.

Después de comer la Flavia y yo nos fuimos a su casa, que ella tenía que preparar el aula para el lunes y barrer un poco sobre lo que había barrido la asistenta.

—Flavia, amor, estamos llevando una vida de viejos, con esto del Bostar y las elecciones y toda la hostia, yo te prometo que...

—No me prometas nada, Asís, estoy encantada y aprendo mucho, creo que la ecología podría cambiar la vida de estas gentes, todo, de arriba abajo, desde el tratamiento a Bostarviejo hasta el régimen de comidas, el ecologismo es una revolución posterior al socialismo, ya ves dónde se está quedando tu amado socialismo, y perdona.

—¿Y los valores, Flavia, y los valores?, el socialismo es un repertorio de valores humanos, no consiste sólo en ganar o perder unas elecciones, ni en comer más sano.

—El ecologismo es un socialismo, Asís, ¿no lo comprendes? ¿Y cuáles son esos valores que tú dices? Comprendí que íbamos a tener nuestra primera bronca, que sale por cualquier cosa, como salió por una camiseta cuando la Susan, de modo que me llevé a Flavia a la cama en brazos, aunque era grande, que la cama lo resuelve todo, por lo menos en los primeros tiempos, mientras hacíamos nuestras cosas los cabrones de las motos seguían atronando el pueblo y por las rendijas entraba con el sol un reflejo amarillo y rojo de banderas.

La furgoneta de la funeraria llegó a las nueve de la mañana, dos hombres de gris, pero sin pinta de curas, Bustarviejo había muerto a última hora de la tarde, cuando Felipe González salía por televisión hablando de la «dulce derrota» y Aznar y Gallardón y los demás no sabían qué hacer en el balcón de Génova, enseñaban y desenseñaban a sus esposas, y Álvarez Cascos y puede que Rato, Aznar saludaba a la multitud con una media sonrisa triste, era una victoria escasa que le ligaba a los pactos, la verdad es que esperaban más, después de tanto esperar les llegaba un poder pactado, me lo había dicho Bustarviejo, las elecciones ahora no se ganan en las urnas, que se ganan en los pactos, el pueblo estaba silencioso, los de las motos se habían ido a la cama con el pedal, después de pasarse la noche en Génova agitando banderas, y por todo Madrid, asustando a la gente, Bustarviejo murió muy tranquilo, el doctor Fernández tenía inyecciones para todo y mi amigo había dejado su mano derecha, la de los discursos, entre las manos blancas de la señora María, así cascó mi amigo, mi maestro, mi padre, así da gusto morir, cuando se difundió la noticia del óbito el alcalde mandó un telegrama que llegó de madrugada pero ni pasarse, estaban muy jodidos con la derrota, aquello había sido muy fuerte, Carmen Romero salió por la tele, pero no tenía la sonrisa de otras veces, y los pactos iban a favorecer más al PP que al PSOE, la alegría de Felipe quedaba un poco fuera de lugar, no volvieron a sacar el dóberman, yo soy un socialista que ha perdido a su padre y a su partido en una misma noche, me dije digo, por casa del muerto no apareció nadie, mis compañeros estaban durmiendo la derrota, los dos hombres de camisa gris metieron el ataúd en la furgoneta, «para esto hay que saber», la señora María lloraba en brazos de Flavia y mantenía las manos juntas, como si todavía tuviese entre ellas el calor de la mano del muerto, cuatro vecinas y nada más, nadie sabía lo que hacer hasta que el doctor me dijo, oiga, Asís, póngase detrás de la furgoneta y hale, camino del cementerio, para él era un muerto más, a ver, la única manera de perderle el miedo a la muerte es hacerse médico, la furgoneta arrancó despacio, el Bustar no me había visto ni me había mirado ni me había dicho nada, estaba en un paraíso de drogas y por lo menos moría sin dolor, que es lo moderno de ahora, a mí me parece un adelanto, la mañana prometía hermosa, el pueblo tenía mucho cielo, como había dicho Bustarviejo, y ya a la salida, después de pasar fuentes y semáforos y plazas vacías y vecinas que se asomaban a ver, por si era un muerto de las elecciones, después, digo dije, el compañero del conductor, habían parado la furgoneta, se bajó a decirme que podía subir con ellos y entonces emprendimos el viaje al cementerio a toda velocidad, yo iba casi en cuclillas, sentado en el suelo, con las piernas encogidas y sujetándome a una esquina del ataúd, lo cual que me parecía poco respetuoso, pero la cosa era así, pegaban unos vuelcos fuertes, se notaba que tenían prisa aquellos dos, que nadie les había dado propina, se la daré yo al final, me dije digo, las mujeres no van a los entierros, en mis tiempos las mujeres no iban a los entierros, ahora no sé, pero, desde luego, la señora María no, el ataúd era de ébano o caoba o algo caro, que la pareja tenía posibles, me alegró que el Bustar muriera como un rico, ya que había vivido como un pobre.

—¿Y éste era rojeras, no? Había hablado el conductor.

—Era un militante histórico del socialismo.

—Pues a los socialistas les dieron un buen revolcón ayer tarde, todavía lo comentaba la radio esta mañana. Si escuchamos ahora un poco...

—No irá usted a poner la radio —le dije rápido y cabreado—. Un respeto al muerto, por favor.

—Bueno, si era un político, digo yo que las últimas noticias...

—Digo que se calle.

—Usted perdone.

—No hay de qué.

—¿Paciente del difunto?

—No. Compañero.

—Pues para ser socialista no le han buscado mal ataúd.

—Le voy a denunciar a la funeraria municipal.

Se calló el tipo, estábamos llegando al cementerio. No hay remedio, España es de derechas, me dije digo.

Era un cementerio pequeño y como olvidado que yo había visto en mis paseos con Flavia, en la puerta entrecerrada (puertas de iglesia, enrejadas, traídas seguro de otro sitio), había un curilla como revestido, esperándonos, paró la furgoneta, salté al suelo y me acerqué al cura, quizá el párroco del pueblo, un tipo menudo con cara de pájaro y unos sesenta.

—¿Se le entierra en sagrado?

—El difunto era agnóstico —le dije digo.

—Aquí sólo se entierra en sagrado.

—¿Quiere entonces que le tire a la cuneta?

—Quiero que se comporte, pollo.

Y me recordó al lejano don José de la sucursal de Madrid, que también me llamaba pollo, cosa que me cabrea lo suyo, los dos muerteros también se habían bajado y se acercaron fumando, por hociquear, yo era allí un perdedor, y el muerto otro perdedor, se notaba ya, cuando todavía estaban recontando los votos, que la derecha, la Iglesia y todo eso se habían colocado en su sitio, muy puestos, los muerteros empezaban también a oler a cura, dentro del cementerio había una bruja con pañuelo de gitana en la cabeza, barriendo el polvo, cambiándolo de sitio, y se había parado a mirar la escena, curiosa del muerto famoso que no quería cruz en la sepultura, el muy rojo.

—Pues usted verá —me dijo el cura, que tenía en las manos una cruz alzada, de latón.

—Mire, discutir por estas cosas es como tomárselas en serio, haga usted lo que quiera.

—Yo no tengo la culpa de que el socialismo ateo haya perdido las elecciones, esto de la democracia es cosa del demonio, pero en mi cementerio mando yo.

—¿En sus muertos manda usted?

—La España eterna ha vuelto a triunfar, gracias a nuestras oraciones, y no estoy dispuesto a disgustar al Señor Dios Padre empezando su nuevo reinado con un enterramiento laico.

—Mire, tengo prisa, vamos a acabar esto y dígame cuánto es, porque supongo que ustedes no entierran gratis ni a Jesucristo.

—No blasfeme, joven.

—Bueno, que nosotros tenemos que volvernos, nos espera más trabajo —dijo uno de los muerteros, el conductor, mientras encendían otro pito.

Entre el cura y la bruja abrieron la puerta de iglesia, o de catedral, que quedaba como de mentira en el campo, como de teatro, y la furgoneta entró despacio, con ruido y crujidos de tierra en las gomas, hasta que el cura nos llevó a un paseo lateral y la paró con la mano en alto, yo iba detrás, despacio, entre tumbas muy pobres y muy religiosas, unas abandonadas y otras con cerquete de piedras.

—Aquí sólo se entierran los pobres, Bustar —le dije al muerto—, se ve que los ricos los llevan a enterrar a alguna catedral de Madrid, los Pedral y esos, pero aquí quedas orilla de la señora María, que vendrá mucho a verte, y Flavia y yo también, a ver.

Alguien había cavado unos metros de tierra, sacaron el ataúd y lo posaron junto al hoyo, el cura abrió un libro negro y rezó en latín, luego hizo otras maniobras que recordaba yo de los entierros de la infancia, a este pequeño cementerio no había llegado la reforma de Juan XXIII, aquello de la misa en castellano y todo eso, los muerteros habían dejado de fumar, era la norma, y uno de ellos se fue a echar un vistazo a las ruedas.

—¿Ni siquiera le ha traído usted unas flores a su amigo? Y la bruja se me plantó delante con un ramo de flores, cada una de su padre y su madre.

—Gracias, señora.

—Son mil pesetas.

Le di las mil pesetas y estuve con las flores en la mano viendo cómo los dos muerteros, ayudados por el cura, metían el ataúd en el hoyo, luego, la bruja y un chico que debía de ser hijo suyo estuvieron echando tierra encima con las palas, puse las flores sobre el montón de tierra y el cura puso a la cabecera una cruz lisa, plana, de madera, una cruz como de sacristía, seguro que esta cruz vuelve en seguida a la sacristía, me dije digo.

—Una caridad para la parroquia, por el alma del santo difunto, sólo le pido la voluntad, la costumbre son cinco mil pesetas.

Y el cura me arrimaba un bonete vuelto del revés, donde eché un billete de cinco.

—¿Quiere que le devolvamos al pueblo? —me dijo el chófer, también con cara de propina.

—No, gracias, vuelvo dando un paseo, no hay prisa.

(En el banco ya había pedido la mañana libre.) Por fin, todos me dejaron en paz, se fueron, sólo la bruja del pañuelo, a lo lejos, escardaba cebollinos junto a la fosa común, estuve un rato de pie delante de la tumba, Bustar, amigo, maestro, padre, tú me decías no dejes nunca el partido, el partido es como un padre y te acompañará hasta última hora, ya ves, no ha venido nadie, claro que lo de anoche ha sido muy fuerte, no están para entierros, pero no por eso voy a dejar yo el partido, tú tranqui, la mañana se iba haciendo sola con su sol, sus verdes, sus perfumes y sus pájaros, que viven en los cipreses, con un jaleo de cánticos que no se entienden, son como los antiguos viviendo en la torre de Babel, dejar el partido, Bustar, sería traicionarme a mí mismo y traicionarte a ti, sobre todo traicionarte a ti, el ciprés era la confusión de las lenguas, pero alegraba aquel mísero cementerio, vendremos a verte, Bustar, la señora María seguro que viene a diario, se nace socialista y se muere de lo que se nace, eso me lo dijiste tú, qué sería yo si no fuese socialista, un bergante o un borracho, así andan los de las motos, metiendo ruido porque no creen en lo que hacen, qué importan las miserias, qué importa el alcalde, Bustar, viejo, Bustarviejo, importa el socialismo, que es como la religión del siglo, que es una política y una conducta, ser socialista es comportarse, te debo muchas cosas, compañero, la Flavia y yo vendremos a verte pero no en plan paliza, seguro que la Flavia te deja esto hecho un primor, ya sabes que la Flavia es verde y te va a llenar de nenúfares o lo que sea, nunca te olvidaré porque has sido un amigo, un padre para mí, me di media vuelta para irme, lo de los pájaros en el ciprés era una alegría, qué razón tiene Flavia con eso del ecologismo, la naturaleza está llena de cosas, la bruja seguía escardando allá lejos, salí del cementerio, del cura ni rastro, y emprendí lentamente el regreso al pueblo.

La Dacha, julio de 1999.



FRANCISCO UMBRAL. Seudónimo de Francisco Pérez Martínez (Madrid, 1932-Madrid, 2007), periodista y escritor español. Desde muy joven vivió en Valladolid, junto con Madrid una de las ciudades claves en su literatura, pues fue allí donde se inició como periodista bajo el magisterio de Miguel Delibes. Enviado en 1961 a Madrid en calidad de corresponsal, se convierte en unos años en un cronista de prestigio por la originalidad de su enfoque periodístico y por la sensibilidad de su mirada sobre lo cotidiano, que concilia la precisión no exenta de inventiva y un mordiente sentido del humor a menudo abrumado de amargura. Ya periodista y escritor de éxito, colabora con los periódicos y revistas más variados e influyentes en la vida española.

De su ingente producción literaria destacan: *Memorias de un niño de derechas* (1972), *Las ninfas* (Premio Nadal, 1975), *Mortal y rosa* (1975), *La noche que llegué al café Gijón* (1977), *Trilogía de Madrid* (1984) y *Leyenda del César Visionario* (Premio de la Crítica, 1992). Este último título adquiriría carácter inaugural de una serie de obras que, a semejanza de los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós, abordan algunos de los principales acontecimientos de la historia y la política contemporáneas españolas. En 1996 recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, en el año 2000 el Premio Cervantes y en el año 2003 el Premio de Periodismo Mesonero Romanos.

Notas

^[1] «Afmos». Abreviatura de *afectísimos*, superlativo de *afectos* que se emplea como fórmula de despedida en las cartas antes de la firma. <<